DOC SAVAGE

Kenneth Robeson

$ 1.000.000 de recompensa



Mientras trata de resolver un misterio, Doc Savage y su increíble equipo, se encuentran prisioneros de Sol Yuttal y
Hadi-Mot
a bordo de un *Zeppelin* secuestrado. Su destino mortal, es una fabulosa mina perdida de diamantes, custodiada por plantas carnívoras y monstruosos murciélagos chupasangre.



Kenneth Robeson

$ 1 000 000 de recompensa

Doc Savage - 7

ePub r1.1

algarri 30.07.14

Título original: *The Lost Oasis*
Kenneth Robeson, 1933
Traducción: T. Scheppelmann

Editor digital: algarri
ePub base r1.1



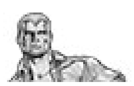
Nota del editor digital

«Kenneth Robeson» es el seudónimo de **Lester Dent**, utilizado por «Street & Smith Publications» para la publicación de la serie *Doc Savage*. Al igual que Lester Dent, muchos otros autores publicaron sus novelas *pulp* (género literario de la primera treintena del siglo XX), bajo este seudónimo.



DOC SAVAGE

I
El misterio del premio del millón de dólares



En los extensos muelles de Nueva York, reinaba gran agitación.

Transitaban por allí compactas filas de curiosos que daban vueltas aparentemente sin objeto, y sus filas se veían engrosadas a cada momento con otros que continuaban acudiendo desde la ciudad.

En todos los extremos de los muelles desde donde se veía mejor el puerto, habían grandes grupos de curiosos, hablando animadamente y arrancando casi a los vendedores de periódicos las ediciones extraordinarias que voceaban.

Personas que nunca se habían visto, comentaban vivamente los titulares de los periódicos como si se hubiesen conocido toda la vida.

Y los comentarios terminaban siempre con miradas fijas hacia la superficie de la bahía.

La ausencia de la luna hizo que el temprano atardecer se convirtiera rápidamente en noche obscura.

Muchos espectadores alquilaban telescopios y prismáticos a los buhoneros, para escudriñar mejor la superficie del agua.

Los vendedores de periódicos se volvían roncos de tanto gritar su mercancía.

También los vendedores ambulantes de cacahuetes, emparedados y gaseosas estaban haciendo su agosto.

Pero a pesar del negocio, también ellos imitaban con frecuencia

a los espectadores y observaban las aguas.

Un taxi tras otro se abrían camino a bocinazos por entre la multitud; los viajeros se apeaban con avidez y muchas veces los conductores abandonaban sus vehículos para dirigirse también al borde del muelle y escudriñar, como los demás, las tranquilas aguas del colosal puente.

En los taxis iban casi siempre periodistas, reporteros y fotógrafos, éstos con sus pesados aparatos para tomar fotografías al magnesio. Difícil era que en la general barahúnda alguien se diera cuenta de un coche particular que en vez de buscar el centro de la agitación como los demás, se alejaba de él y buscaba las sombras de los tinglados.

El conductor de este coche, al doblar una esquina, sacó la mano para advertir al que venía detrás y éste se quedó asombrado al ver aquella mano, porque era, realmente, extraordinariamente grande y fuerte.

El coche particular se detuvo por fin en las densas sombras de una pared y un guardia acudió presuroso para increpar a su conductor:

—¡Eh! ¿Qué hace aquí? No se pueden detener coches en este lugar.

La mano asombrosamente grande volvió a salir por la ventanilla y señaló con el pulgar el interior del coche.

El guardia se mostró extrañado, pero obedeció a la invitación de inspeccionar el interior del vehículo. Abrió la portezuela e hizo funcionar su linterna eléctrica.

Cuando vio el que estaba sentado en el coche, abrió desmesuradamente los ojos se echó atrás y saludó militarmente.

—Perdone, señor —exclamó—. No sabía quién iba en el coche. Usted, desde luego, puede detenerse donde quiera. El misterioso personaje del coche no contestó. El guardia trató en vano de reprimir la curiosidad y, por fin, cedió diciendo:

—Creía que estaba usted fuera de Nueva York, señor, puesto que la Prensa afirma que no se le pudo encontrar.

—He regresado hace apenas una hora —dijo el hombre misterioso con voz muy notable.

Era una voz agradable, pero poseía además una cualidad de

fuerza vibrante que impresionaba.

El guardia volvió a llevarse la mano a la gorra.

—Si pudiese decirle algo de ese extraño asunto lo haría con mucho gusto.

—¿Sabe usted algo que la Prensa ignore?

—No, señor. Los periodistas saben tanto como la policía y lo han derrochado todo en las primeras planas. Por eso hay tanta gente aquí.

—Ya he leído los periódicos —dijo el hombre del coche.

El guardia se movió intranquilo, pero por fin se animó para decir:

—La policía tiene, desde luego, gran curiosidad en este asunto, de modo que si pudiera usted decirnos algo, señor, se lo agradeceríamos mucho.

El pasajero se echó a reír.

—Pues, amigo, para mí, como para todo el mundo, se trata de un misterio indescifrable por ahora.

—Creí que sus cinco amigos…

El conductor del coche, el de las manos enormes le interrumpió con voz tan profunda que casi parecía aullido de león:

—Nosotros no sabemos nada más de lo que sabe la prensa. El vapor *Yanki Beauty* lanzó desde alta mar un radio tratando de comunicar con Doc Savage, firmando con la palabra «Amenazado». Contestamos por radio que Doc Savage no estaba en la ciudad y que no sabíamos dónde encontrarle. Poco después ese «amenazado» se puso en relación con la Prensa y ofreció el premio de que hablan los periódicos.

El guardia contempló el conductor de los puños formidables.

—¿Verdad que usted es Renny, el Coronel John Renwick? Hubiera tenido que reconocerle por los puños.

—Usted lo ha dicho —repuso Renny.

El policía se dirigió nuevamente al personaje del coche.

—¿Desea usted que haga algo, señor Savage?

—Sí, que no pregone la policía que yo estoy aquí.

—Muy bien, señor Savage. Pierda cuidado.

Dicho lo cual, el policía se marchó.

Hubo movimiento en el coche. Luego el notable viajero se apeó.

De cuando en cuando los autos que pasaban iluminaban con sus faros el lugar donde estaba Savage y de este modo revelaban su figura.

¡El hombre de bronce! Su aspecto era tanto más curioso por cuanto que se había quitado la ropa y aparecía en traje de baño.

El desarrollo muscular del hombre de bronce era tal que hubiese llamado la atención en cualquier sitio, pero aunque los músculos parecían cables de acero, por las justas proporciones de su cuerpo, éste daba la impresión, no de tamaño, sino de fuerza y vitalidad.

Su gigantesco cuerpo se distinguía por una suave simetría y una constitución increíblemente poderosa.

Lo más maravilloso eran sus ojos, que brillaban con reflejos y en los que se notaba una gran decisión y voluntad. Parecían radiar energía sin límite.

Doc Savage sacó del coche una especie de mochila con cierre impermeable.

Renny, desde el asiento del conductor, con ambos brazos apoyándose en el volante, preguntó:

—¿Quieres que te espere aquí?

—Sí, Renny.

Dos segundos más tarde, Renny volvió la cabeza para preguntar algo a Doc, pero no hizo ninguna pregunta. Se quedó pestañeando.

Doc Savage había desaparecido, tragado silenciosamente por la oscuridad de la noche. No hubo ruido ni movimiento que pudiese indicar por dónde había desaparecido.

Renny, acostumbrado al sorprendente silencio con que Doc hacía todas las cosas, se volvió a recostar en el asiento.

La larga asociación con Doc Savage había acostumbrado a Renny igual que a los otros cuatro que con él formaban los cinco ayudantes de Doc, a todas las cosas extraordinarias e inusitadas que el gigante de bronce hacía, proezas que, dadas a la publicidad, hubiesen servido para llenar primeras planas en la prensa, las aceptaban los cinco hombres sin sorprenderse grandemente.

Llamaban los periodistas a Doc Savage, el hombre misterioso, y esto se debía en parte a que era totalmente imposible entrevistarse con él.

Para los reporteros, Doc era uno de aquellos hombres extraños,

incomprensibles, que no gustaban de ver su nombre en la prensa y menos en las primeras páginas a grandes titulares.

Esta actitud era un incentivo para los periodistas.

No obstante, abundaban los rumores acerca de las hazañas de Doc Savage y a base de ellos, algunos periodistas de fértil imaginación, habían hecho relatos que constituían interesante lectura a pesar de no haber en ellos la menor verdad.

Tales relatos atribuían a Doc la capacidad de hacerlo casi todo. Y como el hombre de bronce era una especie de fantasma del que se conocían muy pocos datos, los escritores se guiaban únicamente por su fantasía.

Y sin embargo, los periodistas se quedaban cortos, pues el misterioso gigante de bronce, era mucho más notable de lo que ellos imaginaban.

La verdad los hubiese dejado mudos de asombro. Doc Savage era un hombre maravilloso y, tal vez, el supremo aventurero de todos los tiempos.

Renny, apoyado en el volante, no pensaba en tales cosas. Aguzaba el oído para entender lo que voceaban los vendedores de periódicos.

Aunque pronunciaban las palabras a voz en grito, Renny tardó bastante en entenderlas.

—¡Un millón de dólares! —murmuró el ayudante de Doc—. No es extraño que haya acudido tanta gente para ver al tipo que puede ofrecer un premio tan grande.

A Renny la suma no le causó la menor impresión, pues él mismo era millonario, pero sí le asombraba que alguien pudiese ofrecer un premio tan importante. Renny decidió al fin que se trataba de una broma.

De pronto volvió a prestar atención a los gritos de algunos vendedores de periódicos y al cabo de pocos minutos comprendió también lo que decían:

Zeppelin *fantasma visto sobre el Estado de Maine*.

Renny golpeó suavemente el volante con los enormes nudillos.

—¡Un dirigible fantasma! —murmuró—. Eso es casi tan fantástico como el asunto del premio del millón de dólares. ¿Podrán tener relación las dos cosas? Probablemente no. Sin duda algunos

campesinos de Maine han visto una nube en forma de cigarro y se han dejado llevar por la imaginación.

Esta explicación del *zeppelin* fantasma parecía la más lógica. Tanto era así que varios reporteros que formaban un grupo en un extremo del muelle, decían más o menos lo mismo.

—No te preocupes del *zeppelin* —decía uno de ellos a un compañero, un neófito recién salido de una escuela de periodismo.

—Pero esa noticia del dirigible es un buen asunto —objetó el joven—. ¡Hay que ver! ¡Nada menos que un *zeppelin* misterioso! ¿Qué misión llevará?

—A lo mejor viene del Polo Norte para recoger tontos —replicó el periodista más viejo.

—Pero ese *zeppelin*…

—¡A callar! —bramó el otro—. Cuando volvamos a la redacción te voy a ahogar en un pote de goma. ¡*Zeppelines*! ¡Al infierno con los *zeppelines*! Tenemos aquí otro asunto que promete ser lo más sensacional del año y tú sin enterarte.

—¡Bah!, ¡todo eso no es más que propaganda! —protestó el más joven—: Probablemente el mismo Doc Savage es autor de la noticia para que le publiquen el nombre.

El viejo reportero hizo un ademán de mesarse los cabellos.

—¡Válgame Dios, cuántas necedades! Tú no llegarás nunca a ser periodista.

El joven no se dio por vencido.

—A mí me da la impresión de que se trata de propaganda. Es ridículo pensar que alguien pueda ofrecer un millón de dólares para encontrar a un hombre.

—¿Tú has podido entrevistarte con Doc Savage? —preguntó el viejo ásperamente.

—No.

—¿Sabes de alguien que haya podido arrancarle una entrevista?

—No.

—Pues entonces, cállate de una vez. Nadie ha podido entrevistar a Savage, porque a éste no le interesa la publicidad. Por lo tanto, ese premio no tiene nada que ver con la propaganda.

El joven periodista se rascó la cabeza, muy impresionado.

—Bueno, pues… ¿qué tipo es ese Doc Savage? —preguntó muy

curioso.

—¿No has leído mi artículo en la quinta página?

—Sí. Usted me dijo que lo leyera para que viese cómo escribe un buen periodista, pero, francamente, lo encontré flojo.

¿Eso es todo lo que sabe usted de Doc Savage?

—Poco más o menos, sí —repuso paciente el veterano—. Savage nunca habla de sí mismo, pero los que han tenido ocasión de verle, cuentan bastante de él. Algunas cosas son difíciles de creer.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo que el hombre de bronce sea especialista no sólo en cirugía y medicina, sino también en electricidad, química, geología, ingeniería… en fin, en todo. Fíjate bien: especialista, no un aficionado. Dicen que ninguna eminencia, por muy especialista que sea, sabe tanto como Doc Savage. Éste es capaz de darles lecciones a todos. Pero no alardea de ello.

—No lo creo de ninguna manera —afirmó el joven.

—¡Allá tú! Dicen también que en cuanto a fuerza, Sansón resulta un niño si se le compara con Doc. Dicen que Savage es capaz de coger una herradura y hacer con ella un nudo.

—¡Vamos, hombre, yo no creo eso!

—¿Es que crees algo de lo que te digo? —exclamó furioso el veterano.

—No —contestó riendo el otro—, porque en la redacción me han dicho que es usted el embustero más grande del mundo.

El veterano apretó los dientes, pero al punto su enojo fingido se trocó en franca risa.

En aquel momento el reflector de un remolcador iluminó la bahía y los dos periodistas olvidaron su discusión.

A poca distancia de la costa se veía un vapor pequeño. Tratábase de un vapor de carga, pero construido también para acomodar pasajeros.

El casco estaba recién pintado. Al tocar la luz del reflector la proa del buque se vieron por un momento las letras de su nombre.

Yanki Beauty

—Ése es el vapor —exclamó el periodista más viejo—. Es preciso que subamos a bordo para entrevistarnos con el tipo misterioso que se firma «Amenazado» y ofrece el premio. ¡Figúrate tú que artículo

tan sensacional sacaremos! Daría cualquier cosa por tener la exclusiva y que nuestros queridos colegas se marchasen con un palmo de narices.

—¿Por qué no atraca este vapor al muelle?

—La empresa propietaria del vapor es pequeña y sólo dispone de un muelle, ocupado hasta la medianoche por otro barco de la misma compañía. Cuando salga, el *Yanki Beauty* atracará. El periodista veterano echó una mirada furiosa a los demás periodistas y a los fotógrafos que estaban cerca y luego le dio a su joven acompañante un codazo diciéndole:

—Vámonos.

El joven iba a protestar, pero su compañero le hizo callar y le sacó de entre la multitud, procurando no llamar la atención.

Cuando ya estuvieron bastante lejos del grupo de periodistas, murmuró al oído del joven:

—Se me ha ocurrido una idea. Vámonos a alquilar una lancha para subir a bordo del vapor. Es preciso que hablemos con el tipo que ofreció el premio.

—Pero el capitán del Yanki Beauty ha enviado un radio diciendo que no dejaría subir a bordo a ningún reportero. Me consta que otros lo han intentado cuando el barco entró en la bahía antes de obtener entrada por parte de la Sanidad. Y no se les permitió subir.

—Todo eso ya lo sé. El capitán del barco quiere ahorrarle a la persona que ofrece el premio las molestias de la publicidad.

—Nos darán una patada si tratamos de subir —declaró el joven.

—A mí no hay quien me dé una patada. Todavía no conozco sitio alguno en el que yo no pueda entrar.

Los dos periodistas se fueron en busca de una lancha, procurando no llamar la atención y escogiendo los sitios de mayor oscuridad.

Estaban pasando junto a un tinglado cuando el joven periodista dio de pronto un respingo y se quedó contemplando la superficie del agua.

—¡Caramba! —exclamó—. Acabo de ver a un hombre desnudo.

—¿Dónde? —preguntó el otro.

—En aquel sitio —repuso el joven señalando hacia la oscuridad —. No lo he visto muy bien, pero…

El otro periodista hizo un ademán de impaciencia.

—Primero crees en los *zeppelines* fantasmas y ahora has visto a un hombre fantasma. Tú no has visto nada; te lo has imaginado. ¡Vámonos, es preciso encontrar una lancha!

El joven se dejó llevar, porque no estaba muy seguro de haber visto bien.

Y es que se había olvidado de un detalle, el más importante en este caso; el extraño color de bronce del hombre que había visto.

De haberlo podido ver bien y habérselo dicho a su compañero más experimentado, éste se habría dado inmediatamente cuenta de que el fantasma era real y que se trataba de Doc Savage.

II
La muerte que aletea



Cuando los dos periodistas traspusieron el lugar donde Doc Savage se había ocultado, el gigante de bronce se acercó al borde del muelle con paso sigiloso.

Su traje de baño era casi del mismo color que su piel bronceada y ambos le ocultaban bien en la noche.

Ya junto al borde, abrió la mochila impermeable y extrajo de ella una brújula de esfera luminosa con correa, que se colocó en la muñeca.

Después sacó un tubo flexible provisto de una pieza adaptable a la boca en un extremo y en el otro un «pulmón» artificial.

También iba provisto de una pequeña horquilla metálica que servía para cerrar la parte que quedaba dentro de la mochila nariz.

Doc cogió un extremo con los dientes, puso la horquilla sobre la nariz y ajustó el mecanismo de oxígeno, cerrando después herméticamente la mochila que ató a la espalda con los tirantes.

Cuando el gigante de bronce entró en el agua no produjo ningún ruido.

Con golpe certero empezó a nadar por debajo de la superficie, a bastante profundidad y mirando con frecuencia a la brújula luminosa para asegurarse de la dirección.

Doc Savage tenía por meta él vapor Yanki Beauty con el fin de investigar las causas del fabuloso premio.

Adoptaba tan singular método de llegar al barco con el objeto de enterarse si había algo de siniestro en el fantástico ofrecimiento.

Quería saber qué había detrás de todo ello antes de presentarse abiertamente. Había gente que hubiera pagado gustosa un millón de dólares con tal de quitar de en medio a Doc Savage.

En cierto modo la vida aventurera de Doc traía consigo enormes enemistades. Muchos de sus antagonistas eran hombres poderosos, pues Doc no hacía distinciones.

Su carrera, la meta de su vida era extraña. Ayudaba a aquéllos que necesitaban ayuda y castigaba a los que lo merecían. Iba de una a otra parte del mundo para cumplir su misión.

De aquí que fuesen encarnizados enemigos suyos todos los malhechores y por ello Doc no deseaba correr ningún riesgo respecto al fantástico asunto del premio de un millón de dólares.

No era nada inusitado que un criminal, temiendo la venganza de Doc, tratase de asesinarle. Y el ofrecimiento del premio fantástico bien podía implicar una intriga para quitarle de en medio.

Ningún movimiento del agua revelaba la presencia de Doc. Éste avanzaba con mayor velocidad que un nadador profesional.

Y es que Doc era una maravilla en el agua, lo mismo que en muchas otras cosas.

Para su carrera necesitaba habilidades de superhombre, y le habían entrenado desde la cuna para que tuviese fuerzas necesarias para estar a la altura de todas las circunstancias.

Cada día se ejercitaba intensamente durante un par de horas para conservar la agilidad de sus músculos y de su inteligencia.

No había ningún misterio en cuanto al poder de Doc Savage, su ejercicio diario lo explicaba todo.

La necesidad de disponer de un refugio en el que poder estudiar para aumentar periódicamente su vasto fondo de conocimientos, había llevado a Doc a establecer un retiro misterioso conocido por el nombre de «La Fortaleza de la Soledad».

Sólo Doc sabía el emplazamiento de ese refugio y ningún ser humano podía relacionarse con él durante los períodos en que se retiraba para estudiar. Sus intensas tareas mentales no permitían ninguna interrupción.

Doc había regresado aquella noche de «La Fortaleza de la Soledad». El profundo misterio de su retiro se comprende mejor si se tiene en cuenta que ni el ofrecimiento de un premio de un millón

de dólares logró violar el secreto.

Los cinco ayudantes de Doc, sus mejores amigos, tampoco podían llegar a él en tales ocasiones.

Calculando que se hallaba cerca del Yanki Beauty, Doc subió a la superficie y vio que, en efecto, estaba a pocos metros del barco.

Volvió a zambullirse y cuando volvió a salir, encontróse debajo de la popa.

Entonces se quitó el aparato respiratorio y lo metió en la mochila, de la que sacó un rollo de finísima cuerda de seda, que tenía en un extremo un gancho de metal, ligero pero resistente.

Doc lanzó la cuerda hacia arriba y el gancho quedó sujeto en la borda. A causa de su poco diámetro, aquella cuerdecita hubiera presentado un grave problema para cualquier trepador corriente.

Pero Doc pudo suspenderse sin daño alguno de la cuerda y trepar con relativa facilidad.

Sin hacer ruido saltó por la borda y se ocultó detrás de un ventilador. En aquel escondite se quitó rápidamente el traje de baño, lo retorció para sacarle el agua y se lo volvió a poner.

Su pelo bronceado, pegado al cráneo, poseía la notable cualidad de ser casi impermeable al agua. No pasó mucho tiempo y Doc se encontró bastante seco para no dejar huellas húmedas en la cubierta.

Semejante a una sombra vaga, avanzó a lo largo de la cubierta. Mas apenas se había alejado de la popa, cuando una figura sigilosa salió de un rincón opuesto, con un enorme revólver en la mano.

Tratábase de un hombre alto, huesudo, cuya piel tenía una blancura enfermiza. Miraba con ojos febriles, muy hundidos en las cuencas. Aunque no era viejo, tenía el pelo completamente blanco.

Era obvio que había visto algún movimiento en la cubierta, pero no sabía lo que significaba y por esto avanzaba con paso lento.

A la luz vaga de un reflector que pasaba por encima del barco, el hombre huesudo descubrió las manchas húmedas que Doc Savage había dejado antes de ocultarse detrás de la chimenea del ventilador.

A la vera de aquellas anchas huellas delatoras, el hombre empezó a temblar lleno de pánico.

Apenas las había visto, dio media vuelta y echó a correr por la

cubierta apuntando a todas las sombras con su revólver.

Se dirigió a un camarote en cuya puerta dio dos golpes y luego la rascó con las uñas.

—¿Quién es? —preguntó desde dentro una voz temblorosa.

—Soy Julio —dijo el hombre—. Déjeme usted entrar, señor Red. Traigo muy malas noticias.

La puerta del camarote se abrió y a la luz del interior se silueteó un hombre que también llevaba un revólver en la mano.

Era un individuo de encrespada cabellera roja, alto y fuerte aunque estaba también en los huesos.

Los dos hombres se parecían de modo extraño con sus cuerpos flacos y sus rostros llenos de arrugas. Era como si perteneciesen a la misma hermandad de terror.

—¿Cuáles son sus malas noticias, Julio? —preguntó el pelirrojo.

Julio se echó a temblar y le miró con ojos de loco, diciendo:

—Vayamos a ver a lady Nelia. Es mejor que estemos los tres juntos.

La proposición parecía agradar al pelirrojo y los dos recorrieron unos metros del pasillo y en otra puerta dieron la misma señal que antes había dado el llamado Julio.

La mirilla se abrió un poco y se vio salir el cañón de un revólver.

—¡Ah, son ustedes! —dijo una melodiosa voz femenina—. Entren.

La joven que les abrió la puerta, presentaba una figura notable. Sus facciones eran aristocráticas y finamente modeladas.

Era tan alta como aquellos hombres y movíase con gracia atlética.

Cabellos y ojos eran de color castaño, y sin embargo, había algo en ella de terror reprimido.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz llena de emoción.

—Lady Nelia —exclamó Julio—. Alguien ha subido secretamente a bordo. Estaba en cubierta y me pareció ver un movimiento, fui a investigarlo y… ¡*Sacré*! Vi huellas de pies humanos… pies desnudos.

Lady Nelia apretó el revólver con fuerza.

—Debe de ser Yuttal o

Hadi-Mot

. Sólo ellos tienen motivos para subir furtivamente a bordo.

Red se guardó el revólver.

—Yuttal y
Hadi-Mot
saben, pues, que nosotros estamos a bordo del *Yanki Beauty*, ¿eh?

—Claro que lo saben —asintió lady Nelia—. El *Yanki Beauty* era el único vapor que salía de África en los días de nuestra huida. El hecho de que hayamos oído varias veces el zumbido de motores en el cielo, demuestra que trataban de encontrarnos. Lo único que nos salvó fue que el tiempo era muy brumoso durante los primeros días del viaje del vapor y no pudieron localizarnos desde arriba.

—Es verdad —repuso Red—. El ruido de motores era del maldito *zeppelin*. De no haber sido por la niebla, nos hubiesen echado bombas para volarnos con el barco y todo.

—Pero… ¿cómo es posible que Yuttal y
Hadi-Mot
hayan llegado Nueva York antes que nosotros?

—En el dirigible —señaló Red—. Es una nave que cruza fácilmente el océano sin necesidad de tener que aprovisionarse en ningún sitio.

—Vienen para asesinarnos, desde luego —observó con voz angustiada lady Nelia— porque si lográsemos escapar, todos sus nefastos proyectos quedarían destruidos para siempre.

Las palabras de la joven tuvieron el efecto de acabar con el resto de energía de Julio. Éste emitió un sollozo ahogado, se cubrió el rostro demacrado con las manos y se dejó caer en una silla.

—¡ *trop fort*
C'est
! —gimió—. No puedo resistirlo. Ésta es la derrota total.

—¡Julio! —exclamó lady Nelia—. Haga el favor de no desanimarse de ese modo. Después de haber pasado tanto, sería necio amilanarse al final.

Pero Julio no le hizo caso, sino que continuó gimiendo:

—No, no. No podemos escapar. Yuttal y
Hadi-Mot
nos prepararán una trampa de la que no saldremos. Nos echarán encima esa horrible muerte que está a sus órdenes… esa muerte de

las tinieblas que nos devorará. ¡No puedo más, Dios mío, no puedo más! Ahora mismo, lo acabo todo.

Hacia el final, el pobre hombre había elevado la voz con estridencia y, acometido por repentina desesperación, sacó el revólver y se lo llevó a la sien.

Red, que no le perdía de vista, se plantó al lado de Julio dando un salto.

Los dos hombres forcejearon unos instantes, pero, al fin Red se apoderó del arma de su compañero.

Julio se echó en una litera y allí se quedó sollozando desconsoladamente.

Lady Nelia y Red cambiaron una mirada. No había disgusto en sus ojos, sino sólo compasión por el pobre hombre que se hallaba en la litera, un hombre que había pasado tan horrendas aventuras que no era extraño que se considerase derrotado y tuviese ganas de morir de una vez.

Ellos también experimentaban parte de la misma angustia, aunque lo disimulaban mejor.

Lady Nelia se arrodilló al lado de la litera y acarició al pobre Julio, diciéndole con voz dulce:

—No debe usted pensar jamás en eso, Julio. Es preciso que nos siga ayudando. Juntos hemos de oponer nuestras fuerzas contra esos terribles enemigos.

—No —dijo Julio sollozando—, es inútil… es inútil.

En vistas de que la compasión y el cariño no lograban reanimar al desgraciado, lady Nelia cambió de actitud.

—Muy bien —dijo ásperamente—. Ya que usted es tan egoísta y sólo piensa en sí mismo, ¡sea! Red y yo continuaremos luchando y haremos todo lo que humanamente sea posible para salvar a estos cientos de desgraciados que hemos dejado allí en el infierno.

Julio se estremeció al oír la áspera queja.

—¡Ah!… los otros —murmuró—. ¡*Sacré nom*!… Me había olvidado de los otros.

—¡Me lo figuraba! —contestó lady Nelia—. A usted le es igual que sigan sufriendo los horrores que todos sabemos para tener una muerte horrible. No les queda a los desgraciados más esperanza que nuestra ayuda y usted no tiene ánimos para continuar la lucha por

ellos, aunque no sea por usted.

—¡No! ¡No! —exclamó el pobre hombre—. Yo resistiré hasta el final. Juro que no volveré a atentar contra mi vida. Hay que salvar a esos desgraciados.

Lady Nelia sonrió y le dio un golpecito en el hombro cariñosamente.

—Así me gusta, Julio. Hay que animarse. Al fin y al cabo, las cosas no están tan mal. Si podemos escapar de Yuttal y Hadi-Mot, encontraremos finalmente a Doc Savage, y si es verdad lo que hemos oído de él, arreglará todo el asunto.

—Sí, sí —repuso Julio—. El ofrecimiento del premio ha de ponernos un día u otro en comunicación con Doc Savage.

—A otros sí que les ha atraído el millón de dólares —interpuso Red haciendo un esfuerzo para tomarlo a broma—. Hay que ver los millares de personas que han acudido a los muelles. Se diría que va a desembarcar el circo Krone. Doc Savage se ha de enterar por fuerza de que nosotros lo estamos buscando.

—Puede que Doc Savage no quiera ayudarnos —observó Julio, volviendo a sumirse en las dudas—. Puede que por eso no haya contestado a nuestra llamada.

—No lo creo —contestó la joven—. Aunque no tengo el gusto de conocer al señor Savage, he oído hablar de él y sé que todo el afán de su vida es ayudar a los que le necesiten y castigar a los malos.

—Bien —dijo Julio animándose—. Tal vez el radiotelegrafista haya oído entretanto algo del señor Savage. Voy a verlo.

—Ándese con mucho cuidado —le aconsejó Red—. Yo me quedo aquí a hacer compañía a lady Nelia.

Julio se dirigió a la puerta, la abrió, se asomó para mirar con recelo pasillo arriba y abajo, y luego salió. Red cerró la puerta con llave.

La cabina del radiotelegrafista estaba en el puente y Julio tuvo que subir unas escaleras, deslizarse por entre las chimeneas de los ventiladores y claraboyas para llegar a ella. Tenía el revólver apercibido en la mano.

El radiotelegrafista le dio una decepción.

—Lo siento, pero no hay ninguna noticia —dijo.

Muy descorazonado, Julio volvió a descender a la cubierta del pasaje, que yacía casi en completa oscuridad.

Las lanchas salvavidas a lo largo de la borda tapaban la poca luz que hubiese podido venir de los faroles del muelle.

En las tinieblas de la cubierta sobrevino una cosa horrenda. Julio avanzó unos pasos y de pronto hubo un sonido extraño, espeluznante.

Era como el aleteo de un ave y al mismo tiempo se notaba un ligero olor sumamente desagradable. Julio lo oyó y dio un alarido de terror.

Echó a correr como un loco, disparando al mismo tiempo por encima del hombro. ¡Tiros locos, sin puntería alguna!

Y no cesaba de dar alaridos de terror echando el pulmón por la boca, hasta que sus gritos se convirtieron en sonidos roncos que también iban debilitándose, hasta que por fin, no se oyó nada.

Hubo un silencio lleno de horribles sugerencias.

Desde lejos sonó una serie de silbidos suaves y como si fuese una señal, la sombra que aleteaba se alzó del sitio donde Julio había caído.

Hubo una ráfaga de olor nauseabundo aunque poco fuerte.

El aleteo desvaneciose en la oscuridad hasta que se apagó en la distancia.

III
La senda del horror



Gritos de agitación empezaron a oírse en distintas partes del Yanki Beauty.

Todo el mundo había oído los terribles alaridos de Julio, seguramente los percibieron también los curiosos del muelle.

En todas partes del buque corría la gente en busca del origen de los alaridos.

El haz de luz de una linterna eléctrica, delgado y largo como cuerda blanca, apareció cerca del lugar donde Julio había sufrido la desgracia, y por fin se posó en el mismo cuerpo.

Julio se hallaba en decúbito supino, los brazos y las piernas retorcidas de modo terrible. En la mano aún tenían el revólver.

Los ojos le habían salido de las cuencas, la boca la tenía abierta enseñando los dientes. La expresión de su rostro rígido era la de una máscara de terror sobrenatural.

En la garganta tenía un tajo tremendo por el que, al parecer, le habían sorbido la sangre, puesto que no se veían manchas rojas, ni en la ropa ni sobre la cubierta.

El ominoso silencio continuó breves segundos más.

De pronto fue interrumpido por el sonido extraño, absolutamente distinto al sobrenatural aleteo que precediera a la muerte de Julio.

Era un sonido agradable, animador, musical, pero sin melodía alguna.

Era un trino suave, extraño como de pájaro exótico o como el

canto del viento en las selvas vírgenes.

Lo más raro del caso era que el sonido no parecía venir de ningún sitio en particular, sino de todas partes a la vez, como si la misma oscuridad lo produjese.

Un momento después el haz de luz se ensanchó obedeciendo al movimiento del ajuste de la lente.

El entarimado de la cubierta, blanco de tanto limpiar, reflejó la luz de la linterna y reveló la presencia de un hombre… un gigante de bronce.

Doc Savage había oído los alaridos y no había perdido tiempo en buscar el lugar de donde procedían.

Era él quien producía el extraño trino; era la señal de su presencia; aquel suave sonido formaba parte de él y lo producía inconscientemente en instantes de gran concentración de ánimo.

Sólo cuando reflexionaba rápidamente o cuando se hallaba a punto de entrar en acción, producía ese trino sorprendente. Y raras veces se daba cuenta de que lo producía.

Silenciosamente abrió Doc Savage la mochila y extrajo un pequeño recipiente que contenía un polvo de aspecto extraño.

Savage espolvoreó una leve caja de polvos sobre el entarimado, en ancho círculo en derredor del cadáver.

En el mismo momento en que el polvo impalpable salía del recipiente, empezaba a brillar. Era como si de la caja saliese fuego líquido.

Pero al caer sobre el suelo, dejaba de brillar excepto en ciertos sitios, precisamente en las huellas del desgraciado Julio y en las propias de Savage.

Doc Savage tenía a su disposición muchos preparados químicos muy raros y extraños. Probablemente ninguno era tan singular como aquel polvo.

Tenía la cualidad de brillar cuando se sacudía, porque las sacudidas rompían las partículas, exponiendo nuevas superficies al aire y éstas brillaban momentáneamente.

El brillo de las huellas de pisadas tenía sencilla explicación. Los pasos de un hombre por el entarimado oprimían la madera en grado microscópico a causa del peso.

Las fibras de madera, aún en movimiento de regreso a su

posición anterior causaban una nueva sacudida en las partículas de polvo, impalpable y así, exponiendo nuevas superficies al aire, se producía el momentáneo brillo en los sitios donde había huellas.

Doc tenía una cinta métrica en la mano y buscaba las huellas del asesino para medirlas, pero…

¡No había más huellas que las suyas propias y las del muerto!

Doc Savage miró incrédulo. Para asegurarse mejor, midió las huellas de Julio y las comparó con la planta de sus zapatos.

Registró con la linterna todos los rincones del lugar en que se hallaba, hasta lo alzó hacia arriba, registrando la jarcia.

En uno de los cables vio una mancha reciente, al parecer roja.

Si aquella mancha era de sangre humana, era casi inconcebible que un asesino hubiese cometido el crimen desde el cable y la cubierta no estuviese manchada de sangre.

Doc Savage subió rápidamente por la jarcia. Examinó el cable. La mancha era de sangre humana sin ninguna clase de duda. Sosteniéndose con una mano, Doc manejó la linterna.

El Yanki Beauty era una motonave y quemaba aceite mineral a consecuencia de lo cual había en la superficie del cable una densa capa de finísimo hollín, depositado allí por el humo de aceite.

Pero lo extraño del caso era que la capa del hollín estaba intacta, en vez de aparecer parcialmente borrada como era lógico suponer.

Por lo tanto la mancha de sangre era inexplicable, a no ser que alguien con alas la hubiese dejado allí al rozar volando el cable.

Doc apagó la linterna, porque notó que la gente de a bordo se acercaba al lugar de la tragedia.

Poco después, aparecieron marineros y camareros con faroles, pasando por debajo del sitio en que se hallaba Doc Savage, sin advertir su presencia.

—¡Eh!… Fíjense en esto —exclamó uno de los marineros al ver el contorsionado cuerpo de Julio.

En menos de dos minutos un grupo de curiosos rodeaba el sitio donde yacía el inanimado cuerpo.

—¿Qué será lo que hay aquí en el suelo que brilla tanto cuando se pisa? —preguntó uno.

—¿Cómo ha muerto este hombre? —preguntó otro.

—Pues… le han cortado el gaznate… ¿no lo ve?

—Parece obra de un vampiro.

—No hay tal animal.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó un hombre vestido de mecánico.

—Se llama Julio Fourmalier —repuso un camarero—. Tenía el camarote número doce. Es un pasajero.

Doc Savage había estado esperando semejante información; sin hacer el menor ruido trepó por el cable hasta llegar al palo mayor, donde buscó otro cable por el cual llegar al otro lado del buque.

Descendió rápidamente por él y pocos minutos más tarde se hallaba ante el camarote número 12.

La puerta estaba cerrada. Doc volvió a rebuscar en la mochila impermeable, extrajo una finísima ganzúa y con mano segura y hábil abrió la cerradura.

Una vez en el camarote, cerró la puerta y encendió la luz. Por el camarote parecía haber pasado un huracán.

La alfombra estaba levantada; el colchón de la litera, hecho trizas; el lavabo destrozado, lo mismo que un cinturón salvavidas. Nada se había escapado a la furia del que entrara allí para buscar algo.

Doc no se había movido un paso de la puerta, pero su mirada lo abarcó todo en pocos segundos.

A primera vista parecía imposible deducir por el estado de desorden cuál podía haber sido el objeto de la búsqueda frenética que implicaba el destrozo, pero la aguda mirada de Doc descubrió varias cosas muy significativas.

El hecho de que los lomos de los tres libros del estante estuviesen intactos, indicaba que no se había buscado ningún documento.

De otro modo, la búsqueda se hubiese extendido también a las cubiertas y los lomos de los libros.

Un frasco de loción de afeitar había sido vaciado para examinar el interior.

El líquido, que se secaba rápidamente a causa del alcohol que contenía, aún no estaba del todo seco.

Por lo tanto, la búsqueda se había efectuado pocos minutos

antes.

Doc trató de descubrir las huellas de las pisadas del intruso y aplicó nuevamente sus polvos luminosos en el pasillo.

Al salir, vio de paso que la cerradura tenía un pestillo automático, de modo que el intruso al marcharse se había limitado a cerrar la puerta de golpe.

Con el metro en la mano, Doc se inclinó para medir las huellas del visitante que se veían claramente por el polvo luminoso. Luego los fue siguiendo.

Al final del pasillo, una mano armada de una pistola apareció en el cruce de otro pasillo, apuntando a Doc Savage. De pronto sobrevino la detonación.

La llamarada se reflejó con viveza en las paredes del pasillo. El disparo sonó con tremenda fuerza, resonando por todo el barco.

La bala bajó silbando y se incrustó en la pared.

Doc había desaparecido como por arte mágico. Se había metido otra vez en el camarote de Julio antes de sonar el tiro, y permanecía con los músculos en tensión.

El asesino había quitado el seguro de la pistola un momento antes de disparar y el leve ruidillo que produjo así, fue oído por Doc.

Una sola mirada le había advertido el peligro que corría y le había hecho obrar con la velocidad del rayo.

Sonó otro tiro en el pasillo, revelando que el pistolero no sabía lo que hacía por exceso de agitación.

Doc metió la mano en su mochila y sacó un objeto que parecía una lata de leche condensada. Manejó una llave que había en la lata y luego la lanzó pasillo abajo en dirección al pistolero.

La lata empezó a despedir denso humo negro que rápidamente fue llenando el pasillo.

Sonaron más tiros. Doc los contó. Cuando juzgó que el cargador estaba vacío, salió al pasillo y huyó velozmente en dirección opuesta, se metió en otro pasillo y de allí llegó a la cubierta.

Tras él oía el ruido de agua saliendo de una manguera: el pistolero estaba borrando las huellas luminosas para que nadie pudiese medirlas.

¡Era muy significativo! Doc comprendió que sus enemigos no

eran vulgares.

Al salir a la cubierta no se veía en Doc nada que pudiese indicar que acababa de correr un gran peligro. No era el primero. No sería el último.

Desde la proa sonaban gritos y voces agitadas. Los otros habían interrumpido la discusión acerca del asesinato del desgraciado Julio.

Pero nadie parecía tener ganas de investigar las causas de las detonaciones.

Todo el mundo se limitaba a dar gritos para animar a los demás.

Doc se deslizó furtivamente por la cubierta y buscó el pasillo desde el cual le habían atacado.

En el pasillo no había nadie. Doc iluminó con su linterna la cubierta. No veía a nadie. Entonces espolvoreó aquella parte con sus polvos luminosos.

Las primeras huellas que surgieron eran imprecisas, pero Doc vio por ellas que el pistolero se había sostenido sobre un pie solo y envuelto éste con algo, probablemente un trapo. Pero no era posible medir aquellas huellas con fines de identificación.

Doc se inclinó y examinó detenidamente el suelo. Tras un breve escrutinio, bajó la mano y recogió con el dedo pulgar e índice un hilo de lana gris.

El hilo lo había retenido una astilla del entarimado y procedía sin duda del trapo que el pistolero llevaba arrollado a los pies para amortiguar el ruido de sus pasos.

Tenía Savage deseos de avanzar en dirección del lugar donde estaba el cadáver, pero los marineros aún seguían dando vueltas inútilmente en aquella parte y en el otro pasillo, tratando de averiguar la causa de los tiros.

De pronto se oyó una voz angustiada:

—¡Fuego! ¡A las bombas! ¡Fuego!

Doc no se mostró alarmado en lo más mínimo, sabiendo que los gritos sólo se debían a haberse descubierto el humo denso y negro de la bomba lanzada por él.

Pero no sucedió lo mismo con los marineros que aún seguían junto al cadáver. Echaron a correr enseguida a sus puestos, temiendo que el barco se incendiara y perdiesen ellos el empleo si

no lo evitaban.

Ni una sola persona quedó junto al cadáver.

Doc Savage se aprovechó de esta circunstancia y avanzó resuelto, aunque cauteloso. Dos veces tuvo que ocultarse tras una lancha de salvamento para no tropezar con los marineros.

Al llegar junto al muerto, empezó enseguida a registrarle los bolsillos, cosa que no había tenido tiempo de hacer antes.

El tener que tocar un cadáver no le molestaba, porque su entrenamiento de cirujano le había endurecido en este sentido.

El contenido de los bolsillos del muerto era pobre. Lo primero que encontró fueron algunas monedas.

Doc las examinó a la luz de su linterna y vio que eran piastras de plata con inscripciones en egipcio, lo que llamó mucho su atención. Las sostuvo un rato pensativamente. En un bolsillo interior encontró una cosa sorprendente, un manojo de recortes de periódicos sujetos con una goma. Doc examinó los recortes con gran interés.

Todos tenían algo que ver con dirigibles del tipo *zeppelin*. Al parecer, el muerto debió de recortarlos de una revista técnica moderna, puesto que todos hablaban de nuevos desarrollos de la construcción de las naves menos pesadas que el aire.

Algunos recortes iban acompañados de ilustraciones y otros de apuntes hechos a lápiz, casi siempre reproducción de las innovaciones, como si el muerto quisiera familiarizarse con ellas.

Doc incluía en sus vastos conocimientos universales un estudio bastante profundo de la historia de la aeronáutica y de este modo le fue más fácil comprender lo que significan los recortes.

Así fue que pronto descubrió algo interesante. Los progresos científicos a los que el desgraciado había dirigido su atención, databan todos de los últimos diez o doce años.

Era como si Julio no hubiese podido informarse antes del desarrollo que hubo en dicho periódico y hubiese querido suplir la falta con el estudio de aquellos recortes encontrados casualmente en revistas científicas.

En un sitio había unos cálculos sobre la capacidad elevadora de los departamentos de gas, lo que demostraba que Julio había sido experto en aeronaves menos pesadas que el aire, a pesar de no estar al corriente de los progresos más frecuentes.

En un grabado que representaba un dirigible entero del tipo *zeppelin*, hizo Doc el descubrimiento más interesante de todos.

Cerca de la proa de la nave había una inscripción, hecha distraídamente: Z X 03, o sea la señal de identificación de la nave.

Era el muerto el que debió de hacer aquella inscripción, y tratándose del número y de la marca de un *zeppelin*, seguramente debía de jugar un papel importante en su vida o de lo contrario no era lógico que pusiera allí esa inscripción.

Doc se prometió investigar la historia de la aeronave Z X 03.

Recordando el desorden del camarote del muerto, Doc continuó registrando a éste, comprendiendo que los asesinos de Julio habían buscando algo que debía de estar en poder del desgraciado.

En efecto, en las piernas del muerto, debajo de las rodillas, encontró unas protuberancias, cinco para ser exacto.

Eran pequeños objetos del tamaño de una nuez, sujetos allí con esparadrapo.

Doc los quitó y los sometió a un examen. Cada uno era un diamante en bruto de aguas limpísimas. Las piedras tenían sin duda un valor incalculable.

Doc se las embolsó, porque creía que podrían constituir valiosas ayudas en sus investigaciones. Más tarde podría devolverlas a su dueño legítimo.

Seguramente el muerto tendría familia a la que Doc se propuso encontrar.

El hallazgo de los diamantes, las monedas egipcias, el conocimiento atrasado sobre aeronaves, fueron datos que causaron a Doc profundas reflexiones, pero no le llevaban a parte alguna, pues no había modo de relacionarlos entre sí.

De la popa llegaron en aquel instante gritos estridentes. Al parecer, los marineros habían descubierto ya el origen del supuesto incendio.

Los oficiales lanzaban preguntas y órdenes contradictorias, con lo que aumentaron la confusión.

El asesino, fuese humano o vampiro diabólico, no encontraría obstáculos para moverse a sus anchas por el barco en tal estado de confusión.

Poniendo los diamantes en la mochila y sobre la espalda, Doc

avanzó en la oscuridad.

Se proponía ver al capitán del *Yanki Beauty*, lo mismo que al radiotelegrafista, para saber quién había ofrecido el premio del millón de dólares.

De pronto hubo otra conmoción. Hacia la mitad del barco sonó un alarido femenino lleno de horror y pánico. Una puerta se cerró de golpe.

Los alaridos continuaban y también se oía el ruido de forcejeo.

Como un rayo se precipitó Doc hacia el sitio donde procedían los gritos angustiosos y a la luz de su linterna vio poco después un espectáculo horrendo… una visión que producía sudor frío.

Era una escena que, de no haberse entrenado Doc Savage durante años en resistir todas las emociones, le hubiese puesto los pelos de punta.

Una mujer forcejeaba ante una puerta cerrada, seguramente la que había cerrado de golpe. Sus manos golpeaban el aire frenéticamente, al mismo tiempo que seguía gritando como loca.

Sin embargo, no había ningún agresor visible. No se veía otra cosa que una mujer que se defendía contra el aire que la rodeaba.

Ella misma debió darse cuenta cuando el haz de luz de la linterna de Doc Savage iluminó brillantemente el lugar.

Volviéndose miró en dirección a la luz que le cegaba a causa de su potencia.

Tratábase de una mujer bellísima, de pelo y ojos castaños, facciones aristocráticas y finas. Era muy alta.

Naturalmente, Doc Savage no podía saber que aquella dama era lady Nelia.

Ni ésta, cegada por la luz, podía verle a él.

No pudiendo distinguir quién era el que la iluminaba de aquel modo, lady Nelia dio media vuelta y echó a correr. Al llegar a la puerta del salón, la abrió y se metió en él.

Doc la siguió con increíble velocidad. No estaba seguro de lo que podía haber provocado los gritos de pánico de aquella joven; podía haber huido por aquella puerta para alejarse de alguna cosa horrenda, cerrando la puerta del camarote de golpe para que la amenaza no pudiese salir.

Tan horrible y espeluznante debió de ser el terror, que la joven

continuó luchando ante la puerta cerrada sin darse cuenta de que ya estaba salvada.

Pero había otra cosa en el incidente. El desconocido que poco antes disparara sobre Doc Savage, había llevado los pies envueltos en trapos de tela gris y la mujer que acababa de huir horrorizada llevaba un abrigo de la misma tela.

De pronto, la puerta del salón por la que la mujer desapareciera, se abrió y por ella salió un hombre alto y esquelético, de pelo tan rojo que parecía una llama viva. En la mano tenía un revólver.

Tras él venía la joven beldad.

—¡Allí está! —gritó la mujer aún con voz angustiada, señalando a Doc Savage.

El pelirrojo apuntó a Doc con el arma, gritando al mismo tiempo:

—¡Manos arriba!

—¡Los dos habían confundido a Doc Savage con su enemigo!

IV
Gemelos de la maldad



Doc Savage no sintió la necesidad de rendirse así como así, puesto que ignoraba cuáles podrían ser las intenciones de la joven y de su compañero pelirrojo.

El haz de luz de su linterna pareció romperse de pronto cuando Doc la apagó; y un salto rápido hacia la derecha le puso al abrigo de una de las lanchas de salvamento.

El hombre del pelo rojo dio un gruñido de furia, sacó también una linterna y la encendió.

—¡Se ha escondido detrás de la lancha! —gritó la joven.

—Métase en el salón, lady Nelia —ordenó Red—. Yo me encargo de ese tipo, sea quien sea. —¿Lo ha visto usted bien?

—No. La luz me cegó —respondió Nelia, sin hacer caso del consejo de retirarse—. No sé quién podrá ser, pero su actitud era sospechosa.

—Ahora mismo vamos a ver quién es y qué quiere —gruñó Red. Y alzando la voz—: ¡Salga de ahí inmediatamente o le descerrajaré un par de tiros!

Pero no hubo ninguna respuesta del lugar donde Doc se había refugiado.

Red repitió la orden y la amenaza y, al ver que no obtenía resultado alguno, avanzó pero con miedo. La luz de la linterna se movía revelando el temblor de la mano que la sujetaba; lo mismo pasaba con el revólver.

Dado el estado de miedo insuperable en que se hallaba Red,

resultaba un enemigo desagradable, porque podía empezar a disparar sólo movido por su nerviosidad.

—¡Salga de ahí enseguida! —volvió a gritar, confiando en que con amenazas obtendría resultados.

Al ver que no le contestaban, Red, dio la vuelta a la lancha, blandiendo la linterna y el revólver.

De pronto se quedó con la boca abierta. No había nadie tras la lancha.

Sólo habían transcurrido pocos segundos desde que Red saliera del salón y viera al hombre que había asustado a lady Nelia, y le sorprendió que en tan poco tiempo pudiese desaparecer de aquel sitio sin hacer ruido alguno.

Red registró todos los rincones cercanos con la luz, sin ver nada. Miró por la borda e iluminó el casco del barco, sin encontrar rastro alguno del hombre misterioso.

—¿Dónde puede haber ido? —preguntó lady Nelia, sorprendida.

—¡Qué sé yo! —murmuró Red, esforzándose por reprimir la nerviosidad que sentía.

Vagas voces subían del agua, desde más allá del sitio de donde estaba Red.

Éste dirigió la luz de su linterna en dirección a las voces y vio una lanchita junto al barco, en la parte del centro donde estaba la escalera.

Los dos hombres que ocupaban la lancha discutían acaloradamente con un marinero del Yanki Beauty.

Eran los periodistas, el veterano y el joven, que habían discutido en el muelle y se valieron de la lancha para ir al buque con el fin de obtener material para un buen artículo.

Además, habían oído los tiros, los gritos y la agitación y estaban impacientes por subir a bordo.

El marinero que les impedía subir tenía en la mano una pértiga con gancho y les amenazaba pegarles con la misma si se empeñaban en subir.

Red, al ver la lancha, se dirigió a lady Nelia y le dijo:

—Hemos de marcharnos en esa lancha que tan providencialmente se nos presenta. Yuttal y
Hadi-Mot

están a bordo. La muerte del pobre Julio lo demuestra.

—Lo mismo que la agresión contra mí —exclamó lady Nelia con un estremecimiento y tapándose el rostro con las manos—. Salí a cubierta y pude cerrar la puerta antes de que esa cosa horrible se me echara encima. El pánico debió producirme un ataque de histerismo, porque me figuré que esa cosa aún me seguía después de cerrar la puerta.

—Es demasiado peligroso permanecer a bordo —repuso Red—. Estamos poco menos que desamparados frente a Yuttal y
Hadi-Mot
y sus demoníacos medios de cometer asesinatos.

Red señaló la lancha de los periodistas.

—Cojamos esa lancha y vayámonos de aquí.

—Muy bien —asintió lady Nelia.

Los dos se marcharon. Red aún seguía volviéndose de cuando en cuando, como si tratase de descubrir al hombre misterioso que había desaparecido como por arte de magia.

—Vaya con mucho cuidado —aconsejó Red a lady Nelia.

—Sí, y con mucha prisa y sin hacer ruido.

Por la cubierta venían corriendo algunos marineros que querían investigar tardíamente las causas de los gritos y alaridos.

Lady Nelia y Red entraron rápidamente en el salón para no verse detenidos.

Desde allí se dirigieron al camarote de ella.

Ésta, al entrar, bajó enseguida el salvavidas del estante y lo recorrió con sus finos y esbeltos dedos hasta encontrar las leves protuberancias, otros tantos objetos duros incrustados en el corcho debajo de la lona.

—Mi parte de diamantes está aquí —dijo—. ¿Tiene usted la suya, Red?

—Me los pegué a los tobillos con esparadrapo, lo mismo que Julio, aunque éste se los puso debajo de las rodillas.

—Vámonos —dijo lady Nelia, colgándose a los hombros el cinturón salvavidas para tener las manos libres.

Los dos bajaron la escala, pasaron por el comedor y salieron a la cubierta, desde donde podían ir a la escalera de desembarque.

El marinero y los dos periodistas seguían discutiendo

acaloradamente.

Red bajó la escalera, ocultando el revólver, pero cuando estuvo al lado del marinero, le apuntó con el arma. El cañón del arma despidió azulados reflejos.

—Suba enseguida —le ordenó—. ¡Y ustedes dos, arriba también! ¡Pronto!

Los dos periodistas se quedaron mirando el revólver con los ojos desorbitados. Había un farol en lo alto de la escalera y a su luz se veía muy bien el arma.

—¡Pronto he dicho! ¡Muévanse! —ordenó Red.

Los dos reporteros salieron de la lancha. Por primera vez en su vida ambos se quedaron sin habla.

Al pasar junto a lady Nelia, los periodistas lanzaron una mirada de admiración, a pesar de la amenaza del revólver de Red, porque su belleza les impresionó grandemente.

—¡Vaya mujer! —exclamó el veterano en voz baja.

Lady Nelia y Red subieron a la lancha, y la primera, al ver que su compañero no sabía qué hacer, se sentó en el asiento desde el cual se manejaba el motor y el timón.

La facilidad con que puso en marcha el motor, reveló que la dama entendía bastante de maquinaria.

Red, ya más sereno, alzó el arma y con excelente puntería rompió el farol en lo alto de la escalera del buque, con un solo tiro.

Los dos periodistas, que se habían quedado para ver a los de la lancha, retrocedieron rápidamente creyendo que el tiro iba para ellos.

A causa de la oscuridad y debido al ruido del motor, ni lady Nelia ni Red vieron la mano bronceada que apareció en la popa de la lancha.

La mano ató con sigilo y habilidad una cuerda de seda en la borda.

Con el mismo silencio desapareció la mano. Los dos que iban en la lancha no tenían la menor idea de la presencia de un tercero a tan poca distancia.

Gracias a la misma cuerda de seda, y al gancho que iba al extremo de ella, Doc Savage había podido efectuar su misteriosa desaparición cuando Red le amenazó con el revólver.

No tuvo que hacer otra cosa que enganchar un extremo en la borda, deslizarse rápidamente al agua, soltar el gancho con un hábil movimiento desde abajo y alejarse algunos metros del barco.

Así desapareció, llenando de estupefacción a su perseguidor.

La lancha empezó a avanzar. Doc enganchó la cuerda con los tirantes de la mochila que eran fuertes. De este modo se dejó remolcar cómodamente.

Se había puesto boca arriba y, arqueando el poderoso cuerpo, se convirtió en acuaplano humano. A pesar de la velocidad de la lancha, no experimentó molestia alguna.

La embarcación navegó oblicuamente hacia el muelle en busca de un lugar donde había poca gente, que era precisamente el sitio donde Doc había dejado el coche con Renny, el de los enormes puños.

A cincuenta metros del muelle, Doc soltó el amarre y quedó libre.

Inmediatamente se sumergió con poderosas brazadas hacia tierra.

Nadie le vio salir del agua a pesar de que a pocos metros había un pequeño grupo de hombres contemplando el *Yanki Beauty*.

Y es que la habilidad de Doc Savage de moverse sin hacer ruido, era casi sobrenatural.

Renny sufrió un leve sobresalto cuando Doc apareció junto al coche.

—Un poco más abajo hay un hombre y una mujer que salen ahora de una lancha —dijo Doc a Renny—. Probablemente necesitarán un taxi. Recógeles tú y entérate de quiénes son y a dónde van.

—¡Se hará! —repuso Renny.

—Y ándate con cuidado. No sé si esos dos son amigos o enemigos. Abre los ojos. Puede que te ataquen a ti o que les ataquen a ellos. En este último caso, defiéndelos.

—¡Se hará, Doc! —contestó Renny, dando marcha al motor.

Renny dio vuelta al coche y se marchó calle abajo. Poco después los potentes faros del coche iluminaron la huesuda figura de Red.

Renny, haciendo el papel de conductor que busca viaje, detuvo el coche y abrió la portezuela. Lady Nelia y Red subieron sin

hacerse rogar.

La dama se había quitado el salvavidas y lo llevaba debajo del brazo.

Apenas había recorrido el taxi cosa de doscientos metros, cuando otra lancha se acercó al muelle. Doc se dirigió al mismo sitio.

Había estado esperando esa lancha, porque sabía que venía desde el *Yanki Beauty* y suponía que sería una que había visto en la popa del buque.

Vio saltar a dos hombres de la lancha, que echaron a correr tan pronto pusieron el pie en el muelle. Doc los vio correr muelle abajo.

La débil iluminación le ofreció la oportunidad de examinar a los dos tipos.

Uno de ellos era un hombre muy gordo, casi el más gordo que había visto Doc en toda su vida. Apenas alcanzaba cinco pies de altura y casi parecía tan grueso como alto.

Tenía en realidad semejanza con una pelota, y causaba un efecto muy extraño verle correr con sus piernas cortas, moviendo los brazos como remos y balanceando la pequeña cabeza.

Tenía boca muy grande, nariz enorme y ojos saltones.

A pesar de que las facciones grandes suelen dar un aspecto agradable al rostro humano, esto no era el caso de aquel hombre, porque su fisonomía era tan repelente como maligna.

El otro era un tipo esbelto y bien vestido, casi se podría decir que era un hombre apuesto. Su morena piel y sus rasgos hicieron pensar a Doc en las monedas egipcias que había encontrado en el bolsillo de Julio.

Doc supuso que el desconocido era egipcio, o al menos árabe. Llevaba abrigo de tela gris bastante arrugado.

Doc al verlo adivinó que ése era el hombre que había disparado sobre él en el vapor.

Era también el que llevaba la gran cesta provista de potentes correas, mediante las cuales el hombre la llevaba a la espalda sosteniendo el peso mediante una correa que le pasaba por la frente.

La cesta era de mimbre muy fino y no era posible adivinar lo que contenía.

Al pasar tan extraña pareja delante del sitio donde se ocultaba Doc, el hombre gordo exclamó:

—Date prisa,
Hadi-Mot
. Es necesario que no se nos escapen.

—Paciencia —repuso
Hadi-Mot
—, no puedo correr más de lo que corro, Yuttal.

Los dos habían hablado parcialmente en inglés y parcialmente en otro idioma que Doc no tuvo dificultad en reconocer como egipcio.

Además, había descubierto los nombres de los dos: Yuttal y
Hadi-Mot
.

Doc se fue tras la pareja, pensando al mismo tiempo que
Hadi-Mot
debía ser un apodo y no un nombre, porque significaba «muerte silenciosa».

—*Yallah* —gritó de pronto
Hadi-Mot
—. *Tayyib*. Muy bien, están en aquel taxi. He visto el pelo rojo de Red cuando el coche pasó por ese faro.

—*Imshi, imshi* —repuso Yuttal—. Aprisa, hemos de buscar otro coche.

Aunque Yuttal hablaba el egipcio con perfección, Doc adivinó que no era de Egipto, sino europeo o americano.

Los tipos echaron a correr tras el coche de Renny y Doc les siguió en la oscuridad, pero no tardó en tener mala suerte.

Un taxi le alcanzó y le inundó con la luz de sus faros, y el conductor al ver a la extraña figura en traje de baño y corriendo, hizo sonar la bocina.

Yuttal y
Hadi-Mot
se volvieron rápidamente y al ver también la extraña figura de Doc se detuvieron donde un grito.

Doc también se detuvo.

El conductor del taxi pasó por delante de él y al desaparecer la

luz de sus faros, la calle quedó a oscuras.

Doc había visto a la izquierda un estrecho pasaje y hacia él corrió velozmente. El pasaje estaba completamente a oscuras y olía a frutas podridas.

Doc aguardó allí para ver lo que se proponían hacer Yuttal y Hadi-Mot
y no tardó mucho en descubrirlo, pero de modo muy desagradable.

De las tinieblas, ante él surgió de pronto un ruido como el aleteo suave y repelente, que se acercaba con terrible velocidad, y con el vino también un olor débil, pero pestífero.

Doc dio media vuelta y echó a correr. Tenía nervios de hierro, pero también tenía sentido común.

El método más sencillo de evitar aquel horror misterioso, era resguardarse en alguna parte inasequible.

El aleteo sonaba cada vez más fuerte. Por mucho que corría Doc, no pudo correr más que aquella cosa misteriosa.

Las paredes del pasaje eran altas y todas las ventanas y puertas estaban herméticamente cerradas.

De pronto, Doc tropezó con una tapa metálica de lo que supuso era una cloaca y se detuvo rápidamente, levantó la tapa y bajó a la cloaca, volviendo a cubrirla con la plancha de hierro.

A la luz de su linterna eléctrica pudo ver que no se trataba de una cloaca, sino de la entrada de uno de los numerosos túneles de la red telefónica subterránea de Nueva York.

Sobre su cabeza Doc percibió un débil ruido como si alguien rascase la tapa de hierro y a poco parecía como si clavasen agujas en el metal.

El olor nauseabundo del ser misterioso que estaba sobre la tapa descendió por los intersticios y Doc lo percibió claramente.

Con sus potentes manos agarró la parte inferior de la tapa sujetándola con fuerza, y hubiera sido necesario una buena palanca y muchos hombres para levantar la tapa contra su voluntad.

Después de una serie de finísimos silbidos, cesó el ruido en la parte superior de la tapa y Doc volvió a oír débilmente el aleteo.

La odiosa criatura de la noche se alejaba obedeciendo a una señal.

Doc se quedó donde estaba sin soltar la tapa. Escuchó. Su oído

poseía una sensibilidad de que pocos hombres podían vanagloriarse, gracias a la parte de su ejercicio diario que dedicaba al sentido auditivo.

Disponía Doc Savage de un aparato que producía ondas sonoras de frecuencias tan altas y tan bajas que el oído humano corriente no podía percibirlas, y este aparato lo empleaba Doc para perfeccionar su oído hasta que al cabo de los años logró percibir dichas ondas sonoras.

Por eso, gracias a su entrenamiento, era capaz de percibir ruidos que no estaban al alcance de los demás.

Cuando por fin se convenció de que ya no había ningún peligro, salió de su escondite y registró los parajes vecinos.

Pero no encontró nada. Yuttal y
Hadi-Mot
se habían marchado llevándose el horror aleteante de la noche. Tal vez se habían ido para seguir al taxi conducido por Renny en que iban lady Nelia y Red.

Doc paró un taxi que pasaba por el muelle; el conductor se quedó boquiabierto al ver al gigante bronceado que caminaba en traje de baño.

Doc le dio la dirección de uno de los edificios más altos de Nueva York.

El conductor reconoció la dirección y adivinó enseguida la identidad del extraño viajero.

—Usted es Doc Savage —exclamó—. Oiga usted, señor, ¿no sería posible que yo cobrase ese premio fantástico que ofrecen? Decían que lo pagarían a quien encontrara a usted.

—El caso es, amigo mío —contestó Doc—, que usted no me ha encontrado a mí, sino yo a usted; además, llega usted con algunas horas de retraso.

V
Otra víctima



El cuartel general de Doc Savage en Nueva York ocupaba por entero el piso ochenta y seis de un rascacielos de casi cien pisos de altura.

Doc abandonó al taxi abonando el importe del viaje y entró en el edificio.

Su aspecto con el traje de baño resultaba absurdo en aquel ambiente, pero por suerte, en el vestíbulo sólo estaba el encargado de los ascensores y éste era demasiado inteligente para asombrarse del extraño aspecto de Doc Savage.

—¿Están mis amigos arriba? —preguntó Doc.

—Sí, señor —repuso el encargado—. Johnny y Long Tom hace rato que están arriba. Monk y Ham acaban de llegar, pero a Renny no le he visto.

—Renny está trabajando —dijo Doc sonriendo.

—Monk y Ham estaban discutiendo acaloradamente cuando entraron —dijo riendo el del ascensor—. Creí que se iban a matar mientras subían.

Doc no se preocupó en absoluto por la noticia, porque rara era la ocasión en que Monk y Ham no estuviesen a punto de matarse, aparentemente, pero en realidad eran buenos amigos y el uno hubiese estado perdido sin el otro.

Doc los oyó discutir cuando entró en el pasillo de su piso. La voz de Ham era aguda, la de Monk suave.

La voz de Monk era engañadora, porque no correspondía a su apariencia.

El bramido de un toro le hubiera sentado mejor, porque era un hombre corpulento y peludo, casi un gorila. Pesaba doscientas sesenta libras y tenía una fuerza terrible.

Monk hubiera podido representar el eslabón que faltaba en la cadena para unir la raza de los hombres a la de los monos, a no ser por su agudo cerebro y grande inteligencia.

Monk era uno de los mejores químicos contemporáneos.

Ham era físicamente antagónico a Monk. Enjuto y delgado, tenía facciones agudas e iba siempre vestido a la última moda. Nunca se le veía sin su bastón, de aspecto inocente, aunque en realidad ocultaba en su interior un estoque del mejor acero.

Ham era lo que aparentaba: uno de los abogados más inteligentes salidos de la Universidad de Harvard.

—Como sigas insultándome, gorila —decía Ham—, el mejor día te reduzco esa corpulencia siniestra de que presumes para hacer de ti un ser humano.

Monk se echó a reír.

—¡Ah! ¿Sí? ¿A qué viene todo eso? ¿Qué es lo que he hecho?

Doc, al oírlo, sintió también curiosidad por saberlo y al entrar se dio cuenta del porqué del enfado de Ham. Monk iba vestido de pies a cabeza, exactamente igual que Ham.

La ropa le caía a éste con absoluta perfección, pero la misma ropa hizo que Monk, de por sí feo, pareciese como vestido para un baile de carnaval.

Ham, que era muy sensible en cuanto a indumentaria, se había enfadado a causa de la burla de Monk.

Los dos se pusieron de pie cuando entró Doc.

Éste no perdió tiempo en preámbulos, sino que se fue derecho al grano.

—¿Dónde están Johnny y Long Tom?

Los dos contestaron a la pregunta saliendo de otra habitación y entrando en la estancia en que estaban Doc y los otros dos, una biblioteca muy grande en la que había la más completa colección de libros científicos del mundo.

Los cuatro esperaron a que Doc Savage hablase y éste no se hizo esperar.

—Parece que tenemos una pequeña tarea en perspectiva. Por eso

os he citado aquí cuando leí en la prensa el fantástico anuncio del premio del millón de dólares.

Doc empezó a vestirse mientras hablaba. Sus amigos estaban pendientes de sus labios. Hacía muchos días que no le habían visto; habían ignorado su paradero y sólo sabían que estaba estudiando en su misterioso retiro.

Les encantaba que hubiese vuelto. Sin Doc la vida les parecía aburrida.

Doc explicó rápidamente a sus amigos la situación. Sacó los diamantes de la mochila y los puso sobre la mesa.

—Johnny —dijo—, aquí tienes una tarea como geólogo. Quiero que examines los diamantes. Sé que todas las piedras tienen sus peculiaridades según la región de la que proceden. Quiero que veas si puedes saber de dónde vienen éstas.

Johnny cogió los diamantes y se quitó los lentes. El cristal izquierdo de las gafas era en realidad una poderosa lente de aumento.

Johnny había perdido la vista del ojo izquierdo durante la guerra y llevaba el cristal de aumento por pura conveniencia.

Examinó las piedras durante breve rato y luego dijo:

—Estas piedras proceden de África.

—Yo he llegado a la misma conclusión —observó Doc—. ¿Pero sabes tú de qué parte de África?

—Habrá que estudiarlo detenidamente —dijo Johnny y se fue en busca de los libros necesarios para hacer un rápido estudio.

Doc se dirigió después a Long Tom, el mago de la electricidad.

—Hemos de perfeccionar un medio de combinar esa muerte que aletea en la oscuridad, sea lo que sea. Haz el favor de arreglar un proyector con rayos infrarrojos, invisibles a la vista normal. Luego nos proveerás de gafas especiales que sean sensibles a los rayos infrarrojos.

—Ya comprendo —repuso Long Tom sonriente—. Quieres que podamos ver todos en la oscuridad sin necesidad de utilizar una linterna eléctrica.

—Exactamente.

Long Tom atravesó la biblioteca y entró en el laboratorio electroquímico, provisto de los aparatos más modernos, muchos de

los cuales eran invención del propio Doc y únicos en su género.

—¿Y yo qué tengo que hacer? —preguntó Monk con ansiedad.

—Tú preparas un gas poderoso, que se disperse fácilmente, para luchar con esa cosa infernal. Prepara un vapor que cause instantáneamente la pérdida del conocimiento, pero que no sea letal. Examina también nuestras máscaras de gas para asegurarte de que todavía sirven.

Monk se fue también al laboratorio.

Doc extendió sobre la mesa los recortes de revistas científicas que había encontrado en los bolsillos del desgraciado Julio, y se dirigió a Ham.

—Fíjate en ese número Z X 03, dibujado con lápiz en la proa de este dirigible. Quiero que te pongas al habla telefónicamente con las distintas partes del mundo para averiguar qué aeronave llevaba esa inscripción.

—¿Puede haber alguna relación entre ese Z X 03 y la aeronave misteriosa que la prensa dice que se ha visto en el Estado de Maine? —preguntó Ham.

—Esa posibilidad ya se me ha ocurrido a mí. Otra cosa: cuando llames a las diferentes agencias, pregunta también si conocen los nombres de lady Nelia, Yuttal o
Hadi-Mot
. Pregunta también por el muerto; se llamaba Julio Fourmalier.

Ham asintió en silencio.

—Julio tenía al parecer un gran conocimiento en cuestiones aeronáuticas —explicó Doc—. Es posible que se le conozca en los centros aeronáuticos.

—¿Quieres que me ponga también en comunicación con Europa? —preguntó Ham.

—Creo que lo mejor sería empezar por ahí.

Asintiendo con un movimiento de cabeza, Ham se dirigió al teléfono.

Los nombres de las personas a las que había de llamar, las encontró en un anuario aeronáutico que Doc sacó de la biblioteca.

Ham pidió, ante todo, comunicación con Inglaterra, y mientras la central telefónica arreglaba la comunicación con la estación de radio, Ham telefoneó a varios constructores norteamericanos que

eran especialistas en aeronaves del tipo *Zeppelin*.

Doc consultó entretanto las carpetas en que guardaba los recortes de prensa especiales que le servía determinada agencia, que siempre estaba al día. Buscaba algo acerca de lady Nelia y no tardó en encontrar una noticia interesante.

Halló un recorte con un grabado de la joven aristocrática dama, vestida de aviadora, junto a un pequeño monoplano. El artículo encabezado por un gran titular decía:

SE DESCONFÍA ENCONTRAR A LADY NELIA SEALING

> En el mundo de la aviación ya se ha perdido por completo la esperanza de encontrar a lady Nelia Sealing, la joven aviadora inglesa que se perdió durante su vuelo directo de Londres a El Cabo. Las autoridades han abandonado la búsqueda de la infortunada dama.
>
> El destino de lady Nelia Sealing será otro de los muchos misterios de la aviación. Nadie tiene la menor idea de su paradero, aunque se supone que debió de perecer, cayendo en el Mediterráneo o en los vastos desiertos africanos.

El recorte detallaba luego la brillante carrera de lady Nelia, que era tan famosa por sus hazañas de aviación como por su gran belleza. Hacía ya bastantes meses que se carecía en absoluto de noticias de la intrépida dama.

Ham llamó a Doc mientras éste estaba leyendo, diciéndole que Renny quería hablarle.

Doc se puso inmediatamente al habla. Renny tenía muchas cosas que contarle.

—Lady Nelia, Red y el muerto son los que ofrecieron ese premio fantástico para conocer tu paradero —explicó—. Se lo he oído decir mientras iba en mi coche.

—¿Dónde están ahora?

—En el vestíbulo del Hotel Rex. Lady Nelia y Red se han apeado aquí. Lady Nelia tiene habitaciones en el piso dieciséis y Red en el decimoséptimo.

Doc describió rápidamente el aspecto de Yuttal y
Hadi-Mot
.
—¿Has visto a estos tipos que acabo de describirte?
—¡Ya lo creo! —dijo Renny inocentemente—. Acaban de tomar habitaciones aquí. Llevaban una enorme cesta y no permitieron que nadie la tocase.
—Vete a ver enseguida a lady Nelia y a Red —ordenó Doc—. Diles que Yuttal y
Hadi-Mot
están en el Hotel. Sácalos de allí enseguida… pero no, no lo hagas. Diles que cierren bien las puertas. Tú, espérame, que iré enseguida.
Colgando el auricular, Doc se precipitó a la puerta y desapareció antes de que sus amigos pudieran darse cuenta.
Los cuatro se precipitaron tras él, pero cuando llegaron al pasillo, Doc ya había penetrado en el ascensor y bajaba velozmente.
El modo de marcharse de Doc había hecho nacer en los cuatro satélites la esperanza de nuevas aventuras y en aventuras se cifraban todos sus deseos.
Pero esta vez se quedaron decepcionados, porque no sabían a dónde se había dirigido Doc.
El Hotel Rex era nuevo, de reciente construcción, y contenía más de dos mil habitaciones. Era uno de los más grandes hoteles de Nueva York y sólo distaban tres manzanas del rascacielos en que vivía Doc Savage.
Éste no se molestó en buscar un taxi. Se colocó en el centro de la calle, era más fácil moverse, y echó a correr.
No fueron pocos los que se quedaron mirando al apuesto gigante que corría como un loco.
Un policía sacó el revólver y echó a correr tras de Doc. Lo había reconocido y creyó poder serle útil. Sabía que Savage tenía un elevado cargo honorífico en la policía de Nueva York.
Al llegar al hotel, Doc vio una escena de gran confusión. Uno de los taxistas uniformados yacía sin conocimiento en la acera, con un tremendo corte en la cabeza.
Los empleados del hotel, todos muy asustados y sin saber qué hacer, entraban y salían. Doc no tuvo que hacer ninguna pregunta.

Todo el mundo le informó a gritos de lo que había sucedido.

—Dos hombres sacaron a viva fuerza a una mujer joven —decía uno. Y otro—: Le dieron un golpe tremendo al taxista que quiso interponerse. Está muy grave.

—¿Qué tipos eran? —preguntó un tercero—. ¿Los ha visto bien?

—¡Vaya! Uno era gordo y rechoncho; el otro, delgado y moreno.

—Son los mismos que poco antes tomaron habitaciones en el hotel —dijo un botones—: Llevaban un cesto grande la mar de raro, cuando entraron.

—También llevaban el cesto cuando salieron. El tipo delgado lo llevaba mientras el otro, el gordo, arrastraba a la mujer.

Doc se metió rápidamente en el vestíbulo Había oído bastante. Al parecer, Renny había llegado demasiado tarde.

Una mirada al cuadro de los viajeros le bastó para saber en qué habitaciones habían estado lady Nelia y Red. Rápidamente se dirigió al encargado de los ascensores.

—Oiga, amigo —le dijo Doc—, poco antes de comenzar la fiesta, un hombre alto con enormes manos, tomó uno de los ascensores. ¿Sabe cuál?

El encargado se lo dijo y Doc se fue hacia el hombre que manipulaba en el ascensor indicado.

—¿En qué piso dejó usted al hombre de las manazas?

—Piso decimosexto.

Esto significa que Renny se había ido ante todo a ver lady Nelia. Doc tomó el mismo ascensor y se apeó en el piso dieciséis.

La puerta de la habitación de lady Nelia estaba abierta y la cerradura saltada. Dentro se veía el mismo desorden que Doc había visto en el camarote del pobre Julio.

La rápida búsqueda se había extendido hasta el aparato telefónico, porque lo habían arrancado de cuajo, cortando la comunicación.

Doc, recordando los diamantes que había encontrado sobre Julio, supuso que lady Nelia tendría otras piedras que los criminales habían tratado de encontrar.

No teniendo nada que hacer allí, Doc salió, subió la escalera de tres en tres y buscó la habitación de Red.

También ésta la encontró abierta, con la cerradura destrozada.

En el suelo yacía Red, muerto, horriblemente contorsionado. Tenía los ojos abiertos y en ellos aún se leía el horror por el que había pasado antes de morir.

En la garganta tenía igual tajo profundo que el desgraciado Julio. No cabía duda de que había sido víctima de la misma horrenda aparición misteriosa que matara a Julio. Los criminales le habían arremangado los pantalones y en los tobillos se veían aún trozos de esparadrapo, y las impresiones de varios objetos pequeños y duros.

Esta vez los criminales habían encontrado los diamantes que buscaban.

Doc miró en torno de la habitación. No había señal de Renny. La ventana estaba cerrada por dentro.

Doc bajó rápidamente al vestíbulo e interrogó al personal. Yuttal y
Hadi-Mot
se habían llevado a lady Nelia en un taxi, pero a causa de la agitación nadie se había tomado la molestia de anotar el número del coche.

Por lo tanto, no quedaba ni esta pequeña posibilidad para perseguir a los raptores.

Lo que inquietó más a Doc fue la noticia de que Renny no había vuelto a bajar. Nadie le había vuelto a ver en el vestíbulo.

El hombre de los puños de gigante debía de hallarse aún en las regiones altas del hotel.

Doc volvió a subir para examinar mejor la habitación de lady Nelia y buscar a Renny al mismo tiempo. Cuando subiera por primera vez, le había llamado la atención una cosa en el desorden de la habitación.

Las almohadas estaban sin fundas y en las camas no había sábanas. Al entrar por segunda vez, vio que la ventana estaba abierta. Doc se asomó.

Al lado del hotel había una casa de cuatro pisos cuya azotea estaba debajo de la ventana del cuarto de lady Nelia.

La luz de un reclamo callejero iluminaba aquella azotea cada medio minuto.

Así Doc pudo ver a poco un cuerpo echado de bruces, brazos y

piernas extendidos, sobre la azotea.

Doc se fijó muy bien en aquella figura. Claramente vio que llevaba el traje de Renny. Además, el sombrero de Renny estaba al lado de la figura.

VI
La amenaza



Apartando la mirada de la figura que yacía sobre la azotea, Doc recorrió con la vista la enorme pared del hotel. Desde la ventana en que se hallaba hasta la azotea de la casa de al lado, había doce pisos y el doble desde la ventana hasta el techo del hotel.

Arriba, sin embargo, la pared retrocedía cada diez pisos porque la parte superior del hotel formaba pirámide.

Por encima de la ventana por la que Doc se hallaba asomado, corría una cornisa que no tenía más que diez centímetros de ancho, pero un hombre que se pusiera sobre el alféizar de la ventana podía alcanzarla y llegar así a la ventana del piso de al lado.

—¡Renny! —exclamó Doc.

La ventana de la habitación contigua se abrió y Renny se asomó, sonriendo torpemente.

—Supongo que tú creerás que me he achicado —dijo con voz gruñona—. Pero el caso es que no tenía revólver.

Doc movió la cabeza.

—Hay un dicho antiguo que dice que aquel que se retira con prudencia, puede tomar parte en otros combates, o algo por el estilo. Yo mismo corrí como alma que le lleva el diablo para huir de esa cosa misteriosa. ¿Qué pasó?

—Después de hablar contigo, subí a este piso. La dama no estaba en su habitación. Quise subir al piso donde estaba Red, pero me encontré con Yuttal y
Hadi-Mot

. Retrocedí para meterme en la habitación de lady Nelia cuando vi que manejaba esa cesta infernal.

»De pronto se apagaron las luces. Supongo que debieron de cortarla valiéndose de la llave central que controla todo el piso. Oí cómo se preparaban a forzar la puerta, en vista de lo cual hice un monigote con mi traje, lo tiré por la ventana y me escondí aquí. El ardid dio el resultado apetecido, porque no me buscaron. Debieron de creer que, huyendo, me había caído a esa azotea. Espérate que ahora iré allí».

Renny se apartó de la ventana y pocos segundos después apareció en el pasillo envuelto en una sábana que le daba aspecto de emperador romano.

—Casi toda la ropa la llevaba el monigote que está abajo —explicó.

Al ver el desorden de la habitación, Renny dio un gruñido de sorpresa.

—¡Cómo han dejado esto! Ya decía yo que estaban haciendo algo, porque les oí moverse mucho en este cuarto.

—¿Viste la cosa que guardaban en la cesta… esa cosa que causa la muerte?

—No, Doc. No esperé a verla, porque me figuré que si la viese, a lo mejor sería tarde para ponerme a salvo.

Renny se quitó unas gotas de sudor de la frente.

—Te digo, Doc, que esa cosa debe de ser algo horrible. Lady Nelia y Red estaban con un miedo cerval mientras hablaban en el taxi.

—Me hubiera gustado poder hablar con ellos —dijo Doc muy pensativo y Renny se mostró disgustado.

—No creí que las cosas sucediesen con tanta rapidez. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Ojalá hubiese tenido un revólver!

—Puesto que no lo tenías, tu retirada fue lo que más podías hacer —le aseguró Doc—. ¿Oíste decir a lady Nelia y a Red algo más, aparte de que eran ellos los que ofrecieron el premio?

—Poca cosa y no lo comprendí bien. Hablaban de haber dejado atrás a otros desgraciados. Hablaban de ellos como si viviesen en alguna horrible esclavitud. Parece que lady Nelia, Julio y Red acababan de escapar del mismo infierno y les interesaba mucho

libertar a los que habían dejado atrás.

—Resulta muy extraño; no lo entiendo tampoco —dijo Doc muy, pensativo.

Se fue a levantar la ropa de la cama y la alfombra, por si podía encontrar alguna cosa de interés. Encontró un periódico del día; de la primera página faltaba un trozo y éste estaba sobre una mesa, bien doblado.

Al parecer, lady Nelia acababa de dejarlo allí cuando se vio interrumpida por los dos criminales.

—Lady Nelia compró el periódico durante el camino al hotel —explicó Renny. Doc examinó el recorte, pensando que sería el del anuncio del premio de un millón de dólares, en el que la dama había de tener un interés natural, pero sufrió una sorpresa.

El recorte se refería a la noticia de haberse visto en un punto lejano del Estado de Maine un dirigible del tipo *Zeppelin*.

—Me parece que ese dirigible es parte de la solución del problema —dijo en tono expresivo.

Doc llamó por teléfono a su casa e informó a sus amigos dónde estaba, indicándoles que lo mejor que podían hacer era reunirse con él una vez terminadas las tareas que les había encomendado.

Johnny, el geólogo, llegó primero. Entró limpiándose las gafas.

—Ya he averiguado algo sobre esos diamantes —dijo—. Son de África, pero el sitio exacto es desconocido. Por su tamaño, las piedras son notables.

Johnny se interrumpió para ajustarse las gafas sobre la huesuda nariz.

—Hay un misterio en todo esto, porque durante los últimos dos o tres años han ido apareciendo en los mercados diamanteros, algunas piedras de la misma clase. Naturalmente, despertaron la atención. Los del comercio de diamantes trataron de averiguar su procedencia, pero no tuvieron suerte. El primero en venderlas procedió con enorme precaución para que nadie descubriese el origen.

Doc asintió. No le extrañó la información de Johnny. De las grandes piedras siempre existen fichas con su historial y el mismo Doc tenía en sus archivos copias de los más importantes.

Poco después aparecieron Long Tom y Monk. Long Tom llevaba

un dispositivo que se parecía a una linterna mágica. Era en realidad un proyector de rayos que caían fuera del espectro visible.

También llevaba seis lentes enormes. Tenían cristales fluoroscópicos que convertían los rayos infrarrojos en rayos visibles para la vista humana.

Había un juego de lentes para Doc y sus cinco ayudantes.

—Pero… ¿eres un mago? —preguntó Renny riendo, sorprendido por la rapidez con que Long Tom había arreglado aquellos artefactos.

—No; hace tiempo que lo tenía todo medio preparado para un caso de necesidad —repuso Long Tom—. No he tenido más que repasarlo para asegurarme de su buen funcionamiento.

Monk sacó de una bolsa de lona un objeto en forma de huevo.

—Esta bolsa está llena de estos objetos y cada uno contiene suficiente gas para atontar un regimiento de elefantes —dijo con orgullo—. Doc tenía los recipientes disponibles y no he tenido más que mezclar la yema para llenar los huevos.

—¿Estás seguro de que no causarán la muerte? —preguntó Doc.

—Segurísimo —declaró Monk.

—Muy bien. No quiero matar a nadie excepto cuando sea en defensa de algún ser humano amenazado.

Doc se fue a la ventana y contempló el tráfico nocturno de la noche, dando la espalda a sus amigos. Su enorme estatura, su cuerpo fornido resaltaba en el marco de la ventana.

De pronto se percibió el suave y melodioso trino, indicio de las graves meditaciones de Doc.

Los ayudantes de Doc se miraron. Muchas veces habían oído aquel trino melodioso y extraño. Sabía que variaba según las circunstancias.

Muchas veces lo producía cuando estaba meditando.

Seguramente meditaba también en aquel momento, buscando un medio para ayudar a lady Nelia y castigar a Yuttal y
Hadi-Mot
.

Probablemente también estaría buscando una posible salvación para los otros desgraciados que según lady Nelia yacían en negra esclavitud en algún punto ignorado.

Los cuatro guardaron silencio. Tenían ciega confianza en aquel gigante de bronce.

Sabían de lo que era capaz; sabían que estaba a la altura de casi todas las circunstancias, porque su ingenio era inagotable.

Esperaban, creyendo que el trino melodioso de Doc indicaba que estaba pensando en los medios de salvar a lady Nelia.

Se equivocaban, porque Doc no pensaba en ello, sino en lo que acababa de ver en la calle. A cosa de dos manzanas de distancia, Doc había visto una cosa curiosa.

Un taxi se había metido en el lugar donde aparcaban automóviles. No había más que ese taxi en aquel lugar donde sólo aparcaban coches particulares, puesto que costaba medio dólar estacionarse allí.

Esto era inusitado. Los taxistas no suelen gastar dinero para lugares asignados donde no pagaban nada.

Pocos segundos después un hombre salió del taxi, pero no por la portezuela del conductor, sino de dentro. A causa de la distancia y escasez de luz, ni Doc podía ver otra cosa que aquel hombre era muy gordo.

Pero recordó que Yuttal era también muy gordo.

En aquel momento apareció Ham en la habitación del hotel donde estaban sus amigos. Venía muy contento y satisfecho, blandiendo alegremente el bastón estoque.

—He descubierto algo interesante —dijo. Doc, sin apartar la vista del taxi, repuso—: ¡Cuenta!

—¿Habéis oído hablar del dirigible *Aeromunde*? —preguntó Ham.

—Probablemente hay pocas personas que no hayan oído hablar de ese dirigible —replicó Doc—. Es el *Zeppelin* que desapareció hace más de doce años cuando volaba sobre el Mediterráneo. El cuerpo de su comandante fue encontrado flotando en el mar, pero del dirigible y del resto de la tripulación no se encontró ni rastro. La suerte del *Aeromunde* es uno de los mayores misterios de la humanidad.

—¡Pues… el *Aeromunde* llevaba en los archivos militares europeos la designación de Z X 03! —exclamó Ham con voz dramática—. Y Julio Fourmalier pertenecía a la tripulación.

También había entre ésta un tipo pelirrojo que, por la descripción, podría ser muy bien el muerto del hotel.

Doc no dijo nada, porque estaba vigilando.

El hombre gordo había salido de las filas de los coches estacionados y se perdió en las calles oscuras. Doc se volvió decidido hacia sus amigos.

—Venid acá —les dijo a Renny y Tom, a los que señaló el taxi—. ¿Veis ese taxi allí en el parque de coches particulares?

—Sí, ya lo veo —repuso Long Tom y Renny añadió:

—Yo le veo también. ¿Qué hace allí?

—Hemos de seguirle cuando reanude la marcha —les dijo Doc —. Ya sabéis lo que os toca hacer.

—Ya lo creo —contestó Long Tom riendo y marchándose de la habitación seguido de Renny.

Cinco minutos después de la marcha de Long Tom y Renny, entró el encargado nocturno del hotel, que saludó a Doc Savage con señalada deferencia.

—Le llaman al teléfono, señor Savage —explicó—. Dicen que es muy importante. Me indicaron que lo encontraría en este piso y que le pusiéramos en comunicación con usted. Pero como este teléfono está roto…

Doc no le escuchó, porque ya había salido al pasillo y se dirigió a la oficina del piso, desde donde pidió por teléfono que le pusiesen en comunicación con el que deseaba hablarle.

Entonces descubrió que el encargado de la oficina del piso, un joven de pelo negro, se hallaba tumbado en el suelo, tras el mostrador, al parecer inconsciente.

Pero como respiraba bien, Doc juzgó que no estaba gravemente herido.

Al parecer, Yuttal debió de asestarle un golpe en la cabeza cuando subió a raptar a lady Nelia.

—¿Hablo con el señor Savage? —preguntó una voz áspera.

Era Yuttal.

—Sí, Savage al habla.

—Bueno, no perdamos tiempo —dijo Yuttal—. Quiero los diamantes.

—¿Se refiere a los cinco diamantes que llevaba Julio

Fourmalier? —preguntó Doc.

—No. Me refiero a los otros, a los que tenía lady Nelia. He llegado a la conclusión de que usted los tiene. No sé cómo, pero lady Nelia debió de entregárselos de algún modo. Los quiero. En cuanto a los otros cinco, ¡bah!, puede quedárselos como recompensa por la pronta devolución de los que pido.

Doc repuso con voz seca e inexpresiva:

—Supongo que habrá algún motivo de peso para que yo lo haga, ¿verdad?

—¡Ya lo creo! Como que morirá si no lo hace.

—Me parece que exagera usted un poco —repuso Doc.

—No tengo nada que añadir a lo dicho.

—¿Y qué hay de lady Nelia? —preguntó Doc.

—Le interesa la dama, ¿eh? —dijo Yuttal.

Doc al oírle, se dijo que Yuttal no podía ser sino norteamericano, porque tenía el acento y el habla propia de los yankis de los barrios bajos.

—Podría pensármelo si la devolución fuese a cambio de la libertad de lady Nelia.

—No hay nada que hacer.

—Piénselo bien antes de rechazarlo, Yuttal.

—No posee usted nada por lo que yo pueda consentir en la libertad de la dama.

—Lo adivino —repuso Doc—. Lo que ella puede decirme significaría el fin de usted y de todos sus nefastos planes.

—No sabe usted nada o sólo muy poca cosa —dijo Yuttal en tono burlón—. Pero, en fin, necesito los diamantes. Vaya con ellos a la estación y suba al primer tren con destino a Washington. Póngase en la plataforma posterior del último coche y cuando vea una luz tres veces…

—No se canse, Yuttal, es inútil.

—¿No quiere devolver los diamantes?

—No.

—Reflexione…

—No. ¡Y basta ya!

Yuttal lanzó un terno tremendo y colgó el auricular.

Doc volvió a la habitación donde había dejado a sus tres amigos.

Por la ventana entraba el aire húmedo de la noche; al mismo tiempo oíase un leve ruido, casi un susurro.

Era tan tenue que sólo lo podía percibir un oído muy fino; parecía venir del cielo.

—Ése es Renny —dijo riendo Ham, el elegante—. Vuela muy bajo.

Doc no se asomó para contemplar el cielo. Sabía lo que pasaba allí arriba.

Manhattan es una lengua de tierra estrecha rodeada de agua. Un coche rápido puede llegar en pocos momentos al puerto o al río.

En cierto lugar del río Hudson tenía Doc un cobertizo acuático con dos aviones anfibios. Uno de ellos era un avión trimotor de enorme velocidad.

El otro era un autogiro de tamaño grande. Los dos iban provistos de motores silenciosos.

Era el autogiro el que Renny había tomado para remontarse al cielo y el vago silbido era el del motor amortiguado. Renny era un excelente aviador.

Doc y sus amigos vigilaban el taxi que seguía entre los automóviles particulares.

—¿Sabéis si Long Tom ha podido acercarse al taxi? —preguntó Doc.

—¡Qué sé yo! —repuso Monk el gorila—. Si lo ha hecho, ha tenido que andar muy listo, porque no hemos visto nada.

Los tres hombres continuaban mirando al cielo.

A poco apareció Long Tom en el cuarto, sonriendo satisfecho.

—¡Ya está! —exclamó por todo saludo—. También he podido ver el interior del taxi, pero estaba vacío. Seguramente Yuttal dejó a Hadi-Mot
con lady Nelia en otra parte.

Segundos después el hombre gordo y rechoncho apareció y se dirigió al taxi.

Ya no le cabía duda a Doc de que se trataba de Yuttal. Monk cerró el puño.

—Si estuviésemos allí abajo, podríamos liquidar a ese tipo.

—¡Claro! A ti no se te podría ocurrir otra cosa —dijo Ham, en tono sarcástico—. De ese modo acabaríamos de una vez con la

posibilidad de encontrar a lady Nelia; pero, naturalmente, eso está fuera de tu alcance.

Monk miró furioso al elegante Ham e hizo una mueca terrible a la vez que imitaba el chillido del cerdo.

Ham se puso encarnado y agarró con fuerza el bastón estoque. Parecía dispuesto a matar allí mismo a Monk, porque, cualquier referencia de éste acerca de los cerdos, le recordaba el robo de los jamones en Francia y le enfurecía.

Monk lo sabía demasiado bien. Se había pasado largas horas hasta imitar el chillido del cerdo, sólo por placer de hacer enfadar a Ham.

Las luces del taxi se encendieron. Para la vista normal no presentaban nada extraño.

Pero Long Tom había fijado en la parte posterior del coche un pequeño aparato que despedía rayos infrarrojos, que sólo se veían a través de lentes fluoroscópicos. Renny, cernido en su autogiro sobre la ciudad, llevaba tales lentes que, gracias al aparatito de Long Tom, le permitirían seguir al taxi, porque los rayos infrarrojos del coche eran distintos a todas las luces de la ciudad.

El taxi salió del lugar del estacionamiento y pronto se perdió en el dédalo de las calles.

Doc escuchó con atención el leve susurro del cielo y advirtió que iba perdiéndose. Renny se había puesto en camino para seguir el taxi.

Mientras Doc y sus cuatro amigos salían del cuarto en busca del ascensor, Doc les informó de la amenaza de Yuttal.

—No hubiéramos podido entregarle los diamantes aunque quisiéramos —opinó Monk—, porque no los tenemos.

Doc no contestó a esto. Sin decir nada se metió en el ascensor con sus amigos y lo detuvo en el piso quinto.

El encargado del piso le abrió una habitación desde la cual se podía alcanzar la azotea de la casa contigua.

Sobre la azotea seguía el monigote de Renny, hecho con el traje de éste, algunas fundas de almohadas y sábanas. Monk dio un resoplido.

—¡Vaya jeque árabe parecía Renny con su sábana! Me apuesto cualquier cosa a que produjo sensación al salir del hotel tal como

iba.

—Suerte que no hayas sido tú —replicó Ham—. Todos los viajeros del hotel se hubieran marchado.

Mientras Monk buscaba un insulto conveniente con que replicar a la impertinencia de Ham, Doc se encaramó al alféizar de la ventana.

Un tragaluz abierto separaba en aquel sitio a los dos edificios, pero Doc lo saltó con facilidad, porque era capaz de saltar distancias mucho mayores que aquélla. Separó el traje de Renny del relleno y luego repasó las fundas de almohada, mas sin encontrar nada. Registró también las sábanas con el mismo resultado; sólo cayó de ellas un cinturón salvavidas con la marca de Yanqui Beauty.

Diez segundos después, Doc encontró los objetos que estaban debajo de la lona.

Rápidamente la rasgó y un montón de piedras de incalculable valor cayeron en sus manos. Los diamantes eran sin tallar, pero de aguas limpísimas y finas.

Con los diamantes volvió a la habitación del hotel donde esperaban sus amigos, examinó las piedras bajo la luz y se las entregó a Johnny.

Eran dos puñados de diamantes. Éste lanzó un prolongado silbido.

—Amigos —dijo con mucha calma—, dudo de que hayáis visto piedras mejores que éstas. Talladas presentarían una colección sin igual. Darían por ellas a lo menos un millón de dólares. El geólogo empleó el cristal de aumento de sus lentes para examinar las gemas. Era un entendido en diamantes, sabía casi tanto de ellos como el mismo Doc.

—Me parece que, de venderse, subirían a más de un millón —declaró con énfasis.

VII
La persecución



Doc Savage y sus amigos regresaron enseguida a su cuartel general en el rascacielos. Doc se fue al laboratorio e hizo funcionar una pequeña estación radioemisora. No tardó en oír a Renny por el altavoz.

Porque Renny disponía también en el autogiro de una estación emisora y receptora de radio.

—El taxi con Yuttal se ha ido ciudad arriba —dijo Renny—. Se detuvo un tiempo en una calle lateral. Había demasiada oscuridad para saber lo qué hacía, pero me parece que recogió a
Hadi-Mot
y a lady Nelia. Ahora el coche va en dirección al Norte. Parece que van a salir de la ciudad.

—Ese Yuttal no es tonto —dijo Doc hablando por el micrófono —. Me llamó con la esperanza de recuperar los diamantes. La amenaza de muerte ha sido una baladronada y el hombre no piensa molestarse en cumplirla.

—¿Tienes los diamantes? —preguntó Renny sorprendido.

—Sí. Estaban en el cinturón salvavidas que empleaste para hacer aquel monigote con las sábanas.

—¡Válgame el cielo! —exclamó Renny—. Oye, Doc, quisiera tener el traje puesto, porque no sé lo que parezco aquí entre las nubes y con una sábana sobre la ropa interior. No he tenido tiempo de cambiarme.

—Oye, Doc, dile a Renny que disfrute esa sensación mientras

pueda —dijo Ham—. Probablemente es la única vez que se parecerá a un ángel.

Como el micrófono era muy sensible. Renny oyó la observación de Ham y repuso:

—Doc, dile a Monk que le dé un puñetazo a ese picapleitos de Ham.

Doc se dirigió a los cuatro hombres que estaban trabajando en el laboratorio con él.

—Preparad vuestros equipos de siempre —dijo—. Vamos a perseguir a esa banda y conviene estar dispuestos para todas las posibilidades…

—Y traedme la ropa —interpuso Renny en tono quejoso desde las nubes.

Los amigos de Doc empezaron los preparativos. No les era nuevo aquel ajetreo. Sabían exactamente lo que necesitaban y tenían las cosas al alcance de la mano.

Doc guardó las joyas en una caja de caudales.

Long Tom recogió alambres, tubos y flexibles con los que, en caso de necesidad, era capaz de construir una sorprendente variedad de chismes eléctricos.

Monk cogió una caja que contenía un laboratorio completo en miniatura.

También preparó un gran surtido de bombas de gas.

Johnny, el geólogo, y Ham, el abogado, que tenían la mayor parte de su equipo en el cerebro, se dedicaron a preparar las municiones y las ametralladoras especiales de Doc.

Estas armas de tiro rápido eran verdaderas maravillas. Un poco mayores que pistolas automáticas corrientes, tenían un cargador en espiral y disparaban con velocidad inconcebible.

Y el estruendo que metían era espantoso; la detonación de tono bajo y potente, daba la impresión de un arma mucho mayor.

De pronto, en medio de los preparativos, sonó la voz de Renny.

—¡Eh! Yuttal y
Hadi-Mot
acaban de tirar un cuerpo a la carretera.

Las palabras causaron una gran impresión en los cinco que las escuchaban.

—No me cabe la menor duda —continuó diciendo Renny—. Lo veo perfectamente a la luz de los faros de un automóvil que pasa ahora por allí.

Un gran silencio invadió la estancia. La alegría de los preparativos para la aventura se apagó al instante. Los cinco eran hombres acostumbrados a los peligros, endurecidos en horrores y muertes violentas. Monk y Ham rara vez cejaban en sus discusiones.

El mismo Doc pocas veces revelaba la menor emoción.

Pero de pronto se habían quedado rígidos y los cinco pensaban lo mismo: ¿podría tratarse del cuerpo de lady Nelia?

Doc habló enseguida con voz estentórea y glacial como pocas veces lo habían oído sus amigos:

—Baja, Renny, y fíjate quién es.

—Bueno. Ahora mismo bajo —dijo la voz de Renny por altavoz.

Doc y sus amigos salieron del piso ochenta y seis del rascacielos, haciéndolo con tanta presteza que la salida por sí sola era una demostración de la eficiencia con que trabajaban.

Aguardaban noticias de gran importancia y se adelantaban a la tarea que se habían impuesto, que consistía en aplastar a Yuttal,
Hadi-Mot
y a la nefasta organización que habían creado.

Esta tarea la realizarían, pasase lo que pasase. Si los criminales habían asesinado a la hermosa lady Nelia, este espantoso crimen no serviría sino para afirmar la decisión de los cinco para acelerar la acción de justicia que pensaban infligir a los criminales.

En un garaje especialmente construido por indicación de Doc, en los sótanos del rascacielos, estaban los coches de Doc; mediante un ascensor a propósito, los subían rápidamente. Poca gente conocía la existencia del garaje, ni los coches poco corrientes que contenían.

Aquel garaje había costado mucho dinero y los automóviles eran carísimos.

Pero Doc Savage tenía a su disposición una vastísima fortuna… una fabulosa mina de oro que, ignorada por todo el mundo, se hallaba en un valle remoto de la América Central.

Una tribu de Mayas aislados por voluntad propia del resto de la civilización, mantenía a Doc provisto de fondos, pagando así una deuda de gratitud que habían contraído con el hombre de bronce.

Cuando éste necesitaba más oro, una caravana se ponía en marcha.

Doc escogió un sedán grande de color apagado. Sus amigos subieron, metiendo sus equipos y el traje de Renny.

Mientras el ascensor elevaba el coche a la altura de la calle, Doc hizo funcionar el lente transmisor y receptor de radio con que estaba equipado el vehículo.

En pocos segundos comunicaba de nuevo con Renny.

—Hay unos campos de pastos junto a la carretera —advirtió Renny—. Voy a aterrizar allí. Poco después oíanse ruidos extraños por el altavoz; Renny al parecer no había desconectado el aparato de radio y éste transmitía los golpes producidos por el aterrizaje.

Luego sólo se percibía el ruido apagado del motor.

El coche empezó a avanzar silenciosamente por la calle en dirección al Norte. Doc cerró las ventanillas para evitar el ruido de fuera.

En la parte delantera del coche empezó a funcionar una luz roja y al mismo tiempo comenzó a sonar una sirena, asegurábase Doc paso libre por en medio del tráfico de la ciudad.

La sirena no era tan fuerte para estorbar el altavoz de la radio.

—¡Válgame Dios! —sonó de pronto la voz de Renny—. ¡Menos mal!

—¿A quién han lanzado del taxi, Renny? —preguntó Doc.

—Pues… al taxista —explicó Renny desde el autogiro—. Yuttal
y
Hadi-Mot
debieron de darle un golpe para dejarle inconsciente con el fin de quitarle el taxi. Como no le he visto en el coche cuando éste estaba estacionado cerca del hotel, seguramente lo tenían también prisionero con lady Nelia. Y si lo han tirado a la carretera, es para quitárselo de encima.

—¿Está gravemente herido?

La risita de Renny y el ruido del motor se mezclaban en el altavoz cuando el autogiro volvió a despegar para remontarse de nuevo.

—¡Qué va! El tipo estaba maldiciendo su estrella y a sus raptores cuando le dejé. Sólo recibió un golpe en la cabeza.

—¿Lo has interrogado?

El coche de Doc pasó en aquel instante junto a una fábrica de electricidad, con el resultado de que la respuesta de Renny se perdió en los ruidos parásitos de la interferencia local.

Doc aguardó hasta haberse alejado lo suficiente de la fábrica para rogarle a Renny que repitiese la respuesta.

—Sí, le interrogué. Yuttal y el otro tomaron el taxi en el muelle, seguramente poco después de tropezar conmigo, Doc. Dijeron al taxista que eran detectives y le ordenaron que me siguiese a mí al Hotel Rex.

Renny se calló unos momentos, seguramente para otear la carretera a través de sus lentes fluoroscópicos para volver a encontrar la luz infrarroja del coche de Yuttal.

—El taxista me dijo —continuó luego—, que no entendió nada de lo que dijeron esos tipos, que cuando llegaron al hotel le hicieron esperar, que al salir con lady Nelia, arrastrándola, otro taxista quiso interponerse y recibió un golpe contundente. A él le trataron igual por el mismo motivo. Y no sabe nada más.

Doc llevó su coche por un puente del río Harlem, una de las vías fluviales de la isla de Manhattan.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó a Renny.

—Siguiendo la carretera del río Hutchinson —repuso la voz desde el autogiro.

—¿Tienes el taxi de Yuttal a la vista?

—Ya lo creo, pero ¡cómo corre!

Doc se propuso alcanzar el taxi de Yuttal y aceleró la marcha. Cuando penetraron en los suburbios de la metrópoli, entraron también en las anchas pistas construidas especialmente para automóviles, sin pasos a nivel que molestasen.

En aquellas pistas el conducir aprisa era regla general, pero es dudoso que coche alguno hubiese alcanzado allí la velocidad del de Doc Savage, y a pesar de que el vehículo era fuerte y pesado, las leves desigualdades del terreno arrancaba a los viajeros de vez en cuando de sus asientos.

Long Tom iba delante con Doc, cuidando su equipo eléctrico a fin de que las sacudidas no estropeasen ninguno de los delicados aparatos.

Johnny, tan huesudo y suelto en las articulaciones, se convertía en un pelele cada vez que el coche recibía una sacudida.

Estaba sentado entre Monk y Ham. De cuando en cuando, Ham dirigía a Monk un gruñido. Aún estaba enfadado por la carnavalesca imitación de su indumentaria. Monk ponía cara de cándido y feliz. Era para él un verdadero placer hacer enfadar a Ham.

—Yuttal se ha metido por un camino vecinal que cruza campos labrados —dijo de pronto la voz de Renny desde el autogiro.

Luego le dio a Doc rápidamente la situación exacta del camino que habían tomado los criminales.

Así Doc pudo tomarlo también cuando por fin lo alcanzó. Resultó ser un camino muy malo y muy desigual. El coche avanzaba por él como caballo encabritado y algunas veces se salía de la carretera. Doc metió el coche por fin en un calvero y preguntó a Renny:

—¿Puedes volver a recogernos sin perder el taxi?

—Creo que sí —repuso Renny—. La luz infrarroja se ve muy bien.

Doc se apeó con sus amigos y pocos minutos después, sin hacer más ruido que pueda hacer una ráfaga de viento fuerte, el autogiro aterrizó en el calvero, guiado por las luces de la linterna de Doc.

El aparato tenía una cabina capaz para seis pasajeros y Doc y sus amigos se acomodaron rápidamente en los sillones de mimbre. Renny no perdió el tiempo en subir de nuevo.

Gracias a la perfección del autogiro, el aparato despegó fácilmente en el reducido espacio del calvero.

Todos se pusieron enseguida las antiparras fluoroscópicas, bastante aparatosas. Tenían casi el tamaño de cajas de zapatos, porque su funcionamiento era muy intrincado.

Sin embargo, no eran nada pesadas y se ajustaban perfectamente y con comodidad a la cara mediante correas.

La tierra era tan visible como con la vista natural, porque los lentes eran también sensibles a los rayos normales, pero la oscuridad de la noche hizo que se viese poco.

No tardaron en encontrar el taxi de Yuttal. Un punto luminoso señalaba su situación y lo radiaba al aparatito de luz infrarroja.

Asomándose a la ventanilla, Long Tom enfocó su proyector de

rayos infrarrojos sobre el terreno que sobrevolaban.

Para la vista normal estos rayos eran invisibles, pero los lentes fluoroscópicos los convertían, por un procedimiento intrincado, en luminosidad policroma, que daba a la vista la impresión de la luz de un reflector corriente.

Pero el autogiro volaba demasiado alto para que el reflector infrarrojo diese resultado.

—¡Maldición! —exclamó Long Tom—. Esta linterna no tiene fuerza. A la primera ocasión voy a proveer a todos nuestros aviones con potentes reflectores infrarrojos. Pero esto de nada nos sirve en este momento.

—De todos modos no podemos perder de vista al taxi —declaró Doc.

—Sí, pero estaría mejor que pudiésemos verlo como en pleno día —protestó Long Tom.

Transcurrieron los minutos. Era imposible descubrir nada acerca del terreno de abajo, a causa de la oscuridad, pero el taxi parecía recorrer un camino muy tortuoso por colinas boscosas, aunque invariablemente marchaba en dirección al Norte.

Monk miró con ojos tristes al cielo cubierto de nubes. Movió la cabeza con impaciencia.

—Ojalá hubiese luna —dijo—, aunque claro está, en este caso tendríamos que volar más alto para que no nos viesen y sería lo mismo.

Por fin el helicóptero alcanzó al taxi y se adelantó, a mil metros de altura por el camino.

—Adelántate más —dijo Doc a Renny—. Vamos a dejar caer algunas bombas de gas de nuestro amigo Monk en el camino del taxi. Cuando éste atraviese la cortina de gas, los que van dentro perderán el conocimiento. Escoge un sitio donde la carretera dé una vuelta y el taxi se vea obligado a avanzar a menor velocidad; no quiero que nadie se haga daño.

Después de haberse adelantado bastante el helicóptero, empezó a descender.

—¿Qué vamos a hacer con Yuttal y
Hadi-Mot
? —preguntó Monk—. Son dos asesinos.

—Bien sabes tú que tenemos un lugar para ellos —repuso Doc secamente.

La pregunta de Monk era innecesaria, porque bien sabía lo que había de suceder a Yuttal y
Hadi-Mot
una vez que estuviesen en poder de Doc; sin embargo, le pareció al bueno de Monk un poco absurdo que todos los criminales, desde el asesino más feroz hasta un desgraciado ladrón recibiesen el mismo trato.

Doc Savage tenía un sanatorio muy curioso en la parte Norte del estado de Nueva York, un lugar muy extraño, desconocido por el público en general.

En ese sanatorio había varios cirujanos que, de acuerdo con las instrucciones de Doc, efectuaban en el cerebro de los criminales una delicada operación mediante la cual perdían todo recuerdo de lo pasado.

Luego recibían un severo entrenamiento acerca de cómo ha de vivir un ciudadano honrado, que incluía la enseñanza de un oficio para que pudiesen ganarse la vida sin dejar la senda de la rectitud.

Ningún criminal, sometido a este tratamiento, volvía a su vida anterior.

Desde el asesino más feroz hasta el infeliz timador, todos pasaban por la misma metamorfosis.

—Desde luego obligaremos a Yuttal y
Hadi-Mot
a hablar antes de enviarlos a nuestro sanatorio —dijo Doc.

—¿Te interesa saber de dónde vienen esos diamantes, verdad? —preguntó Monk.

—Hay otra cosa que me preocupa bastante más. Me refiero a esos misteriosos esclavos de que hemos oído hablar.

—¡Cómo! ¿Esclavos? —exclamó Monk—. ¿Crees tú realmente que es cierto?

—No lo sé, pero es preciso aclarar esa parte del misterio.

Por fin se hallaban lo bastante cerca de tierra para que fuese útil el proyector portátil de rayos infrarrojos de Long Tom. Por lo tanto, se asomó a la ventanilla y empezó a manejar los distintos mandos e interruptores.

Los demás estudiaron con él lo que se vio a través de los lentes fluoroscópicos, gracias a la iluminación de los rayos infrarrojos del reflector.

El panorama resultó extrañamente irreal.

—Ahí hay un sitio excelente —declaró Doc de pronto.

Debajo de ellos había un trecho en que el camino era más reducido y tortuoso que antes; además, formaba cuesta; tratábase de un trecho en que ningún coche podía avanzar con gran velocidad.

Por otra parte, a pocos centenares de pies había un excelente campo de aterrizaje en forma de campo de pastos.

Doc miró atrás buscando al taxi, pero no lo vio. Naturalmente, no pudo descubrir la pequeña linterna de rayos infrarrojos que antes les guiara, porque estaba sujeta a la parte posterior del taxi.

El helicóptero aterrizó. Los seis aventureros se apearon, llevando cada uno una bomba de gas en la mano y boca y nariz tapados con mascarillas.

Doc iba delante con el reflector infrarrojo en la mano para señalar el camino. Formaban los seis un grupo extraño; semejaban guerreros de otro planeta que avanzaban en medio de una luz sobrenatural, fantásticas figuras con sus enormes lentes y mascarillas.

Para la vista normal caminaban en la más completa oscuridad, pero gracias al maravilloso invento de Long Tom, ellos caminaban como si fuese pleno día.

Al llegar a la carretera colocaron allí una barrera de gas y como no había brisa apreciable, el gas quedaría estacionado durante bastante tiempo en aquel paraje.

Todos escucharon con gran atención. Al cabo de pocos segundos los cinco miraron inquietos a Doc. A causa de la presencia del gas no podían quitarse las mascarillas para hablar y entonces Monk se valió del lenguaje de los mudos para hacer una pregunta a Doc.

Cada uno de los amigos de Doc entendía este lenguaje a la perfección y el mismo Doc era un experto del lenguaje mudo, cuyo conocimiento le había sido útil en muchas ocasiones.

Lo que Monk preguntó fue si Doc podía oír el taxi y Doc le contestó en la misma forma que no percibía nada.

Continuaron esperando. Aumentó la intranquilidad. El taxi

hubiera tenido que llegar desde hacía rato y ni siquiera pudieron percibir su motor a distancia.

Poco tardaron los seis aventureros en convencerse de que el taxi no iba a pasar por aquel lugar y la decepción que sufrieron fue grande.

Mayor aún fue la sorpresa que recibieron instantes después.

A cosa de dos millas en el camino por el cual había de venir el taxi, se percibió de pronto el ruido del motor de un avión.

Doc y sus amigos sabían lo que significaba aquello y se dirigieron corriendo al helicóptero.

Pero mucho antes de llegar al sitio donde lo habían dejado, se dieron cuenta de que el avión que habían oído, se alejaba raudo en el cielo de la noche.

Monk se quitó la mascarilla, puesto que ya estaba lejos de la nube de gas que tan inútilmente habían extendido en la carretera, y exclamó en tono quejoso:

—¡Imposible perseguir a ese avión en una noche tan oscura! Por el ruido del motor se ve que se trata de un avión ultraveloz.

VIII
Trampa nocturna



La afirmación de Monk era cierta. Doc sacó unos prismáticos potentes y examinó el firmamento, pero no encontró rastro del avión.

Así se perdió la última esperanza de poder perseguir a los criminales.

Doc se puso en el asiento del mando y se elevó con el helicóptero rápidamente a considerable altura, luego cerró el motor para que el helicóptero se deslizase, totalmente silencioso.

—Maneja el reflector de rayos infrarrojos —dijo a Long Tom—, y veamos si podemos averiguar dónde tenían escondido ese avión.

No tardaron mucho tiempo en ver en el confín de unos campos de pastos dos hangares viejos.

Al parecer se trataba de un campo de aviación rural construido hacía años con motivo del auge repentino de los vuelos. Cerca de uno de los hangares estaba el taxi.

—¡Fijaos! —dijo Doc—. Allá abajo hay hombres; distingo a lo menos tres, pero no son los que buscamos. En efecto, delante del hangar había dos hombres.

Otro se hallaba parcialmente a la sombra del edificio y los tres miraban hacia arriba, al punto donde flotaba el helicóptero.

—¡Caracoles! —dijo Renny—. ¿Será posible que puedan ver nuestro reflector infrarrojo?

—¡No! —gritó Long Tom, que no podía tolerar que pusiesen en duda la eficacia de sus inventos—. He puesto filtros que excluyen

toda posibilidad de que se vean nuestros rayos.

Doc alzó la mirada por un momento. Las nubes eran muy densas y no era posible que el helicóptero se siluetease contra el cielo.

Moviendo los mandos de la nave, se alejó del campo de aviación, deslizándose rápidamente hacia tierra, porque el motor seguía parado.

Era preciso aterrizar en breve o volver a poner el motor en marcha, lo que significaría que probablemente los de abajo les oirían.

Tuvieron suerte, porque de pronto vieron un trecho de terreno llano donde era fácil aterrizar; era un verdadero hallazgo, pues la región era muy boscosa.

Doc hizo un aterrizaje perfecto sin tener que utilizar el motor y apenas hicieron ruido.

El ruido más fuerte lo hizo Monk que sin saber cómo, al salir del helicóptero dio con su cuerpo en tierra lanzando una exclamación.

—¡Maldita sea tu estampa! —exclamó Monk, dirigiéndose a Ham—. Tú me has puesto el bastón entre las piernas para que tropezase.

—¡Seguro! —exclamó Ham.

Monk avanzó hacia él con aire amenazador, abriendo y cerrando sus enormes manazas.

—No seas idiota —prosiguió Ham—, cuando tenga ganas de darte con el bastón te daré en otro sitio.

—Y yo —interpuso Renny el de los puños de gigante—, os voy a machacar a los dos el cráneo si no os calláis inmediatamente.

Doc se encaminó velozmente hacia el campo de aviación que distaba cosa de una milla.

Estaba seguro de que la discusión de Monk y Ham no se había oído, pues probablemente Ham sabía que no había peligro alguno cuando hizo caer a Monk.

Seguido de sus amigos, Doc avanzó en silencio, guiándose en la oscuridad por la iluminación de los rayos infrarrojos del aparato de Long Tom.

Cuando podían, corrían. Una vez Renny exclamó con voz angustiosa:

—¡Gracias a Dios que tenemos esa luz! Si esos sinvergüenzas

sueltan contra nosotros esa misteriosa muerte que aletea, a lo menos veremos lo que es.

—Los tipos que están en el campo de aviación a lo mejor no saben nada de esa cosa misteriosa —opinó Johnny—. Puede que Yuttal y
Hadi-Mot
, no tengan más relación con ellos que haberles alquilado un avión.

—No me cabe en la cabeza que tú creas eso —replicó Renny.

—Tienes razón —admitió Johnny—. No es posible que aviadores honrados tengan nada que ver con esos canallas; además, ese campo de aviación no está equipado para vuelos nocturnos. Tampoco es probable que, siendo gente honrada, haya tolerado que se consume el rapto de lady Nelia.

A varios centenares de metros de la meta, Doc mandó hacer un alto y para evitar que se le oyese en el campo de aviación, habló a sus amigos por señas, diciéndoles:

—Os voy a dejar aquí y me llevo nuestros reflectores para investigar la situación.

Sus amigos le obedecieron, aunque de mala gana, porque no les gustaba la idea; temían que les robasen su parte correspondiente en la aventura.

Sin embargo, nada dijeron, porque sabían que Doc procedería con mayor cuidado y circunspección que cualquiera de ellos.

Con la extraña linterna en la mano, Doc continuó la marcha con mucha mayor velocidad que cuando iba con sus amigos.

Con gran cuidado esquivaba las hojas y las ramas secas que hubiesen podido revelar su presencia.

Por fin llegó a los arbustos que bordeaban el antiguo campo de aviación y desde aquel punto dirigió la luz infrarroja sobre los hangares, sabiendo que nadie lo vería.

Tenía algo de sobrenatural proyectar luz brillante sobre aquellos hombres sin que se diesen cuenta.

Los tres hombres seguían junto al hangar y éste, según Doc pudo apreciar, estaba vacío. En el otro cobertizo se veía un monoplano color pardo bastante deteriorado.

El fuselaje aparecía con grandes manchas de aceite junto al motor.

Doc avanzó sin renunciar al abrigo de los arbustos que le ocultaban, y de este modo logró acercarse hasta cosa de pocos metros del sitio donde estaban los tres hombres que vistos desde cerca, resultaron tipos de aspecto desagradable y de rostro en cierto modo inteligente con la expresión de astucia de los criminales.

Revelaban todos cierta intranquilidad, como si esperasen que sucediese algo.

Sin cesar, miraban al cielo y escuchaban con gran atención. Este comportamiento tranquilizó en cierto modo a Doc, pues le hizo comprender que los temores que había tenido cuando volaba en el helicóptero por encima del campo, eran infundados y que aquellos tres hombres no habían visto su aparato.

De pronto apareció un cuarto personaje. Salió corriendo de la oscuridad y los otros tres, sacando las pistolas, le dieron el alto.

—Soy yo —dijo el cuarto sin aliento, pues al parecer venía corriendo desde alguna distancia—. Ya están aquí.

Doc percibió claramente las palabras y no le hizo falta aproximarse más.

—Ese Savage y su gente. Así, cuando menos, me lo figuro, porque en ese claro del bosque que he estado vigilando, ha tomado tierra un helicóptero y se apearon cuatro o cinco hombres que enseguida se encaminaron hacia este sitio.

Las bronceadas facciones de Doc no revelaban la decepción que sintió al enterarse de que su llegada no había sido tan secreta como él había supuesto.

—¡Maldita sea nuestra suerte! —exclamó uno de los aviadores —. A lo mejor ya nos están rodeando.

—No han tenido tiempo aún de llegar —repuso el mensajero—, porque avanzan con mayor lentitud para no hacer ruido.

—¿Cuántos son?

El mensajero se secó el sudor del rostro.

—Era demasiado oscuro para contarlos. Creo que cuatro o cinco. Lo que no entiendo es cómo han encontrado aquel claro sin luz alguna. Aterrizaron como fantasmas. Apenas hicieron más ruido que una ráfaga de viento suave. ¡Y qué manera más extraña tuvieron de encaminarse a este campamento! Parecía como si pudieran ver en la oscuridad.

El mensajero estaba más cerca de la verdad que lo que sospechaba, pero los demás se mostraron escépticos.

—No digas tonterías. Uno de ellos debe de conocer esta región, puesto que han encontrado aquel claro del bosque sin dificultad. Yo estaba apostado en la carretera donde aterrizaron por primera vez. También entonces bajaron como fantasmas, pero los encontramos enseguida, ¿no es verdad?

Doc escuchaba con gran interés. Al parecer la banda había tomado grandes precauciones apostando gente en todos los puntos donde era fácil aterrizar con avión.

Por lo tanto, habían tomado todas las medidas para guardarse contra posibles sorpresas.

—Déjate ya de jadear —dijo el que al parecer tenía el mando, dirigiéndose al mensajero—. En el cobertizo encontrarás una radio bomba. Tú sabes cómo funciona; tiene un dispositivo que actúa de receptor de ondas y cuando mandemos ciertas señales con la emisora de nuestro monoplano, la bomba hará explosión. Coge esa bomba y ocúltala bien en el helicóptero de Savage.

—Muy bien, pero…

—No pierdas el tiempo; hazlo. Luego, vuelve. Si puedes volver sin que se den cuenta mejor; de lo contrario, ocúltate en el bosque.

—Puede que no dé ningún resultado…

—El golpe tendrá éxito si escondes bien la bomba. Nosotros levantaremos el vuelo mañana por la mañana para reunirnos con Yuttal, y Savage nos seguirá. No tenemos otra cosa que hacer que obligarle a seguirnos durante treinta o cuarenta millas, para que la cosa no resulte sospechosa, y luego transmitir la señal que hará estallar la bomba y hará polvo a esos tipos.

—¿Pero si ese hombre nos apresa esta noche aquí?

El mensajero parecía estar bastante nervioso y vacilante.

—No nos hará nada. Nos haremos los inocentes. Fingiremos no saber nada de su presencia y como no puede menos que venir para merodear en torno del campo, mencionaremos casualmente que vamos a volar mañana por la mañana para reunirnos con Yuttal… Éste será el anzuelo. Savage esperará y nos seguirá.

—Es un asunto muy arriesgado.

—Te equivocas. Aunque Savage nos quiera echar la culpa,

siempre podremos defendernos diciéndole que Yuttal y su amigo se llevaron el avión a la fuerza para raptar a la muchacha. Es una explicación plausible y Savage se la tragará.

Doc Savage, desde el punto en que estaba y viendo a los hombres como si fuese pleno día, experimentó de pronto un gran alivio al enterarse de que lady Nelia aún vivía.

—¡Vete de una vez! —ordenó el cabecilla—. Pronto vendrán esos hombres a pesar de que tengan que avanzar con lentitud a causa de la oscuridad.

El mensajero fue a buscar la bomba, un paquete bastante grande y se alejó del aeródromo.

Los otros tres se apoyaron en la pared del cobertizo, esperando los acontecimientos, sin saber que Doc había podido llegar, gracias al proyector de rayos infrarrojos, mucho antes de lo que ellos creían posible.

El trío sacó sus pistolas para asegurarse de que estaban cargadas.

Uno de ellos hizo más. Se fue al monoplano y sacó una pistola ametralladora. La colocó a su lado en el suelo y la cubrió con un abrigo.

—No vale la pena correr riesgos inútiles —dijo explicando su conducta—. El asunto tiene sus peligros. He oído hablar de ese Savage y sé que es un tipo de cuidado. Dicen que si quiere, sólo con las manos puede romper en pedazos a un hombre. Afirman también que en realidad no es humano.

—Pues yo no creo en esos cuentos de hadas —dijo su jefe—. Aunque, de todos modos, me sorprende que haya podido seguir a Yuttal hasta aquí.

El tercero se fue al taxi y lo examinó a la luz de una linterna eléctrica. A poco volvió con un objeto que había encontrado en la parte posterior.

—Si supiésemos lo que es esto, me apuesto cualquier cosa a que sabríamos cómo ha hecho Savage para seguir al taxi —declaró.

En esto tenía muchísima razón, porque aquel objeto era la linterna de luz infrarroja que Long Tom había colocado en la parte posterior del taxi.

Mas a pesar de haberlo encontrado uno de la banda, sus conocimientos no alcanzaban a comprender la utilidad de aquel

objeto extraño.

—Tira eso antes de que te estalle en las manos —dijo uno de los tres, medio en broma medio en serio.

—Sí, hombre, sí; tíralo. Quiero que estés presente cuando mañana por la mañana nos reunamos con Yuttal. El hombre había dicho la última parte en voz alta, al parecer para que lo oyese el que escuchase.

Doc se acercó un poco más, porque realmente ya no le importaba que le viesen o no, y como los tres hablaban en voz baja, Doc se valió de su gran habilidad en interpretar el movimiento de los labios para escuchar la mayor parte de la conversación.

—Te digo que no me gusta esto —dijo uno de los tres—. Nosotros mismos nos hacemos traición con nuestra charla. Si Savage nos agarra, no podemos decirle que Yuttal se llevó el otro avión a la fuerza…

—¡Cállate! Ya nos inventaremos otras mentiras.

Siguieron algunas frases que Doc no pudo comprender; luego:

—¿Qué clase de empleo tiene para nosotros ese Yuttal?

—Me apuesto cualquier cosa a que se trata de contrabando de diamantes —replicó otro—. Y si no es eso, de todos modos tendrá algo que ver con los diamantes. Yuttal conoce al tipo de Europa por el que hemos hecho contrabando de piedras preciosas, porque por mediación de él, se puso en relación con nosotros.

Doc tomó buena nota de lo que acababa de oír, pues comprendió que aquellos hombres sólo estaban a las órdenes de Yuttal desde hacía poquísimo tiempo y antes se habían dedicado al contrabando de piedras preciosas, lo que explicaba la existencia de aquel campo de aviación rural.

—Ya veremos qué trabajos nos tiene preparados cuando nos reunamos con él mañana por la mañana —dijo de pronto el jefe elevando la voz para que lo oyese el que escuchaba.

Doc decidió no causar ninguna decepción a aquellos hombres; y para que advirtiesen su presencia, pisó de pronto una rama seca con el ruido correspondiente.

Los tres hombres mostráronse al punto muy nerviosos, pero continuaron haciendo su papel.

—Bueno —dijo uno de ellos—, en cuanto sea de día, iremos al

sitio donde nos espera Yuttal.

Doc Savage, marchándose silenciosamente en la aparente oscuridad, pero en realidad, guiado por la brillante iluminación de los rayos infrarrojos, pensó que aquellos hombres tenían en realidad la intención de reunirse con Yuttal y
Hadi-Mot
y que no lo habían dicho sólo para engañarlo.

Por eso Doc se marchó corriendo hacia el punto donde le esperaban sus cinco amigos.

Tenía ya formado un plan, un proyecto excelente que no obstante, requería un trabajo previo de gran urgencia.

Ningún ser humano hubiera podido percibir su paso por el bosque porque se movía en una oscuridad sólo diáfana para él.

Y tan silenciosamente avanzaba que ni los animales de la selva advirtieron su presencia.

IX
El monstruo del aire



Una hora antes de amanecer empezaron a suceder extrañas cosas en el cielo, cerca del sitio donde Doc Savage había perdido la pista de Yuttal,
Hadi-Mot
y su prisionera: lady Nelia.

Las nubes que habían oscurecido la luna y las estrellas durante la mayor parte de la noche, iban disolviéndose gradualmente, aunque quedaban algunos bancos de blanco vapor.

Debajo de uno de éstos, a la altura de unos mil metros por encima de la superficie terrestre, apareció de pronto un punto gris que iba alargándose rápidamente hasta convertirse en gigantesco gusano lanoso que parecía salir de un agujero invisible del cielo.

Avanzó raudo en una extensión de más de mil metros para dar luego media vuelta y tirar otra columna gris junto a la primera.

Un observador perspicaz hubiérase dado cuenta de una mancha oscura que iba a la cabeza del gusano gris como si tirase de él.

Este punto era en realidad un monoplano monstruoso de tres motores, tan perfectamente silencioso como permite la moderna técnica.

El gigantesco monoplano estaba extendiendo una pantalla de humo. El humo extendíase lentamente mientras el avión cruzaba en una y otra dirección del cielo, convirtiéndolo poco a poco en enorme nube. Puesto que la naturaleza dispersaba sus nubes, el aviador creaba otra artificial.

Terminada la labor, volvió a rodear la nube artificial para soltar más nubecillas de humo a fin de darle más apariencia de cosa auténtica.

El horizonte se inundó de pronto de la luz rojiza que es precursora de la salida del sol. El monoplano se metió rápidamente en la nube artificial.

A la altura de ésta, soplaba una brisa cuya velocidad había sido previamente comprobada por el aviador y éste sabía que la nube se hallaría aproximadamente sobre el campo de aviación rural en el momento en que saliese el sol.

Una vez dentro de la nube, el aviador no volvió a salir de ella, sino que permaneció oculto.

En el campo de aviación rural, cuatro aviadores celebraron muy aliviados la salida del sol, uno de ellos había vuelto hacía poco con la noticia de haber podido esconder la radio-bomba en el helicóptero.

—Savage no encontrará esa bomba —decía, ufanándose de su hazaña—. La metí en el fuselaje, pero cerca de la cabina para que mueran todos.

Los cuatro sacaron el monoplano color pardo del viejo hangar. Después de mirar nerviosamente en derredor, tres de ellos subieron y el cuarto hizo funcionar la hélice.

—¿Creéis que Savage estuvo realmente aquí la noche pasada? —preguntó uno de ellos mientras esperaban que se calentara el motor.

—Ya lo creo. ¿No hemos oído todos cómo crujían las ramas bajo sus pisadas?

Poco después elevaron el vuelo en dirección al Norte.

—Ahí está el helicóptero —gritó uno de los cuatro mientras ascendían.

—No te fijes en él —avisó a gritos el hombre que manejaba el monoplano.

Pero de todos modos, los cuatro no apartaban la vista del helicóptero y vieron que subían a él seis hombres.

Al parecer uno de los seis estaba enfermo, porque dos de sus compañeros lo subían en andas.

Poco después el helicóptero despegó y ascendió rápidamente como si sus ocupantes quisieran ocultarse en la enorme nube gris

que cubría el cielo en aquella parte.

El helicóptero se metió decidido en la nube y los del monoplano empezaron a desasosegarse un poco.

Los cuatro respiraron muy aliviados cuando el helicóptero volvió a aparecer y les siguió.

Durante cosa de veinte millas dejaron los del monoplano pardo que el helicóptero fuera tras ellos aminorando la propia marcha, hasta que el otro aparato estuvo tan sólo a dos millas de distancia.

—¡Ahora! —gritó uno de los cuatro.

Otro se inclinó sobre el aparato radio emisor y empezó a enviar ciertas señales inalámbricas.

Los cuatro tenían la vista fija en el helicóptero. De pronto surgió una potente llamarada del aparato y éste, deshecho, se precipitó a tierra.

Percibióse al mismo tiempo una gran explosión y los cuatro del monoplano, dando por terminada su nefasta labor aceleraron la velocidad y se alejaron raudos en dirección al Norte.

—Me parece que Yuttal no se quejará de nosotros y nos felicitará por el golpe —gritó uno de ellos.

El monoplano pardo se fue convirtiendo en un puntito en lontananza y por fin hasta se perdió de vista el puntito.

Sin embargo, con unos buenos prismáticos se podía verlo perfectamente.

Y no un par de prismáticos, sino seis nada menos estaban fijos en el monoplano y los seis hombres que lo tenían enfocado iban a bordo de un monoplano trimotor enorme, que acababa de salir de la nube artificial por el mismo.

Era Ham quien conducía aquel trimotor monstruo. Por indicación de Doc, Ham se había dirigido a Nueva York en busca del monoplano.

Además de ser un abogado brillante, Ham era también excelente aviador y sabía tejer una pantalla de humo como el aviador más avezado.

En el mismo trimotor habían subido Doc y los demás. El helicóptero despegó y se remontó al cielo controlado por un robot manejado por medio de un aparato de radio desde aquél.

En cuanto a la tripulación del helicóptero, sólo se componía de

un monigote de paja que era el que había perecido al quedar destruido el aparato.

Y ahora, Doc y los suyos seguían a gran distancia al monoplano pardo que les había de llevar al sitio donde estaba Yuttal y Nelia.

Esperaban encontrar al mismo tiempo por fin el sitio misterioso de los esclavos de que oyera hablar Renny.

La caza duraba ya muchas horas. Doc se mantenía a gran distancia, siguiéndolo únicamente, gracias a los potentes prismáticos de que iban provistos.

Cruzaron por encima del Estado de Connecticut, ligeramente al Oeste de la capital; dejaron atrás Massachussets. El sol calentaba las alas del veloz avión, pero en la cabina, bien aislada, no había ni ruido ni calor.

Los seis compañeros se turnaban en el mando del avión y parte de ellos aprovechaban el tiempo para recuperar el tiempo perdido.

En un rincón de la cabina entregóse Doc a los diarios ejercicios a que debía su tremenda fuerza y su aguda sensibilidad. Dedicaba dos horas cada día a este terrible ejercicio desde su más tierna infancia.

Sus cinco compañeros sudaban sólo con verle ejercitarse. Después de observarle en aquel entrenamiento, no extrañaba ya a nadie que Doc se hubiese convertido en uno de los hombres más notables de la tierra.

Al cabo de horas de volar cruzaron sobre la verde alfombra del Estado de New Hampshire y luego penetraron en el Estado de Maine.

La caza parecía como si no hubiese de tener fin.

Los amigos de Doc se echaron miradas comprensivas. Monk fue el que expresó la idea de todos.

—La prensa decía que aquí se había visto al *zeppelin* fantasma.

—Me apuesto cualquier cosa a que ese *zeppelin* es tan real como yo —expresó Johnny.

En la parte más boscosa y abrupta de Maine terminó la persecución, y al final de ella estaba, como todos más o menos habían sospechado, el dirigible fantasma.

Doc fue el primero en ver la aeronave, el primero en ver el reflejo del sol sobre la gigantesca envoltura con su capa de pintura de aluminio que reducía la absorción del calor.

Hallábase el dirigible en una enorme hondonada en la montaña, completamente desprovista de árboles.

La popa estaba amarrada a un pinabeto gigante y la popa, anclada con fuertes pesos. Tenía un aire majestuoso.

Doc, que gobernaba el trimotor en aquel momento, lo llevó con mano segura de modo que los rayos solares no se reflejasen en él y fuese un aviso para los de abajo.

Doc veía bien el monoplano pardo girando en torno a la hondonada para tomar tierra.

—Parece mentira —exclamó Ham indignado—. ¿De dónde viene ese dirigible? ¿Qué hace ahí?

—Puede haber venido desde muy lejos —le dijo Doc—. Esos dirigibles son capaces de hacer un vuelo de larga duración sin aprovisionarse.

—¿Crees tú que se trata del *Aeromunde* que tan misteriosamente desapareció?

—No estamos lo bastante cerca para verlo bien. Mas, por su forma un poco anticuada, yo diría que lo es. Pero antes de poderlo decir con seguridad, habremos de acercarnos más.

—¿Vas a cruzarlo volando?

—No. Vamos a aterrizar y a recorrer el resto del camino a pie. Será una caminata fatigosa, pero es lo único que podemos hacer.

—Con tal de que el dirigible no eche a volar mientras nosotros atravesamos las selvas —dijo Ham en tono quejoso contemplando primero la intrincada selva y después su traje inmaculado.

Doc encontró pronto un lago a propósito ya que el trimotor podía aterrizar y amarar según convenía, y descendió sobre la superficie.

Como la orilla del lago era rocosa pudieron anclar el monoplano con perfecta seguridad y dirigirse a tierra en una lancha plegable de goma.

Después de llenar varias mochilas con sus provisiones, productos químicos, aparatos eléctricos, armas, etc., los seis compañeros entraron en la selva.

Resultaba muy difícil avanzar; al parecer se necesitaría toda la tarde para llegar a la hondonada donde estaba el dirigible.

En vista de lo cual Doc dijo a sus amigos:

—Voy a adelantarme. Cuando lleguéis al borde de la hondonada, no os acerquéis demasiado. Dirigíos a la parte Sur, que allí os encontraré, y es preciso que tengáis en cuenta que no nos conviene de ningún modo que nos vean. Ya que nos creen muertos, que sigan creyéndolo.

Doc se adelantó a sus compañeros con paso vivo y veloz a pesar de que llevaba la mochila de más peso.

Sus amigos no le preguntaron exactamente dónde habían de esperarle, porque sabían muy bien los grandes conocimientos que tenía respecto a las selvas y la facilidad con que encontraba lo que buscaba.

Después de cruzar varios cerros y valles, Doc llegó a una región de terreno pantanoso, pero con mucha arboleda.

Como era difícil avanzar por aquel terreno y no le convenía dar la vuelta, Doc trepó por el primer árbol que encontró y avanzó por vía arbórea saltando de rama en rama.

Así Doc recorrió en una hora la distancia en la cual sus amigos emplearían más de dos.

La rapidez con que Doc avanzaba hacia el lugar donde estaba el dirigible era debida en gran parte a su ansiedad de encontrar una solución al misterioso asunto y salvar a lady Nelia de las garras de sus raptores, así como destruir la cosa misteriosa que había producido la muerte de los dos servidores de la joven.

Y por último obcecaba le cada vez más la idea de descubrir el misterio de aquellos esclavos.

¿Cuál podría ser la horrible existencia que llevaban? ¿Dónde estaban esos hombres y quiénes eran? ¿En qué condiciones sobrevivían?

Avanzada la tarde, Doc llegó por fin a la hondonada que hacía de aeropuerto del dirigible y enseguida se dio cuenta de que Yuttal había mandado guardar el valle en una milla a la redonda por centinelas, lo que implicaba una reunión de considerables fuerzas.

Doc estudió los centinelas con creciente interés. Eran indígenas de África en su mayor parte, tipos altos y fornidos, todos con cicatrices.

Éstas y sus crueles facciones indicaban que eran negros de raza guerrera.

Iban armados con rifles automáticos de los últimos modelos y manejaban las armas como si estuvieran muy familiarizados con su uso.

Había un sistema regular de centinelas en derredor del campamento cuyos individuos se encontraban a breves intervalos.

—*¡Opaf!¡Dur!* —decía el centinela al oír algún ruido y su compañero más inmediato le contestaba:

—¡*Imshi*! ¡*Yallah*!

Eran palabras egipcias, voces de mando de alto y de avanzar. Al parecer los centinelas no conocían el inglés.

Doc se deslizó entre los centinelas, haciéndolo con tanta habilidad que ninguno advirtió su paso. Pronto se encontró escondido entre arbustos de siemprevivas desde donde podía contemplar perfectamente la hondonada.

Así pudo darse cuenta de que el dirigible era en efecto el *Aeromunde*, cuya desaparición había constituido tan gran misterio.

El nombre y las letras habían sido cubiertas con pintura de aluminio, pero no muy bien. Decían: Z X 03 *Aeromunde*.

Doc vio también a lady Nelia en la cabina de mando, sentada al parecer, a una mesa. Se levantaba de cuando en cuando y se paseaba como embargada de gran nerviosidad.

Mas no podía ir muy lejos porque se hallaba sujeta con una cadena finísima y en el cuello tenía una argolla como los esclavos.

De pronto aparecieron Yuttal y
Hadi-Mot
. Iban siempre juntos, dando órdenes, pero se veía en él que Yuttal era el que tenía más autoridad.

No aparecía por ninguna parte la siniestra cesta de mimbre.

Pocas horas después Yuttal y
Hadi-Mot
hablaban con un indígena de África cerca del borde de la hondonada y cuando el negro se hubo marchado, los dos bandidos se quedaron allí conversando.

—¡Bah! —decía
Hadi-Mot
con desprecio—. A esa mujer lo único que hay que hacer es abrirle el cuello de oreja a oreja…

—¡Basta! —gritó Yuttal—. No vuelvas a decir semejantes tonterías. Nos la llevamos sin hacerle el menor daño. Entiéndelo bien.

—Es lástima —repuso
Hadi-Mot
, encogiéndose de hombros—. Ya nos ha dado bastantes disgustos y sabe Dios los que no dará aún. ¿Qué vas a hacer con semejante mujer?

—Ya lo verás. Cuando volvamos allí y ella vea que no le queda ninguna esperanza, se desanimará y se dará por vencida.

—¿Tú crees? —preguntó
Hadi-Mot
riendo—. Bueno, ya lo veremos.

—Lo veremos. Cuídate que nadie le haga el menor daño —dijo Yuttal con fiereza—. Le falta poco para conformarse con todo. Si no, fíjate la desastrosa impresión que le causó la noticia de la muerte de ese Savage.

Los dos empezaron a alejarse. Lo último que Doc pudo oír, fueron las palabras de
Hadi-Mot
que decía:

—Esta noche emprenderemos el vuelo.

Doc experimentó un gran alivio. Al parecer lady Nelia no corría ningún peligro por el momento, a causa de una idea grotesca de caballerosidad por parte de Yuttal.

Fuera ya del cinturón de centinelas, que atravesó sin ser visto por ninguno, Doc se alejó velozmente. Había formado un plan… un plan muy atrevido.

Pero contaba con cinco hombres para quienes las grandes hazañas eran lo más importante de la vida. Saludarían la idea con entusiasmo.

X
El plan de Doc Savage



Doc Savage encontró a sus cinco amigos a cosa de tres millas del valle.

Yendo en zig-zag por la planicie, buscó primero sus huellas y siguiéndolas los descubrió por fin, cansados y jadeantes, en un macizo de abetos.

—¡Qué vida! —dijo Renny, dejándose caer sobre un tronco—. ¿Habrá cosa más pesada que esta selva virgen y selva virgen más virgen que ésta?

—Esto explica —aseguró Ham—, por qué esta región sigue tan abrupta e inasequible. He oído decir que los ciervos viven aquí siempre en el mismo sitio donde nacieron, porque la espesura que les rodea es tan densa que no pueden salir.

—Mira, no tengo ganas de bromas, ¿sabes? —gruñó Monk. Luego se dirigió a Doc—: Supongo que no irás a decirnos que hemos de volver a cruzar esta dichosa selva, ¿verdad?

—Más fácil sería eso que lo que os tengo que proponer —repuso Doc—. Vamos a subir ocultamente a ese dirigible para estar allí cuando emprenda el viaje.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Por lo que he podido saber, la misión que esos bandidos tenían que hacer aquí, está cumplida. Lo que quiere decir que vinieron con el único propósito de apoderarse de lady Nelia y sus dos acompañantes.

Doc repitió la conversación que había oído, palabra por palabra, porque tenía muy buena memoria.

—De modo que —terminó diciendo—, lady Nelia no corre por ahora ningún peligro. No pasaría lo mismo si ella estuviese al lado nuestro y esos bandidos siguiesen en libertad.

A la misma hora de descender la oscuridad de la noche sobre el valle y el dirigible, llegaron Doc y sus hombres a la hondonada.

Avanzaban juntos con grandes precauciones.

Doc sabía muchas cosas sobre los dirigibles y sus características.

Sabía que el aire fresco de la noche causaría una reducción del hidrógeno del dirigible y por lo tanto éste perdería un poco de su flotabilidad.

Si él y sus amigos pudiesen subir inmediatamente a bordo, el aumento de peso lo atribuiría Yuttal a aquella causa.

A esta hora el dirigible se hacía más pesado y Yuttal no sospecharía que tenía polizones a bordo.

Un cable bajaba desde la cola del dirigible y estaba atado en tierra a pesados troncos, que actuaban de ancla. Un negro hallábase junto al cable, vigilándolo. Doc había observado por la tarde que aquel centinela se alejaba con alguna frecuencia unos metros para fumar.

Esta precaución revelaba que el dirigible estaba cargado de hidrógeno, un gas muy peligroso y explosivo.

Un poco después de sobrevenir la noche, el centinela volvió a alejarse unos metros del cable para fumar por última vez antes de emprender el viaje.

Doc se aprovechó de esta circunstancia; se acercó al cable y trepó por él con la agilidad de un mono, sin hacer el menor ruido.

La oscuridad de la noche le ocultaba a todas las miradas.

Tal como había esperado, el cable terminó en un pequeño recinto dentro de la cubierta del *zeppelin*, y desde este recinto iba una pasarela a las góndolas y otra, más estrecha todavía, hacia el timón y el elevador.

El recinto estaba a oscuras, aunque provisto de instalación eléctrica. Doc exploró todo valiéndose del tacto.

Después se deslizó por el cable y se reunió con sus amigos.

—Vamos, subid —dijo en voz baja, sabiendo que no tenía

necesidad de recordarles silencio… sabían muy bien que era de vital importancia moverse sin hacer ruido.

Renny subió primero, llevando sobre la espalda una mochila bastante grande, con las armas de fuego, varias raciones de alimento concentrado y un recipiente plegable con agua de un manantial del bosque.

El segundo en subir fue Johnny, también cargado con pesada mochila como todos.

Doc se alejó unos metros del cable para mirar en torno. En la cabina de control del dirigible había luz y movimiento.

La tripulación subía provisiones a bordo, junto con grandes latas de gasolina para los motores.

Doc supuso que las provisiones y demás cosas las habrían llevado allí en aeroplano durante los últimos días, porque por la selva era imposible llevar nada.

Long Tom y Ham trepaban por el cable. Un punto luminoso a cosa de cincuenta pasos, indicaba el sitio donde fumaba el centinela. Pronto el cigarrillo cayó al suelo, un pie lo apagó.

El centinela se disponía a regresar a su puesto.

Cuando a Monk le llegó el turno de subir por el cable, se acercó Doc para trepar detrás de él.

A cosa de treinta pies sobre el suelo se detuvo Savage, para no apurar a Monk y no hacer ruido. Todos sus sentidos estaban alerta.

Doc advirtió la llegada del centinela al pie del cable y notó que el hombre apoyó la culata del rifle sobre los troncos.

El cable vibró ligeramente, a causa del mayor peso sobre la popa del dirigible. De pronto se percibió abajo un leve grito de sorpresa.

El centinela había tocado el cable y había notado la vibración.

—¿*Min Henak*? —exclamó—. ¿Quién es?

Sobre la cabeza de Doc sonó un gruñido leve de disgusto.

Era Monk, que estaba disgustado de que en el último momento el centinela se hubiese dado cuenta de algo anormal.

—¡*Ma taharraksh*! —gritó el centinela—. ¡No se mueva!

Doc se dirigió a él hablándole en su propio idioma.

—¡*Oskut*! —exclamó en tono áspero y gutural—. Cállate. Estoy arreglando el cable.

—*¡Ya! ¡Sarzith ni!* —repuso el centinela, tomando a Doc por uno

de los oficiales del dirigible—. Perdone, señor. Creí que podría ser un enemigo.

Doc siguió subiendo. El centinela seguramente no se daría nunca cuenta de que le habían engañado.

Pero las cosas no habían de suceder todas tan fácilmente. Arriba sonó de pronto un leve silbido. La ventana del recinto estaba iluminada y en la escotilla apareció una mano vellosa, la manaza de Monk que se movía rápidamente.

Monk transmitió a Doc un mensaje con el movimiento de los dedos, que decía:

—¡Nos han apresado!

Doc no dejó de trepar; llegó rápidamente a una decisión. Alguien debió de avanzar por la pasarela y sorprender a sus amigos.

Así había sido en efecto, porque apenas metió Doc la cabeza por la escotilla, se encontró frente a dos rifles automáticos y dos rostros oscuros y fieros.

—¡*Idkhol, hush*! —exclamó uno de los dos—. ¡Entra!

Doc obedeció sin variar en absoluto la expresión del rostro.

—Vinieron uno por cada pasarela —dijo Renny en voz baja—. Los oímos, pero no nos atrevimos a hacer nada para no llamar la atención de los demás. Nos figurábamos…

—¡A callar! —ordenó uno de sus raptores.

Doc miró a sus hombres y luego se contempló con gesto significativo el pecho. Al propio tiempo hizo una profunda inspiración, imitándole los demás. Los seis retuvieron el aliento.

Los dos egipcios se sorprendieron del comportamiento de sus cautivos y con fuertes gruñidos señalaban sus armas.

—¡Cuidado! —decía uno de ellos.

Luego hizo una profunda inspiración, seguramente para dar la voz de alarma, mas de pronto él y su compañero se derrumbaron exánimes al suelo.

Doc y sus amigos no se movieron; aún seguían reteniendo el aliento… veinte segundos… treinta… cuarenta. El rostro de Long Tom empezó a amoratarse, pero resistió el deseo de respirar.

Sabía muy bien que el aire aún estaba cargado de un poderoso anestésico.

Doc llevaba varias ampollas con este producto en el bolsillo y sin

que los dos egipcios se dieran cuenta, las había roto, apretando el codo contra el bolsillo.

Al cabo de un minuto, Doc respiró y sus amigos hicieron igual, porque después de un minuto de mezclarse el anestésico con el aire, perdía su virulencia.

Los seis contemplaron a los egipcios que seguían en el suelo de la cabina.

Doc se inclinó sobre ellos con una aguja hipodérmica en la mano con la que les pinchó en el antebrazo a los dos.

La aguja contenía una droga que mantendría a los dos en un estado de estupefacción hasta que les fuese administrado el antídoto. Paraliza ciertas partes del cerebro, imposibilitándoles el habla y el pensamiento.

Podrían comer y andar, pero sólo obedeciendo a una orden.

—¡*El khabar euh*! —gritó el centinela al pie del cable, lleno de recelo, porque seguramente al ver a Doc entrar por la escotilla iluminada, había advertido que no era un oficial de la nave aérea y quería cerciorarse.

—En buen lío nos hemos metido —murmuró Monk—. Ese tipo va a dar la voz de alarma y si no lo hace, echarán de menos a estos dos.

Doc metió rápidamente la mano por el enrejado que cubría la bombilla que iluminaba la cabina y la desenroscó.

No había tiempo de buscar el interruptor.

Ya a oscuras, Doc sacó más ampollas con el gas y lanzó cuatro hacia el sitio abajo desde el cual sonaba la voz, aunque a causa de la oscuridad no se le veía.

—*El khabar*… —empezó el centinela, pero sin poder seguir.

—¡Ya está! —exclamó Monk—. Y ahora, ¿qué hacemos con los tres?

Sin contestar Doc se inclinó sobre los dos que yacían en el suelo de la cabina, les quitó los cinturones de cuero, los ató sólidamente por las manos y pies y se los echó al hombro.

Un segundo después bajó con la extraña carga por la escotilla y el cable.

Al llegar abajo, dejó a los dos en el suelo, les quitó las ligaduras, puso las correas en su sitio, dio una inyección hipodérmica al

centinela, inyectándole la misma droga paralizadora de ciertas partes del cerebro y puso los tres en un grupo.

Desde el sitio en que se hallaba Doc miró en torno hasta que vio a la luz de los faroles la linde del bosque donde crecían ciertos arbustos.

Doc buscaba bayas rojas y se dirigió velozmente a los arbustos, arrancó varias ramas cuajadas de bayas, regresó a la popa del dirigible y untó a los tres egipcios las manos y las bocas con el zumo rojo de las bayas.

No contento con esta precaución, metió la aguja hipodérmica en gran número de bayas inyectando a cada una, una levísima cantidad de narcótico.

En aquel momento sonó una voz desde la cabina de control:

—¡Soltad las amarras de popa!

Doc trepó rápidamente por el cable al recinto donde le esperaban sus amigos. Los próximos minutos dirían si el ardid tendría éxito o no.

Los seis polizones no se detuvieron mucho tiempo en la cabina de amarre, porque no deseaban exponerse a una nueva sorpresa.

Avanzaron por la estrecha pasarela y se adentraron en el vientre de la nave aérea llena de travesaños y montantes de aluminio hueco, sostenidos por fuertes alambres que sonaban como cuerdas de guitarra cada vez que uno de ellos los tocaba inadvertidamente.

Abajo tenía la tela que cubría el armazón del dirigible y aunque fuerte, no resistiría el peso de un hombre al caer. Por eso los seis aventureros avanzaban con la mayor precaución para no tropezar.

El pasadizo se hizo cada vez más estrecho, gran inconveniente para hombres como Doc, Renny y Monk que eran verdaderos gigantes.

Al llegar a uno de los grandes anillos que daban forma circular al envoltorio del dirigible, Doc giró a la derecha y empezó a subir por el pasadizo hasta llegar por fin a una ventana hecha de plástico.

Allí se detuvieron. Acercando el rostro a la ventana de observación, Doc pudo ver lo que sucedía en el punto de amarre de popa.

Había encontrado a los tres hombres narcotizados y discutían acaloradamente acerca del caso. Una docena o más de linternas

eléctricas iluminaban plenamente la escena.

—¿Qué diablos les ha pasado a estos tipos? —gritaba Yuttal, hablando en inglés.

—¡*Ma arafsh*! —repuso
Hadi-Mot
—. Yo no lo sé. ¿Qué manchas son las que tienen en las manos y en el rostro?

—De las bayas que han comido —repuso Yuttal con desprecio—. Pero esas bayas no son venenosas.

Al parecer, el ardid de Doc no iba a surtir efecto, y si lo tuvo al fin, fue por la estupidez y la codicia de uno de los de la banda.

El hombre había cogido una de las ramas con bayas, comiéndoselas sin pensar siquiera que pudiesen no ser comestibles.

Sin duda había comido otras bayas durante su estancia en aquel valle.

De pronto se quedó intensamente pálido y empezó a gritar lleno de pánico.

La droga, tomada por vía bucal, actuaba con mayor lentitud, pero producía dolores. El indígena empezó a tambalearse y de pronto se cayó cuan largo era.

—¡*Wallah*! —gritó
Hadi-Mot
—. ¡Han sido las bayas! Son venenosas.

Yuttal se rascó la cabeza.

—Así lo parece, pero que me aspen si se me hubiese ocurrido nunca creer que esas bayas puedan ser venenosas. Es la primera vez que lo veo.

Doc y sus amigos continuaron subiendo ya que, por el momento, su presencia en el dirigible no había sido descubierta.

—Naturalmente, pondrán a esos cuatro en el dirigible y tratarán de curarlos —dijo Doc—. Me apuesto lo que queráis a que se encontrarán con el caso de envenenamiento más extraño que hayan podido conocer.

Los cinco, sabiendo que la droga convertía en monigotes a los que la tomaban, ahogaron a duras penas la risa.

Estaban de buen humor, porque sus planes iban desenvolviéndose bien.

Sólo Doc seguía impasible, porque raras veces reía, lo que no quería decir que estuviese siempre triste y taciturno, sino que no exteriorizaba sus sentimientos fácilmente, ni los de la hilaridad, ni tampoco los de horror o disgusto.

Al llegar al pasadizo superior, los seis aventureros buscaron un lugar adecuado para ocultarse.

Doc opinaba:

—Nos colocaremos cerca de la popa, porque puede que nos veamos obligados a apoderarnos del mando del buque. Creo que pueden operarse los mandos desde un compartimiento cerca de los timones.

Por fin se establecieron en un túnel de inspección que, estando lejos de los pasadizos y las góndolas de los motores, era fácil que no se utilizase.

El estruendo del lastre de agua al caer indicaba que la gigantesca nave aérea iba disponiéndose para la salida.

Poco después, la cola se alzó y se balanceaba libremente. Con un movimiento claramente perceptible, el dirigible se elevó; y, con la velocidad, aumentó también la ascensión gradual de la aeronave.

Pronto volaban a mil pies de altura, luego a dos mil. Los seis hombres escondidos advirtieron cómo se henchían las bolsas de gas al menguar la presión del aire.

Doc practicó un pequeño agujero en la envoltura y se fijó en las estrellas para conocer la dirección del vuelo.

—Sudoeste —anunció poco después.

—¿Hay alguien que quiera apostar algo a que nos vamos en dirección a África? —preguntó Johnny, quien nunca apostaba nada si no estaba completamente seguro de ganar.

Horas más tarde, el dirigible salió de entre las nubes y entró en la región despejada, iluminada por la luna.

Abajo extendíase el mar interminable, cuya superficie azul oscura quedaba interrumpida aquí y allá por el rompimiento de las olas, que lo señalaban como unas rayas de yeso.

La enorme aeronave continuaba volando bajo el zumbido de sus potentes motores. Los seis aventureros dormían por turno, quedando siempre uno vigilando.

XI
La lucha en el cielo



Doc y sus amigos advertían la proximidad del peligro. Sabían que no tardarían más de una hora o dos en presentarse.

Ellos no podían hacer otra cosa que esperar con animosidad y paciencia.

Habían pasado dos días y medio. El dirigible había encontrado vientos favorables en la mayor parte del Atlántico. No hubo temporales.

Los motores habían gastado poco combustible gracias a los vientos de popa.

Navegaba el dirigible por el aire como un moderno transatlántico por mar, seguro y veloz.

Y es que el *Aeromunde* había sido en su época, el rey del aire y a pesar de su antigüedad, se mantenía en excelentes condiciones.

El dirigible había penetrado en África al Este de las Islas Canarias, volando a gran altura para que nadie lo viese, y ya se hallaba volando desde hacía horas sobre el desierto.

El calor y el sol convirtieron la superficie terrestre en plancha de cobre líquido.

El *Aeromunde* había perdido bastante gas; el viaje había sido largo y, a pesar de haberse arrojado casi todo el lastre al agua, la popa de la aeronave pesaba más que la proa.

Yuttal,
Hadi-Mot
y los demás bandidos empezaban a mostrarse recelosos.

Más de una vez los oficiales habían recorrido la parte posterior en busca de alguna avería, porque sólo con una avería en los departamentos estancos de gas en la parte de la popa podían explicarse el fenómeno.

Ham, que había recorrido el pasadizo superior, bajó para informar a sus amigos. Aún seguía llevando su bastón estoque.

—Hay varios hombres que andan por ahí empeñados en descubrir las causas de peso excesivo —dijo a Doc—. Están examinando todos los departamentos con el mayor cuidado. Esta vez sí que no nos escapamos.

Renny cerró el puño y lo contempló, diciendo:

—La situación era demasiado buena para que durara. Y no me vendrá mal una buena pelea. En mi vida he pasado tres días más aburridos.

—¡Vaya! —observó Monk—. Aburrimiento como éste entorpece. Además, no me vendría mal un trago de agua.

Habían bebido el resto del agua que les quedaba pocas horas antes y todos estaban sedientos.

Aún les quedaban algunas raciones de alimentos concentrados, que no era precisamente comida sabrosa, pues tenía gusto a madera.

Long Tom manejó una de las pequeñas ametralladoras, armas maravillosas de precisión y de alcance, pero a poco la dejó con expresión pensativa.

—No podemos emplear aquí armas de fuego —declaró—. Hay demasiada filtración de hidrógeno. Cualquier chispa causaría la explosión de todo el artefacto.

—No te preocupes —interpuso Doc—. Creo que podemos tenerlos a raya. La estrechez de estos parajes les impide abalanzarse sobre nosotros. Y ellos tampoco se atreverán a emplear armas de fuego igual que nosotros.

Armándose con algunas bombas de gas construidas por Monk, Doc subió a los pasadizos superiores; se puso una máscara contra los gases igual que estaban haciendo sus amigos, que subieron tras él.

Al encontrar la boca de uno de los túneles anulares, vio avanzar por allí a un hombre. Doc apretó la espoleta de la bomba y la lanzó

hacia el recién llegado. Éste se volvió y contempló el objeto humeante.

Las bombas de Monk se abrían automáticamente y no producían ni llama ni ruido. El hombre llevaba un cuchillo y pistola, pero no sacó el arma de fuego, porque conocía las fatales consecuencias de un tiro en aquella atmósfera.

El cuchillo era de hoja larga y curvada y con ella en la mano quiso precipitarse sobre Doc.

Mas, tras el primer salto, las piernas le flaquearon; dio unos pasos tambaleantes y de pronto cayó, enredándose en la caída en los alambres.

El gas preparado por Monk tenía efectos rapidísimos.

Desde el pasadizo superior sonó un grito:

—¡*Wallah! hena*

¡Ta'ala

! ¡Socorro! ¡Pronto! ¡El diablo de bronce ha vuelto de entre los muertos!

Doc lanzó una bomba y el hombre que había gritado cayó como herido por el rayo.

Al punto aparecieron más tripulantes, todos indígenas, que acudían en socorro de su compañero, pero el gas dio muy pronto cuenta de ellos.

Monk apareció hablando a su compañero con los dedos:

—Ha comenzado el zafarrancho.

Los otros cuatro, todos con máscaras, se reunieron con Monk. Doc sacó un estuche plano del bolsillo, lo abrió y distribuyó el contenido.

Eran dedales metálicos que ajustaban perfectamente a los dedos e iban provistos de agujas tan finas que penetraban la piel casi sin producir dolor.

Las agujas eran huecas y mediante ellas se podía inyectar el maravilloso narcótico que paralizaba el cerebro. Los cinco se pusieron los dedales y así estaban en condición de poder producir casi instantáneamente el desvanecimiento de sus enemigos.

Ham desenvainó su estoque, blandiendo el fino acero con gestos feroces.

Puesto que el hidrógeno impedía el empleo de las armas de

fuego, el estoque de Ham era el arma más eficaz en aquellas circunstancias.

Doc aplicó el oído a una de las vigas metálicas, señalando a los demás que hiciesen lo mismo. La vibración de los cinco motores, aunque potente, no apagaba del todo el ruido de muchas pisadas que se oían en todas partes.

La tripulación se disponía a atacar a los intrusos.

Dos fornidos indígenas avanzaban por un pasadizo desde la proa.

Iban armados de «singas», arma blanca tan afilada como navaja barbera; la hoja medía casi cincuenta centímetros.

Los dos indígenas llevaban máscara contra los gases.

Con gestos feroces, expresando alegría, vieron avanzar a Doc… con las manos vacías. Los dos sabían emplear hábilmente sus «singas»…

Muchos árabes del desierto y traficantes de la región fronteriza, habían caído bajo sus golpes certeros.

Tan confiados estaban, que los dos se disputaban el honor de arremeter contra el hombre de bronce y se daban codazos en el estrecho pasadizo.

No supieron nunca bien lo que pasó. Uno de ellos llegó con el arma formidable cerca del cuello de Doc y se disponía a abrirle la yugular, pero le falló el golpe y el brazo pasó sobre el hombro de Doc.

De pronto se vio cogido como por una tenaza de acero. El «singa» voló por el aire y se clavó en la tela del dirigible, al tiempo que el brazo del indígena se fracturaba.

Mas el hombre no sufrió mucho, porque Doc le arrancó la máscara y entonces cayó desvanecido.

El segundo indígena no llegó siquiera a manejar el arma.

Hubo un movimiento rápido y también se encontró sin máscara protectora.

La sorpresa le hizo abrir la boca y al punto se derrumbó como herido por el rayo, junto a su compañero.

Doc les quitó las botas y cinturones a sus víctimas e hizo un paquete con ellos. Los túneles anulares y algunos pozos verticales que iban de la quilla a la parte superior se llenaron de nuevos

enemigos.

Avanzaban lentamente, procediendo con gran precaución, porque el dédalo de túneles, vigas, trabazones de la armazón del dirigible, no era lugar destinado a campo de batalla.

Algunos llevaban máscaras contra los gases.

Detrás de Doc, se oyó de pronto el choque del estoque de Ham con una navaja; luego sonó un grito y el que manejaba la navaja la soltó porque el estoque de Ham le había cortado los tendones del brazo.

Alguien lanzó una navaja contra Doc, quien hurtó el cuerpo, pero en vez de dejar el arma, la cogió con el paquete que había hecho con las botas.

Doc no quería que el acero se clavase en el cuerpo de sus amigos.

Otra hoja voló hacia su grupo y de nuevo la cogió de la misma manera.

—¡*Wallah*! —exclamaron los indígenas, empezando a vocear la opinión que les merecía Doc y sus cinco amigos.

Emplearon las frases expresivas en boga entre los camelleros, ternos que hubieran avergonzado a un carretero yanqui.

En cambio, no tenían gran prisa por lanzarse contra ellos. No había gas donde se hallaban.

En el fondo, muy alejado en el oscuro pasadizo, Doc vio a Yuttal.

Al parecer, el hombre se creía seguro en aquel sitio, desde el cual vociferaba alentando a los de su banda.

Dos «singas» afiladas volaron por el estrecho pasillo en dirección a Doc, quien volvió a cogerlas en el hatillo hecho con las botas y los cinturones de los indígenas, primeras víctimas de la lucha.

—¡Por vida de mi padre! —gritó uno de los tiradores de navaja —. Ese hombre es un fantasma. No hay hijo de madre que pueda moverse con tanta rapidez. ¡Es un *rub*!

—¡*Hugum*! —gritó Yuttal—. ¡A ellos! ¿Acaso sois hijos de perros que tenéis miedo de un poco de magia?

—¡Es el mismísimo diablo! —chilló uno de los indígenas.

—¡Es un espíritu! —exclamó otro.

Yuttal lanzó un sordo gruñido al ver cómo vacilaba su gente y

empezó a increparlos ásperamente.

Doc había estado esperando que la nube de gas se extendiese y alcanzase a los asaltantes, pero a causa de la corriente contraria que había en el pasillo, debido a la velocidad de la aeronave, los vapores retrocedían, en vez de avanzar.

Entonces decidió cambiar las tornas y atacar a su vez. Los indígenas, viéndolo, huyeron rápidamente escondiéndose en los cruceros y pasadizos laterales.

Yuttal se encontró de pronto solo y expuesto, que era precisamente lo que Doc quería. Yuttal era demasiado grueso para poder huir con facilidad.

Un golpe metálico y la hoja acerada resbaló en el hombro de Yuttal (Doc no había tirado a matar, sino a herir solamente), porque el criminal, muy previsor, llevaba una gruesa cota de malla debajo de la ropa.

Pero Yuttal no quiso exponerse nuevamente.

Como rata del desierto, monstruosa, echó a correr y desapareció.

Monk estaba bramando como toro enfurecido, costumbre en él cuando peleaba. Con sus enormes y macizos puños repartía golpes que rompían huesos como una trituradora.

El ataque de retaguardia cesó de pronto. Los amigos de Doc habían vencido a sus enemigos.

En aquel momento, la banda frente a Doc se animó a cargar contra él, pero Doc lanzó contra ellos otra bomba y los que no tenían máscaras protectoras huyeron despavoridos, mientras los otros se detuvieron indecisos.

Doc lanzó dos navajas en rápida sucesión. Las dos hojas se hundieron en sendas piernas, con lo que la suerte de la agresión quedó decidida.

Los atacantes se retiraron, llevándose los dos heridos.

Los indígenas encontraron a Yuttal sudando y pálido en el pozo vertical, que tenía un metro de diámetro e iba de arriba abajo, hasta la quilla, terminando en una escotilla por donde se iba a la cabina de mando.

—¡*Wallah*! —gritó Yuttal—. Sois conejos.

—No —respondieron los indígenas—. Por la barba de tu padre, nosotros somos prudentes y sabemos cuándo es hora de retroceder.

Yuttal descendió rabiando a la cabina de mando. Bajaba por la escalera con agilidad sorprendente en personaje tan grueso. Sus hombres le siguieron.

En aquel momento sobrevino la única baja de la pelea. Uno de los indígenas perdió el equilibrio y se precipitó sobre un departamento de gas.

Desgraciadamente, llevaba el «singa» en la mano y la acerada hoja cortó la red protectora y la envoltura del departamento estanco.

El desgraciado se precipitó de cabeza en el saco de gas hidrógeno, ahogándose allí antes de que sus compañeros tuviesen tiempo de salvarle.

Yuttal, cuando se enteró de la pérdida de gas, empezó a lanzar terribles invectivas contra el desgraciado, sin lamentar por un momento su triste fin.

Yuttal estaba furioso, porque el dirigible ya tenía peso excesivo debido a la presencia de Doc Savage y sus cinco amigos, y no le convenía rebajar aún más la flotabilidad de la aeronave.
Hadi-Mot
se hallaba en la cabina de mando, porque estaba dirigiendo la nave. Al ver entrar a Yuttal exclamó desdeñoso:

—Supongo que no has tenido éxito.

Yuttal se puso a refunfuñar y a echar miradas de furor a lady Nelia Sealing.

La hermosa joven, de rostro agraciado y atractivo, estaba sentada en la mesa de mapas de navegación. La única nota incongruente en ella era la fina cadena que iba del cuello a un poste.

Lady Nelia estaba contenta y lo mostraba. Le llenaba de júbilo la noticia de que Doc Savage estaba muy lejos de estar muerto como
Hadi-Mot
y Yuttal habían afirmado.

—Ustedes me mintieron —les dijo a los dos en tono triunfante —. Me dijeron que el señor Savage había muerto en la explosión de una bomba colocada en su helicóptero, pero bien sabían que no era cierto.

—No mentimos —dijo Yuttal ásperamente—. Hemos sido los

primeros sorprendidos al saber que ese tipo aún vive.

Los cuatro aviadores que habían puesto la bomba en el helicóptero de Doc Savage en Nueva York, aparecieron en aquel momento muy cabizbajos y contritos. Yuttal y
Hadi-Mot
los insultaron a cual más y ellos se limitaron a decir:

—Creíamos haberlos despachado. No sabemos cómo escaparon.

—Basta de discusiones —exclamó
Hadi-Mot
, poniendo fin al incidente—. Nos vamos acercando a nuestro destino y es preciso encontrar un modo para quitar a ese demonio de en medio. Ya nos ha causado demasiado daño.

—Y aún les causará más —interpuso lady Nelia con voz tajante —. El señor Savage les exterminará a todos y aplastará a su maldita organización.

—Mucha confianza tiene usted en ese Savage —repuso
Hadi-Mot
en tono desdeñoso, hablando en inglés—. Sin embargo, usted ni siquiera lo ha visto.

Lady Nelia se mordió el labio. Era cierto. Ella jamás había visto a Doc Savage.

Cuando se encontraron frente a frente a bordo del *Yanqui Beauty* en el puerto de Nueva York, la potente luz de su linterna eléctrica le había cegado.

Además, entonces lo había tenido por un enemigo.

—He oído lo bastante de él para saber de lo que es capaz —replicó con viveza—. Hizo una vez un gran favor a uno de mis amigos en Inglaterra y éste me dijo que si alguna vez estaba en peligro, me dirigiera a Doc Savage. Poco pensé entonces que llegara el día que le necesitase.

—Pero el día llegó —dijo
Hadi-Mot
distraídamente.

—Sí. Llegó. Y he logrado que el señor Savage tome mi causa por suya y luche contra ustedes. Supongo que se habrán dado cuenta de su existencia, ¿verdad?
Hadi-Mot

y Yuttal la miraron con ojos de furia al oírla hablar así.

De pronto apareció en el rostro de Yuttal un gesto de feroz satisfacción. Se tocó la enorme nariz y se mordió el labio.

—¡Ya lo tengo! —dijo triunfante—. Vámonos a emplear nuestro amiguito de la cesta. No hay mucha luz en los pasadizos y túneles y el bicho trabajará a gusto.

Lady Nelia, al oírlo, se puso intensamente pálida. Al mismo tiempo se dejó caer en la silla y la cadena que la sujetaba chocó contra la mesa produciendo un ruido metálico.

La joven miró horrorizada y de pronto echó atrás la cabeza para empezar a gritar con todas sus fuerzas:

—¡Savage… cuidado… prepárese…!

Yuttal le tapó la boca con la mano. La joven forcejeó desesperadamente, pero el hombre tenía más fuerzas de lo que aparentaba y tardó poco en meterle una mordaza en la boca.

Así quedó eliminada la última posibilidad de que lady Nelia pudiese advertir a Doc Savage y a sus amigos el terrible peligro que les amenazaba.

Yuttal y Hadi-Mot dieron enseguida sus órdenes y éstas fueron transmitidas hasta los más lejanos rincones del dirigible.

La mayor parte de los hombres bajaron a un departamento en la quilla donde estaban instaladas las literas.

Una vez en el departamento, cerraron las puertas, hechas de madera ligera, contra chapada. Tomaron la precaución de asegurarse de que los cerrojos quedaban bien corridos.

Otros se metieron en las góndolas de los motores y cerraron herméticamente las escotillas.

Era como si todos quisieran poner entre sí y una cosa horrenda una barrera infranqueable; al parecer se trataba de una cosa que inspiraba un terror cerval, de la que había que guardarse con el mayor cuidado.

Hadi-Mot, Yuttal, los cuatro aviadores yanquis y tres hombres más, permanecieron en la cabina de mandos.

Todos sacaron los revólveres y los inspeccionaron

minuciosamente, demostrando así que la cosa que iba a actuar de un momento a otro era tan terrible que todos preferían el riesgo de provocar el incendio del dirigible, con tal de tener algo con que defenderse contra ella.

Lady Nelia, con la mordaza aún puesta, estaba más blanca que el papel y temblaba de pies a cabeza.

Yuttal le había atado además las manos a la espalda y la joven no podía hacer nada para librarse.

Yuttal se dirigió a un cuarto que servía de almacén y regresó con el cesto de mimbre. Puso la cesta junto al túnel perpendicular de inspección que iba directamente desde el cuarto de mando a la parte superior del dirigible.

Luego se volvió con gesto intranquilo a
Hadi-Mot
, diciéndole:

—Ven aquí. Este bicho volverá sólo a tu voz. Es necesario que estés preparado.

—Bueno, bueno —convino
Hadi-Mot
acercándose.

Luego metió la cesta en el túnel y con un solo y rápido movimiento quitó la tapa dando libertad a la cosa que estaba en la cesta para que subiese por el túnel y realizase su nefasta labor.

—¡Arriba! —murmuró Yuttal, muy asustado del horror que contenía la cesta.

XII
El oasis perdido



Doc Savage y sus amigos lo pasaban tan bien después de terminarse la lucha felizmente para ellos, que casi sintieron intranquilidad.

—Algo prepararán esos criminales —murmuró Johnny—. Lo noto en los huesos.

—Mal podrías sentirlo en otra parte —exclamó Ham, siempre mordaz, contemplando el huesudo cuerpo de Johnny.

Monk se dirigió con un gruñido a Ham y luego a los otros.

—Me gustaría saber si no nos podríamos pasar sin ese picapleitos —observó desdeñosamente—. Si fuese así, lo echaría de aquí al desierto. Ya me están cansando con sus bromas pesadas.

—¡Cómo bromas! —repuso Ham—. Aquí no se necesitan bromas para reír. No tenemos más que mirar esa cara de Picio para desternillarnos de risa.

Monk se limitó a sonreír, pensando que si a Ham no se le ocurría otra réplica, mal debía andar de inteligencia.

—Parece extraño —interpuso Long Tom—. A la cuenta todos nuestros enemigos han desaparecido.

—¿Habéis oído los gritos que daba lady Nelia? —preguntó Doc.

Los cinco se le quedaron mirando sorprendidos, porque no habían oído nada.

Sólo el fino oído de Doc Savage había sido capaz de percibir desde tan gran distancia los gritos de desesperación de lady Nelia, cuando ésta quiso advertirle el peligro que implicaba la cosa nefasta que Yuttal iba a soltar.

Doc se irguió y ladeándose un poco metió el puño contra la tela de la envoltura del dirigible. La tela se rompió con un formidable chasquido.

Doc aumentó el tamaño del agujero rasgando la tela rota y sin decir nada salió al exterior.

Un viento formidable le hirió en el cuerpo. El titán de aluminio y tela sobre el que se hallaba, avanzaba con gran velocidad. El aire era muy caliente.

El sol africano caía tórrido sobre Doc. Sus cabellos se agitaban furiosamente.

A ambos lados se extendía el horizonte desértico, una vasta y ominosa extensión de dunas sin caminos ni sendas que sirviesen de guía.

Frente al dirigible se veía la silueta de una montaña no muy alta, pero muy abrupta y cerrada como si un gigante hubiese estado trabajando la tierra con un azadón.

El conjunto de la montaña era desolador; no se veía un solo arbusto.

Doc Savage contempló con ojos pensativos el conjunto del abrupto monte.

Sabía con bastante exactitud en qué parte de África se hallaba el dirigible y que aquella sierra no constaba en mapa alguno.

Sin embargo, esto era perfectamente comprensible. Aquella región de África no estaba habitada; tratábase de un desierto que no ofrecía posibilidades de vida a nadie, ni siquiera a los frugales árabes.

Tan sólo alguno que otro aviador era posible que hubiese volado por encima de región tan desolada y apartada.

Pero la gigantesca aeronave se dirigía en derechura hacia la región montañosa.

Doc avanzó hacia la proa, inclinándose para vencer la resistencia del viento.

Era difícil caminar por encima de la envoltura de tela. Un paso en falso, y Doc se hubiese precipitado indefectiblemente al vacío.

Pero Doc no perdió el tiempo. Tras haber contemplado brevemente la región, corrió velozmente hacia la proa. La inusitada quietud de la tripulación, desaparecida del interior del dirigible,

había sido para Doc un aviso, lo mismo que los gritos desesperados de lady Nelia. Algo grave se tramaba.

El *Aeromunde* había sido construido originalmente como nave de guerra y a lo largo de la parte superior estaban montadas cuatro ametralladoras cubiertas con fundas de lona y desde el interior del dirigible se tenía acceso a las mismas por sendos túneles verticales.

Uno de los cuatro túneles o pozos iba directamente a la cabina de mandos.

Doc alzó la escotilla y miró abajo.

En la desembocadura del otro lado vio la fatídica cesta de mimbres, encajada en la entrada del túnel.

Una mano manejaba el cierre de la tapadera y de pronto ésta se abrió.

Una sombra negra, repugnante, subió por el túnel.

La sombra horrorosa se elevaba con increíble rapidez. Era como si fuese un gran trozo de tela negra, viva, de la que alguien tirara mediante una cuerda.

Por falta de luz no era posible ver exactamente de lo que se trataba.

Doc no llevaba armas de fuego. Abundaba en la idea de que el hombre que llevaba revólver llegaba a confiar demasiado en el arma y, por lo tanto, se encontraría desamparado si no lo tenía.

Si bien las cuatro ametralladoras estaban con los tambores de metralla puestos para su inmediato funcionamiento, se necesitaba tiempo para quitar la lona, sacarlas de su sitio y apuntar con ellas túnel abajo.

No había tiempo para ello, puesto que sólo se trataba de segundos.

Por otra parte, era peligroso manejar armas de fuego en aquellas circunstancias, porque todavía había mucho hidrógeno en los pasadizos y túneles a causa del destrozo causado en un departamento de gas cuando el infortunado indígena se cayó a él con el «singa» abierto.

Una chispa bastaría para destruir todo el dirigible.

Doc se metió la mano en el bolsillo y sacó varias ampollas de cristal con vapores anestésicos concentrados.

Éstos, aunque producían efectos semejantes a las bombas de

Monk, no eran tan potentes. Además, el anestésico se inutilizaba al cabo de un minuto, mientras que el gas de Monk retenía su fuerza hasta que el aire dispersaba totalmente los vapores.

Doc llevaba algunas bombas de Monk en el bolsillo, pero por razones especiales se valió de las ampollas.

Lanzó las que tenía túnel abajo, pero de tal modo que se rompían en los travesaños metálicos. La sombra negra que subía aleteando fuertemente entró por fin en la nube de vapores anestésicos y… ¡continuó subiendo!

Al parecer, el gas no le producía ningún efecto.

Más ¡no! La sombra se detuvo, se retorció aumentando el horror de su aspecto, y de pronto se precipitó túnel abajo hacia el sitio por el que había salido, cayendo dentro de la cesta que seguía abierta.

A causa de la fuerza del golpe, el hombre que sostenía la cesta se cayó también.

Enseguida subieron por el túnel gritos de terror. Los de abajo creyeron que el monstruo se había revuelto contra ellos, porque ignoraban que Doc lo había vencido dejándolo sin sentido.

Rápidamente alejaron la cesta de mimbres con el monstruo, de la boca del túnel.

Con ademán decidido tiró Doc más ampollas de anestésico por el túnel, que llegaron casi todas a la cabina de mando en cuyo suelo se estrellaron, inundando la cabina con sus vapores.

Los gritos se apagaron como por encanto. Doc aguardó un minuto, siempre atento al ruido de los motores, y notó que ya no era tan fuerte; al parecer, habían aminorado la marcha.

Al terminar el minuto de espera y seguro ya de que el anestésico se había evaporado por completo, Doc bajó por el túnel velozmente y poco después se halló en la cabina de mando.

Lady Nelia se hallaba echada sobre la mesa, inconsciente a causa de los efectos del anestésico, lo mismo que Yuttal,
Hadi-Mot
y los cuatro aviadores, que yacían en el suelo en posiciones grotescas.

La cesta de mimbres no se veía por ninguna parte, pero la puerta exterior de la cabina estaba abierta.

Doc se acercó a una ventana y miró hacia abajo.

Así vio en las cálidas arenas del desierto una mancha que iba quedándose atrás. Doc se apoderó de unos prismáticos que veía colgados de un clavo y los enfocó sobre la mancha.

¡Era la cesta de mimbres! Los bandidos, asustados, se habían librado del monstruo fantástico lanzándolo al espacio. La cesta y su contenido, se habían medio enterrado en las arenas del desierto. Era imposible saber en qué consistió el horror que tanto espantaba a todos.

El *Aeromunde* avanzada por la tórrida atmósfera como vehículo de los vivos muertos. Nadie se movía en el interior de la aeronave.

Sólo se percibía la cadencia rítmica aminorada de sus cinco motores.

La tripulación aún seguía encerrada en sus departamentos, ignorando que la cesta de mimbres había sido lanzada por la borda, y en caso de haberse dado cuenta, ignoraba que el monstruo estaba dentro al ser lanzada la cesta.

Doc contempló el cuadro de control del dirigible, fijándose sobre todo en los tubos indicadores de combustible, del lastre y de la provisión de hidrógeno.

Combustible quedaba ya muy poco; lo mismo pasaba con el lastre disponible; los departamentos de hidrógeno, gracias a los cuales flotaba la gigantesca nave, acusaban falta de gas; uno de ellos estaba totalmente vacío.

Doc había confiado poder apoderarse con sus amigos del mando de la nave y regresar a las regiones civilizadas.

Pero en vista de la falta de todo, era imposible intentarlo siquiera; el dirigible no podía continuar volando más allá de dos horas.

La cadena que sujetaba a lady Nelia estaba provista de candado y Doc lo atacó con una de las horquillas del cabello de la joven. Tardó poco en abrirlo.

Echándosela con cuidado sobre el hombro, Doc subió su carga por el túnel de inspección, dejando a los criminales en la cabina sin hacerles nada.

Tenía para ello motivos especiales. Aquéllos volverían pronto en sí, a tiempo para cuidar del aterrizaje del dirigible.

La meta del vuelo, la madriguera de la banda, debía de estar

cerca y Doc quería que el gigante de los aires llegase a su destino.

Le interesaba en grado sumo descubrir el misterio de la organización.

Era muy suyo ese atrevimiento de dejarse llevar con sus amigos a la misma madriguera del lobo; pero Doc sabía muy bien lo que hacía y, sobre todo, carecía en absoluto de miedo y estaba preparado para todas las eventualidades.

Los amigos de Doc saludaron su regreso con muestras de satisfacción y con miradas de sorpresa al ver a lady Nelia sin conocimiento.

Lo acribillaron a preguntas, pero Doc no se inmutó; contestó rápida y lacónicamente a todo.

Mientras Doc administraba a lady Nelia un antitóxico para que recobrase antes el sentido, los amigos de Doc salieron por el agujero practicado por éste, para contemplar la desolada región a la que se dirigía la nave.

El panorama que se ofrecía a su visita era desolador. El *Aeromunde* volaba por encima de una región montañosa baja, muy abrupta. Los picos, cerros y colinas formaban anchos círculos concéntricos y en uno de estos círculos había un oasis.

¡El oasis perdido! Era un oasis del que ninguna noticia de su existencia había llegado al mundo.

Una vasta mancha verdosa, tan densa y exuberante que los cinco amigos de Doc la estudiaron enseguida con los prismáticos. De este modo vieron una selva virgen como raras veces habían visto en su vida. Los árboles tropicales crecían tan juntos que formaban al parecer un solo tronco.

Lianas y otras plantas trepadoras convertían el conjunto en un tapiz impenetrable, pero aún así se veían perfectamente las orquídeas y otras flores raras, de pétalos policromos entre la masa de verdor.

A pesar de la exuberancia de la selva virgen, a pesar del colosal contraste con el desierto que rodeaba el oasis, tenía éste, sin embargo, un aspecto siniestro y malsano.

Era como si se tratase de un monstruo verdoso y horrendo que yaciera allí en medio de las tórridas arenas azotadas por el viento.

Sobre el oasis volaban extraños puntos negros. Johnny, después

de estudiarlos con los gemelos, exclamó:

—Esos bichos son las llamadas gallinas de Faraón.

—¿Qué dices? —gruñó Monk.

—Son buitres, en realidad —explicó Johnny—. Pero a esa especie la llaman gallinas de Faraón.

Los demás se estremecieron. Impresionaba el saber que sobre el verdeante oasis volaban aves de carroña.

—¡Oye! Esos buitres se comportan de modo extraño —dijo Ham al cabo de un rato—. ¡Fijaos bien! Están dando vueltas y más vueltas, pero no bajan. Parece como si tuviesen miedo a la vegetación.

—Lo que me llama la atención —dijo Renny— es que no haya otros pájaros. Sólo se ven buitres.

—¡Fijaos! —exclamó Monk—; no tienen miedo. Allí baja uno. ¿Lo veis?

Los cinco miraron con gran atención y fueron espectadores de una cosa tan curiosa y extraña como horrible.

El ave negra de carroña se posó rápidamente sobre la vegetación. Al parecer, cogió comida con el pico y trató de volver a elevar el vuelo.

Sus feas alas negras batieron el aire locamente sin conseguir volar.

La planta, un arbusto muy verdoso, sobre el que se había posado, lo sujetaba al parecer fuertemente.

Así era, en efecto. La planta iba cerrando sus hojas tentáculos envolviendo al ave.

—¡Válgame Cristo! —exclamó Renny.

De los cinco, el menos sorprendido pareció Johnny. Sólo Doc Savage le superaba en conocimientos botánicos.

—Se trata de una planta carnívora —explicó Johnny—. Crecen en regiones tropicales pantanosas y devoran insectos y animales pequeños que se ponen en contacto con sus hojas. Así comen y viven.

—Pues ese buitre no era un animal pequeño, precisamente — opuso Monk.

—Ya, ya —admitió Johnny un poco a desgana—. Las cualidades carnívoras de esas plantas deben de estar más desarrolladas que en

las comúnmente conocidas.

Ham señaló con su bastón estoque, diciendo:

—Ese parece nuestro destino.

El lugar que señalaba Ham era una extensión de terreno rocoso, más alto que la selva que lo rodeaba. En la extensión rocosa se veía una profunda hendidura, sobre la que volaba el dirigible.

Las paredes eran casi perpendiculares y alcanzaban una altura de tres a cuatrocientos pies.

—¡Hola, hola! —gritó Monk—. ¿Veis lo que veo yo?

—¿Ese hangar natural? Claro que lo vemos.

El risco del borde de la hendidura formaba en una parte, una especie de cobertizo natural, donde se habían construido con enormes troncos dos mástiles de amarre, para la popa y la proa del dirigible.

En el fondo de la ancha hendidura aparecían muchos grupos de hombres.

Eran los encargados de ayudar al aterrizaje del *Aeromunde*.

Fue Renny el que llamó la atención de sus compañeros sobre el descubrimiento más inquietante que acababa de hacer.

Todos miraron en la dirección que les señalaba.

Tratábase de una empalizada rectangular, construida de altos postes, tan juntos que no quedaba espacio entre ellos para que pasara una persona.

En un punto había una puerta muy grande. Y todos los postes tenían puntas agudas.

Dentro de la empalizada se veía un gran número de seres humanos, hombres esqueléticos, enfermos.

Muchos parecían a punto de caer muertos en el sitio en que estaban.

Iban todos en grupos de diez, encadenados por el cuello.

Mas el triste espectáculo de aquellos desgraciados esclavos quedó atrás al avanzar el dirigible en dirección al hangar.

Al mismo tiempo de avanzar bajaba la aeronave. Una suave brisa entre paredes roqueñas significaba el aterrizaje, eliminando la amenaza de las corrientes contrarias.

Mientras el colosal cigarro de aluminio se hallaba sobre el extremo norte de la hendidura, Doc hizo otro descubrimiento: había

allí otra hendidura profunda, una especie de pozo monstruoso, incluido en la empalizada.

Sendas peligrosas y abruptas bajaban al fondo y por ellas se veían transitar esclavos encadenados.

Poco después, al cruzar por encima del pozo, vieron también esclavos trabajando en el oscuro fondo.

En derredor del pozo gigantesco había montones de tierra azulada, greda al parecer, greda azul con leve tinte de verde.

—Ahora ya conocemos el misterio de los esclavos —declaró Ham con gesto duro—. Son los pobres diablos que trabajan la mina.

—Sí, la mina de diamantes —repuso Monk, opinando por primera vez igual que Ham—. La greda azul significa existencia de diamantes. De allí debieron salir los que llevaba lady Nelia.

La observación de Ham les recordó que habían dejado a lady Nelia con Doc Savage.

—A propósito de lady Nelia —exclamó Ham—, vamos a ver si Doc ha podido hacerla volver en sí.

—Más interesante aún es pensar en lo que nos conviene hacer —afirmó Monk—. Nos hallamos en una situación bastante apurada.

Los cinco volvieron a meterse dentro del dirigible. Lady Nelia había vuelto en sí.

Al ver a los cinco hombres, les saludó con sonrisa, débil, pero llena de entereza.

XIII
Esclavos del terror



Doc Savage, a pesar del terrible peligro en que se hallaban, puesto que sólo eran seis contra muchos, hizo las presentaciones como si estuviesen en un salón.

El hecho de que aquellos hombres se mostrasen tan serenos, tranquilizó aún más a lady Nelia, que de por sí era ya muy valiente.

Al serle presentado Renny, le dijo:

—Lástima que no supiésemos que éramos aliados cuando me llevó usted desde el puerto al Hotel Rex.

El rostro de Renny, generalmente solemne y grave, se torció en cordial sonrisa.

Le gustaba aquella mujer joven, porque poseía un valor poco común entre los miembros del sexo débil.

—Tendremos que dejar para más tarde que nos cuente lady Nelia su historia —observó Doc.

Dicho lo cual, volvió a encaramarse sobre la envoltura del dirigible para reconocer la situación. El dirigible apenas se movía. El aterrizaje era muy difícil, porque era preciso evitar que la gigantesca nave rozase contra las rocas y se rasgase la envoltura son probabilidad de reparación.

Alguien, al ver a Doc en lo alto del *zeppelin*, le disparó un tiro.

Seguramente Yuttal o

Hadi-Mot

debieron lanzar una nota a sus hombres, explicando la situación.

La bala pasó rozando el cuerpo de Doc y se perdió en el espacio.

El tiro lo había disparado alguien que estaba junto a la formidable empalizada donde estaban los esclavos encadenados.

El gigante bronceado se volvió a meter en el casco del dirigible antes de que pudiesen disparar por segunda vez. Ya había visto bastante.

—Escuchad nuestro plan de acción —dijo a sus cinco amigos.

Doc habló con voz rápida, concisa y clara. Al terminar, nadie le dirigió ninguna pregunta, porque sus instrucciones no necesitaban explicación alguna.

Long Tom se apoderó de su equipo eléctrico, lo abrió y empezó a sacar las cosas necesarias para cumplir las órdenes de Doc.

Los otros cuatro se repartieron por el pasadizo, cuchillo en mano.

—No se separe usted de mí, lady Nelia —le advirtió Doc.

La joven asintió, sin dejar de mirar a su salvador. Le había estado mirando sin cesar desde que recuperó el conocimiento, apartando la vista tan sólo cuando creía que el gigante se daba cuenta de la insistencia de su admiración.

La fascinaba la fortaleza de Doc, sus maneras seguras y serenas frente al peligro.

Long Tom se levantó de su tarea, diciendo:

—¡Ya está!

Había hecho rápidamente un potentísimo inductor, cuyos bornes de entrada había conectado con la instalación eléctrica de los reflectores montados sobre las ametralladoras.

Uno de los alambres de salida del inductor lo había fijado en el armazón metálico del dirigible.

El otro borde de salida lo fijó Long Tom a un alambre cubierto muy largo, al otro extremo del cual había puesto parte de una de las ametralladoras para que actuase de peso.

Luego esperaron. De los seis, Doc y Johnny comprendían el idioma de sus enemigos.

Renny había tenido una vez un empleo de ingeniero a orillas del Nilo y tenía también algunos conocimientos del idioma egipcio.

Estaban esperando cierta orden por parte de los de abajo.

El dirigible se hallaba ya muy cerca de tierra y pronto los cables de amarre estarían al alcance de los hombres de tierra.

Por fin sonó la orden:

—*Shidd! Shidd! Ishtaghal ya walad*!

«¡Tirad! ¡Tirad! ¡Tirad fuerte, muchachos!».

Los cables de amarre, de metal todos, estaban en manos de los de tierra que tenían orden de tirar con todas las fuerzas para poder amarrar el dirigible en los postes.

—¡Ahora! —dijo Doc a Long Tom.

El mago de la electricidad dejó caer el peso con el alambre a tierra.

De este modo la corriente del potente inductor formaría un circuito a través del alambre, la tierra, el armazón del dirigible, los cables metálicos de amarre y los hombres que los sostenían.

Long Tom manejó el interruptor. El inductor empezó a vibrar.

Corrientes invisibles entraron en el circuito, no tan fuertes para causar la muerte, pero sí para dar a los hombres una sacudida seria.

En efecto, una salva de gritos de sorpresa y de dolor surgió entre los indígenas que sostenían los cables metálicos.

El *Aeromunde*, libre ya, bajó lentamente. Long Tom cerró la corriente.

Los gritos de los indígenas habían sido señal para los demás amigos de Doc para poner manos a la obra. Empezaron a manejar furiosamente las navajas, rasgando la cubierta de los depósitos de hidrógeno.

Llevaban máscaras contra los gases para no asfixiarse.

El dirigible empezó a bajar con mayor velocidad aún que antes, faltándole flotabilidad.

Yuttal y
Hadi-Mot
manejaron en la cabina de mando furiosamente los controles de lastre, pero ya no quedaba bastante a bordo para contrarrestar los destrozos causados por los hombres de Doc.

Por fin se asentó el dirigible sobre el suelo arenoso, estremeciéndose la aeronave con un choque tremendo.

Doc había rodeado a lady Nelia con el brazo para que no cayera entre los cables y estribos metálicos del dirigible.

El *Aeromunde* quedó al fin echado sobre la tierra como animal mortalmente herido, aunque en realidad no había sufrido grandes

averías.

Hasta los destrozos de los departamentos de gas hidrógeno eran fácilmente reparables. Y sin duda, en el hangar del extraño oasis perdido habría una buena provisión de hidrógeno para todas las eventualidades.

Doc Savage sacó su cuerda de seda con el garfio automático en un extremo.

Rápidamente bajaron sus amigos por la cuerda, por los abultados flancos del dirigible, llevándose consigo las grandes mochilas.

Doc había de ser el último en bajar. Dudando que lady Nelia supiese hacerlo sin ayuda y temiendo que se lastimase las delicadas manos en la fina cuerda, la tomó en brazos y descendió con ella.

Al llegar al suelo, encontró a sus hombres ocupados en lanzar bombas de gas contra la tripulación de la aeronave.

Nadie se atrevió a disparar un tiro debido a la ruptura de varios departamentos de hidrógeno.

—Vámonos de aquí —exclamó Doc, con su poderosa voz.

Los siete retrocedieron, corriendo en dirección tal, que el mismo dirigible les servía de protección contra los indígenas que habían de efectuar el amarraje, que aún no habían podido alcanzar el dirigible, porque éstos no podían disparar sin temor a que estallase el hidrógeno arruinando la nave.

—Más vale dejar unas cuantas bombas por el camino —avisó Doc.

Doc sacó una granada de gas y le ajustó la espoleta: después la lanzó a distancia por el camino que habían recorrido.

—Poned la espoleta para que estallen en tres o cuatro minutos.

Las granadas iban provistas de un finísimo mecanismo, mediante el cual se podía retrasar la explosión en varios minutos.

Estallarían antes de llegar junto a ellas. De este modo la brisa no dispersaría los vapores antes de que surtiesen efecto.

Los indígenas doblaron la popa de la gigantesca nave y algunos se encontraron enseguida con la barrera de vapores puesta por Doc y sus fieles.

Naturalmente cayeron como heridos por el rayo. Otros, reteniendo el aliento, atravesaron la cortina y empezaron a disparar

sus rifles automáticos.

Las balas silbaban tras los fugitivos, describiendo profundos surcos en la arena y arrancando trozos de rocas.

Doc dirigió la retirada hacia la derecha. No se le ocurrió contestar al fuego.

Él y sus hombres eran luchadores expertos y sabían cuando convenía retirarse ante fuerzas superiores en número.

Enormes bloques de roca y grandes masas de piedras, caídas desde el risco, ofrecieron refugio a los siete.

Por eso avanzaron entre ellos y salieron de la colosal hendidura.

—No se les ocurra meterse en la selva —aconsejó lady Nelia—. Es imposible escapar por allí.

—No pensamos en escaparnos —dijo riendo Monk—. Sólo buscamos un sitio desde donde podamos rechazar cualquier ataque.

Por fin llegaron al extremo de la hendidura y subieron al monte bajo que aquélla cortaba en dos.

Como era fácil caminar por aquel lugar, los siete avanzaron rápidamente.

Después de cruzar una zona relativamente lisa, llegaron a un grupo de rocas que formaban en aquel terreno una especie de fortaleza natural.

—Vamos a instalarnos aquí por el momento —dijo Doc—. Long Tom, saca un rollo de alambre fino, cubierto.

Long Tom abrió su mochila y sacó lo que Doc le había pedido.

Con extrema rapidez Doc rodeó el grupo de rocas con el alambre fino empleando unos cien metros, que ésta era la extensión circular del grupo de rocas, y llevó los dos extremos al refugio hecho en el centro.

La persecución parecía haberse terminado por el momento, sin duda a causa de la barrera de gas extendida en el camino.

Los dos extremos del alambre los unió Doc al aparato de válvulas, que actuaban como los aparatos de radio antiguos que producían un silbido cuando se acercaba la mano.

En este caso, si alguien se acercaba al alambre que rodeaba el refugio, el silbido lo produciría un pequeño altavoz con que contaba el equipo de Long Tom.

—Nos vendrá bien para cuando sea oscuro —explicó Doc—. Así

sabremos si alguien se acerca con la intención de lanzar alguna bomba.

Las miradas de todos se dirigieron al cielo. El sol acercábase al horizonte, aunque todavía era cegadora su luz y tórridos sus rayos.

En silencio empezaron a trabajar, para aumentar la resistencia de la improvisada fortaleza, para construir con piedras mejor protección contra las balas.

Hacía mucho calor, tanto que nadie sudaba a pesar del esfuerzo físico que estaban realizando; la falta de sudor podía atribuirse también al hecho que ninguno de los siete hombres había comido ni bebido durante el día.

Y en aquel sitio no era posible encontrar agua.

En el término de diez minutos terminaron la construcción de una defensa regular. De vez en cuando se oía algún tiro y alguna bala rebotaba en la roca.

Doc y sus hombres no contestaron al fuego enemigo. Sabían que por el momento no habría ningún ataque serio.

—Creo que tenemos tiempo para escuchar la historia de usted, señorita —dijo Doc a lady Nelia.

Cada vez resultaba más claro que lady Nelia Sealing era una joven con energía tan inusitada, como poco común era su belleza. Se sentó al abrigo de una roca cóncava y empezó a hablar con tanta calma, a como sí se hallara en un salón de Londres.

Claramente descollaban las cualidades que la habían convertido en primera aviadora de Inglaterra.

—Yuttal y
Hadi-Mot
son socios desde hace muchos años —empezó diciendo—. Hace unos quince años se dedicaban al tráfico de marfil y de esclavos en esta parte de África. Como el tráfico de esclavos está prohibido, los dos se veían constantemente perseguidos y de haberlos podido coger, hubieran pasado el resto de sus vidas en presidio.

»Todo esto lo he sabido mientras fui prisionera de ellos. El hecho de haberse convertido francamente en hombres fuera de la Ley, les hizo buscar refugio en distritos remotos, hasta que sus criminales andanzas llegaron a este oasis.

»La selva virgen que lo rodea resulta impenetrable a causa de la

presencia de plantas carnívoras de enorme tamaño, lo mismo que por los arbustos y árboles de espinas ponzoñosas. No existe vida animal alguna en la selva… —Lady Nelia miró hacia arriba con un estremecimiento—. Nada, excepto los buitres y las serpientes venenosas, que viven de los cuerpos de que se alimentan también los buitres.

»Explorando el borde del oasis, Yuttal y su cómplice vieron que algunos buitres llevaban objetos brillantes en el afilado pico. Estos objetos brillantes resultaron ser diamantes. Los pajarracos, igual que los cuervos, eran al parecer atraídos por el brillo.

En este momento interrumpió el relato un silbido agudo producido por el altavoz de la alarma. Uno o más asediadores se acercaban al refugio.

Doc cogió la pequeña ametralladora de Renny, un arma poderosa y rápida, y empezó a escudriñar el terreno.

No tardó mucho en descubrir una pierna que salía tras de una roca.

Enseguida empezó a disparar, con gran rapidez. Con horribles gritos de dolor, el indígena se retiró arrastrándose, pues las balas le habían destrozado la pierna.

Doc se mantuvo alerta por si se repetía el ataque.

El silbido de alarma cesó de producirse. El enemigo se había alejado.

Lady Nelia continuó su relato. Trató de hablar como si nada hubiese pasado, pero no lo logró.

—Durante un año o dos, Yuttal y
Hadi-Mot
acamparon en el borde de la impenetrable selva, matando a tiros a todos los buitres que creían llevaban diamantes. Así recogieron una fortuna considerable.

»Pero la maldita codicia les pedía más. Querían llegar al sitio donde los buitres sacaban las gemas. Se procuraron un avión y volaron por encima del oasis. Así descubrieron la tierra que produce los diamantes. Sabían que allí había una fortuna fabulosa. El suelo parecía cuajado de piedras.

»No había sitio donde aterrizar con el avión. Ahora lo hay porque han desbrozado el terreno de las piedras y rocas que había

en la hendidura rocosa.

»En vista de la imposibilidad de llegar con un avión al centro del oasis, pensaron en otro plan.

»Tomaron a su servicio una banda de criminales, a la que pagaron bien con la fortuna ya recogida. Estos criminales se introdujeron a bordo del *Aeromunde* y se apoderaron de la nave. Echaron a la oficialidad al Mediterráneo para desembarazarse de la misma. Como ustedes recordarán seguramente, el cuerpo del comandante del dirigible fue encontrado hace años. Debió de soltarse el peso que retenía el cadáver al fondo del mar».

Todos observaban en aquel momento que el sol se ponía, descendiendo al parecer con mayor velocidad en el horizonte vespertino.

Es esto una particularidad de los trópicos.

—La tripulación del *Aeromunde* fue hecha prisionera —continuó lady Nelia con leve estremecimiento—, y obligada a trabajar en las minas. Después aprisionaron a más gente, sobre todo indígenas, y los trajeron aquí sometiéndolos a horrible esclavitud. Yuttal tiene una organización en El Cairo que le sigue proveyendo con nuevas víctimas. Hay que tener en cuenta que la mortalidad entre esclavos es grande, a causa del clima, que es fatal para los que tienen que trabajar en sus condiciones.

»Toda la organización y la explotación de la mina ha permanecido secreta, porque Yuttal y
Hadi-Mot
, a los que la Ley busca, se han cuidado de que nada se divulgase. Traen las provisiones y todo lo que necesitan en el dirigible. La tripulación de éste sigue aquí y está obligada, so pena de muerte, a atender la aeronave. Además son instructores obligados de los hombres de Yuttal para que éstos puedan manejarlo sin su necesidad».

—¿Y qué tiene usted que ver con toda esa organización criminal? —preguntó Doc Savage.

—Yo estaba efectuando un vuelo de Londres a El Cairo y mi aeroplano sufrió una avería en el motor. Aterricé aquí y enseguida me vi hecha prisionera.

»No me hicieron daño alguno —continuó lady Nelia,

estremeciéndose con violencia— porque Yuttal tiene la loca idea de que con el tiempo me casaré con él voluntariamente.

Lady Nelia se echó a reír.

—Pero le engañé. Encontré ayuda en Red y Julio Fourmalier. Entre los tres construimos secretamente un globo que llenamos con el hidrógeno que guardan aquí en grandes cantidades. En un momento oportuno subimos con el globo y el viento nos arrastró, alejándonos del terrible oasis.

El tiroteo iba en aumento y Doc rogó a lady Nelia que interrumpiera su relato por unos momentos. Enseguida empezaron a disparar a su vez.

Todos eran tiradores con excelente puntería y apuntando a sus enemigos a los brazos y piernas, pronto los pusieron en fuga, retirándose con sus heridos.

—Logramos cruzar el desierto felizmente —continuó lady Nelia —, pero Yuttal y
Hadi-Mot
nos siguieron.

—¿Llevaba usted algunos diamantes de él? —preguntó Doc.

—No eran de Yuttal. Los diamantes que nos llevamos los habíamos buscado Red, Julio y yo a escondidas. El motivo de la persecución no eran diamantes, sino otra cosa. Querían matarnos para que no pudiésemos hablar.

—¿Llevaba usted algunos diamantes de valor en el *Yanki Beauty* con destino a Nueva York?

—Nuestros perseguidores se enteraron de que íbamos a bordo de dicho vapor y trataron de alcanzarnos, pero afortunadamente tuvimos niebla durante todo el viaje, de modo que no pudieron dar con el *Yanki Beauty*.

Mientras lady Nelia iba hablando, sobrevino de pronto la noche, sorprendiendo a todos, porque estaban pendientes del relato de la hermosa joven.

—Sabíamos que Yuttal y
Hadi-Mot
no se detendrían ante nada para exterminarnos —continuó lady Nelia a pesar de la oscuridad—. Decidimos no buscar la ayuda de la Ley. Aunque hubiesen creído nuestro relato, las autoridades no

habrían podido protegernos contra hombres tan astutos como Yuttal y
Hadi-Mot
. Seguramente la justicia jamás hubiese encontrado a los criminales. Esta parte de África es tan remota y desconocida que casi forma un mundo aparte.

—Entonces decidió ponerse en comunicación conmigo, ¿verdad? —preguntó Doc.

—Sí. Había oído hablar de usted. Le buscamos por medio de la radio. El resto ya lo conoce usted. No hubo modo de encontrarle. Entre los tres dedicamos un número de diamantes suficientes para poder hacer el ofrecimiento que hicimos. Comprenda, los diamantes poco significaban para nosotros. Porque, de encontrarle, sabíamos que había mucho más.

Lady Nelia alzó la voz.

—¡Diamantes! Yuttal y
Hadi-Mot
tienen tales cantidades de diamantes que podrían apalearlos. Desde hace años los van vendiendo poco a poco, en pequeñas cantidades, para no hundir el mercado diamantero y precipitar la caída de los precios.

—¡Válgame Dios! —murmuró Renny, impresionado por las palabras de la joven y la magnitud de la intriga en que se veían envueltos—. Cuando oí lo del premio de un millón de dólares, creí que era la cosa más fantástica del mundo. Y ahora resulta que no tiene importancia.

—Bueno, confío en que la cosa no sea demasiado grande para que nosotros podamos manejarla —observó Monk sonriente. Monk se levantó y asomó la cabeza y hombros por encima de la defensa de piedras. Como era de noche y nada se veía, no temió que le pudiesen tirotear.

Ham se levantó también, pero con mucho cuidado, y pasó con movimiento rápido el bastón estoque sobre la cabeza de Monk, produciendo un silbido semejante al paso de una bala.

Monk, al darse cuenta, se agachó rápidamente, mas al descubrir al autor de la broma, echó un bramido. Ham se escapó, perseguido por Monk. Lady Nelia, al verlo, se echó a reír, diciendo:

—A esos dos la situación les preocupa poco cuando aún tienen ganas de bromear.

—No tienen bastante inteligencia para preocuparse —repuso Renny, riendo entre dientes.

Lo cual era una exageración, puesto que tanto Ham como Monk eran lumbreras en el campo de la jurisprudencia y el de química, respectivamente.

Johnny estaba atándose las gafas con un bramante a la cabeza, una precaución para no perderlas durante la lucha en la oscuridad.

—Demasiada quietud hay para que me tranquilice —murmuró —. ¿No podría ser que el aparato de alarma de Long Tom no funcione?

Apenas lo había dicho, sus sospechas quedaron confirmadas.

Se percibía un ruido extraño, como batir de muchas alas plumosas.

El ruido venía del cielo y de todas las direcciones a la vez.

Lady Nelia dio un grito de angustia.

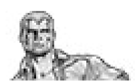
Contra el firmamento estrellado —la luna aún no había salido— aparecieron extraños y horribles pájaros. Parecían hatillos de ropa vieja mal atados que se abrían y cerraban en el aire.

Todos los pajarracos iban en dirección al refugio rocoso donde estaba Doc con sus amigos y lady Nelia.

Monk y Ham gritaron al mismo tiempo:

—¡Cuidado! ¡Han soltado esos infernales bichos sobre nosotros!

XIV
El asedio



No hubo tiempo para ponerse las máscaras protectoras a fin de poder emplear las bombas de gas.

Doc se dirigió como el rayo a los aparatos eléctricos de Long Tom y sacó la linterna infrarroja y el paquete de las gafas fluoroscópicas.

—¡Poneos las gafas! —dijo a la vez que se ponía las suyas y encendía la linterna. La luz invisible surgió justamente a tiempo.

A su luz y gracias a las gafas, los seis vieron a uno de los pájaros a cuatro metros de altura. El extraño efecto de la luz aumentó el horror del aspecto de las aves.

La ametralladora de Doc empezó a vomitar fuego. Las balas se sucedían con increíble rapidez, casi parecían formar un hilo compacto.

El efecto fue terrible, porque el ave quedó materialmente partida por la mitad. Enseguida vio bajar a otro pájaro y también lo partió en dos.

Sus hombres habían tardado un poco más en ajustarse las gafas y entrar en acción, mas al fin se unió el ruido de sus ametralladoras al de la de Doc, formando una extraña sinfonía metálica.

Pero no pudieron con las terribles aves, porque se cernían a centenares sobre ellos y resultó una tarea desesperada tenerlas a raya.

Sin dejar de disparar, Doc se puso con la izquierda la máscara contra los gases, pero al darse cuenta de que no había ninguna para

lady Nelia, se dispuso a ofrecerle la suya.

Se detuvo sin embargo, al ver que Monk y Ham, con fingida fiereza los dos echaron a cara o cruz una moneda para decidir quién de ellos había de ceder su máscara, todo esto sin dejar de disparar contra las terribles aves.

Cuando todos, menos Ham, llevaban las máscaras, empezaron a lanzar sus bombas de gases, Monk, para burlarse aún más del pobre Ham, dejó caer uno de los huevos metálicos delante de él. Ham lo recogió y le dio con él un tremendo golpe a Monk antes de caer desvanecido por los gases.

Los terribles pájaros iban cayendo rápidamente al sentir los efectos de los gases. Al cabo de tres minutos la lluvia de pájaros terminó.

Sobrevino el silencio.

Monk recogió uno de los pájaros para examinarlo. El grito de sorpresa que dio, fue tan fuerte, que se le desprendió la parte esencial de la máscara, la boquilla que se tiene entre dientes.

Su rostro adquirió un gesto vacuo y lentamente el gran Monk, víctima también de los gases cayó.

Renny dio un puntapié al bicho que Monk había estado examinando y empezó a hablar el lenguaje de las manos.

—¡Murciélagos vampiros! —dijo.

Quince minutos más tarde, cuando la brisa hubo despejado el ambiente, lady Nelia Sealing, se quitó la máscara para exclamar:

—¡Qué horror! —Luego añadió con un estremecimiento—: Son murciélagos vampiros corrientes; sólo que son venenosos y muy grandes.
Hadi-Mot
es el que se encarga de ellos; les ha enseñado acudir con leves silbidos. Siempre lo hace largo rato antes de darles de comer. Los ha amaestrado criminalmente.

Doc había estado examinando uno de los murciélagos y se irguió al terminar, diciendo:

—Creí que las uñas estarían envenenadas artificialmente, pero veo que no es así. Parecen ponzoñosas por naturaleza. ¿Tiene usted idea de dónde puedan proceder estos murciélagos?

—Creo que de alguna tribu salvaje del interior desconocido del

África —repuso la joven—. Los magos de una tribu los criaron durante generaciones. Los empleaban para asesinar a los salvajes, sobre los que habían pronunciado su hechizo. Así cuando menos lo afirmó
Hadi-Mot
. Él y Yuttal vivieron un tiempo entre esa tribu cuando se dedicaban al tráfico de esclavos.

—Parece posible la explicación —dijo Doc—. Esos murciélagos tienen sed de sangre por naturaleza a todo bicho viviente. Es posible que esos magos hayan desarrollado lo ponzoñoso de estos murciélagos mediante una alimentación o un cruce adecuados. No estoy muy seguro de todos modos.

Los auxilios que prestó Doc a Monk y a Ham, hicieron a éstos volver pronto en sí, dando a Ham la oportunidad de reírse de Monk, quien escuchó sus bromas en silencio.

—Yuttal y
Hadi-Mot
tienen los murciélagos destinados para exterminar a cualquier esclavo que quiera o logre escaparse —dijo lady Nelia—. De modo que si el desgraciado que intente huir de aquí no muere en la infernal selva virgen, los murciélagos acaban con él.

La joven se estremeció y buscó a Doc en la oscuridad. Ostensiblemente lo hizo para lograr la protección que podía ofrecer el gigante de bronce.

Nadie se atrevió a dormir. De cuando en cuando se oían gritos lejanos, seguramente órdenes de los jefes de los criminales.

Pero no se podía hacer otra cosa que esperar.

Cosa de dos horas más tarde, la espera terminó cuando un débil silbido del aparato de alarma interrumpió el grave silencio.

—Vamos a ver con lo que saldrán ahora —murmuró Long Tom.

Al mismo tiempo encendió la linterna de rayos infrarrojos y la dirigió en torno. La sobrenatural luz se posó en un extraño artefacto, una especie de carro rústico sobre el que había varias botellas de acero con hidrógeno, sólidamente atadas.

—¿Qué demonios es ese artefacto? —exclamó Renny.

Al punto recibió la contestación. Vio que los indígenas abrieron las válvulas de las botellas de hidrógeno mediante largos alambres y

al salir el gas estruendosamente, de detrás de la plancha protectora, encendieron el gas.

Llamas furiosas y potentes de varios metros de extensión lanzaron una ola de intenso calor hacia donde estaba Doc Savage y los suyos.

Los hombres tras la plancha protectora de acero animaban a los indígenas para que empujasen el carro con más velocidad.

—¡Nos van a asar vivos! —gritó Johnny.

Todos empezaron a tirar sobre la máquina infernal, pero no tardaron en darse cuenta de que era imposible detener con balas el avance del carro.

Éste se aproximaba inexorablemente y los egipcios aullaban de alegría por la proximidad de la victoria.

Aparte esto, desde todos los lados disparaban sobre el pequeño grupo.

Torrentes de plomo obligaron a Doc y sus amigos a agacharse tras las rocas.

El calor entre éstos iba haciéndose irresistible. No se podía respirar casi y la piel se les iba poniendo encendida a causa del calor.

Doc, echado de bruces, abrió su mochila y metió la mano. Sacó unas granadas que no contenían gas. Su aspecto era siniestro.

Despreciando la lluvia de balas, Doc se levantó y lanzó una granada.

La detonación fue aguda y potente; tan fuerte era, que todos se quedaron sordos durante unos segundos. Una llama viva blanca acompañó al estallido.

Las llamas del hidrógeno quedaron apagadas totalmente.

Tan grande fue el alivio que todos sintieron, que transcurrieron unos momentos antes de que alguien hablara.

—¿Qué había en ese huevo, Doc? —preguntó Monk por fin.

—Pues, un explosivo. ¿No has oído nunca decir que apagan los incendios de los pozos petroleros con dinamita?

—¡Vaya! También apagan así los incendios de pozos de gas.

—Pues ya tienes la explicación. Había un explosivo muy poderoso en esa bomba, lo bastante para apagar las potentes llamas del hidrógeno.

Long Tom dirigió la linterna de rayos infrarrojos sobre el carro de fuego y todos vieron que estaba totalmente destruido.

Al mismo tiempo vieron desaparecer a los últimos hombres de la banda que habían empujado el inusitado vehículo. No había muerto nadie, pero tres indígenas se alejaban arrastrándose.

La plancha de acero que había roto la fuerza de la explosión los había lanzado a muchos metros, lesionándoles seriamente.

El resto de la noche prometió transcurrir con relativa calma, porque el fuego de fusilería cesó pronto.

Long Tom dejó la linterna de rayos infrarrojos, puesto que el alambre que rodeaba el pequeño refugio se había roto a causa de la explosión y el aparato de alarma no funcionaba.

—Las baterías de esta linterna no durarán otra noche —avisó Long Tom con voz intranquila—. Son muy pequeñas y la lámpara gasta mucha corriente.

—Apágala unos minutos —sugirió Doc—. No hace falta tenerla encendida constantemente.

Long Tom cumplió la orden de Doc y al cabo de cinco minutos volvió a encender la linterna. Lady Nelia dio un grito ahogado:

—¡Oh! ¡El señor Savage ha desaparecido!

Les costó bastante a los amigos de Doc Savage tranquilizar a la hermosa joven, que se mostraba inconsolable.

Le aseguraron que Doc se había marchado por propia voluntad, que tenía la desconcertante costumbre de desaparecer silenciosamente cuando quería realizar alguna misión secreta.

—Creo que lo hace para no tener que escuchar nuestras protestas, porque, claro está, siempre quisiéramos acompañarle —dijo Monk riendo—. No se preocupe, señorita. Doc es capaz de meterse en el bolsillo del chaleco del mismísimo diablo sin que éste se dé cuenta.

Sin embargo, lady Nelia no pudo reprimir su desasosiego.

Su estado de ánimo hubiese sido peor aún de haber podido observar a Doc en aquel momento, porque el gigante de bronce se hallaba a poca distancia de cuatro de sus enemigos.

—*Wallah*! —murmuró uno de ellos—. Cuando sea de día, encontraremos medios para acabar con esos hijos de camellos.

—*Naám*! —repuso otro—. Pero, por vida de mi padre, me

complace que no haya más luchas esta noche.

Doc continuó avanzando, perdiéndose su recia figura en la oscuridad africana. Se alegró de saber que sus amigos no serían objeto de otros ataques durante la noche.

Decidido se metió en la hendidura rocosa. Avanzaba lenta y cautelosamente, deteniéndose con frecuencia a escuchar.

A la madrugada la oscuridad se hizo más intensa, pero Doc recordaba muy bien la topografía del lugar y pudo dirigirse sin temor a equivocarse a la empalizada que rodeaba a los esclavos y la mina.

Al acercarse se pudo guiar por una serie de ruidos, quejidos lastimeros, murmullos de dolor que partían de los desgraciados esclavos confinados en el recinto estacado.

Uno de los guardianes encendió un fósforo para fumar y a la débil llama Doc vio un curioso espectáculo. El centinela que había encendido el fósforo, se hallaba metido en una jaula hecha de cañas fuertes; no tenía fondo a fin de que el individuo que la utilizara pudiese metérsela por la cabeza y caminar con cierta facilidad.

Doc sólo necesitó una mirada para comprender la finalidad de la jaula: era para protegerse contra los murciélagos venenosos.

Pocos minutos después vio Doc también, por qué llevaban los centinelas continuamente las jaulas puestas.

Acercándose más a la empalizada, Doc percibió con su fino olfato un olor débil, nauseabundo: la peste que despedían los murciélagos.

De pronto percibió un débil aleteo frente a él. Doc siguió escuchando y oyó otros ruidos semejantes… ruidos que le revelaron que los monstruosos vampiros se hallaban situados junto a la estacada como perros guardianes.

Una linterna eléctrica se encendió de pronto en el interior de la cerca, pasando débilmente por entre las altas y puntiagudas estacas.

Doc vio muy bien a los esclavos, algunos dormidos, otros demasiado torturados para poder dormir, y todos ocupando la grotesca posición de hombres que se hallan en estado de agotamiento físico.

El centinela con la linterna eléctrica estaba efectuando la ronda para cerciorarse de que todos los vampiros estaban en su sitio.

Doc había pensado en quitar los murciélagos de en medio a fuerza de lanzar bombas de gases asfixiantes, pero desechó la idea, porque los centinelas lo descubrirían pronto. Pero continuó reconociendo el terreno.

Cerca del risco encontró un cobertizo largo dentro del cual había una gran cantidad de jaulas semejantes a la que había visto utilizar al centinela.

Doc se apropió una y se la puso, para atravesar enseguida la línea de los murciélagos vampiros.

Dos de éstos arremetieron contra la jaula produciendo bastante ruido, pero Doc vio enseguida que los monstruosos bichos forcejeaban para librarse de las finas cadenas con que estaban sujetos a pequeños postes; el ruido no llamó la tención de los centinelas porque lo conocían.

Por unas estacas un poco más separadas que la mayoría, pudo Doc Savage meter cómodamente el brazo.

Lo hizo sin hacer el menor ruido y ninguno de los esclavos pareció darse cuenta de su presencia. En la arena, junto a la cerca, dentro de ella, hizo un agujero.

Después sacó un paquete de bastante bulto del bolsillo y lo enterró allí, alisando la tierra con gran cuidado para que no se descubriera que alguien hubiese removido aquel sitio. Luego retrocedió.

Pudo hacerlo sin que nadie advirtiera su presencia y del mismo modo se encaminó hacia el enorme bulto del *Aeromunde*. A pesar de que la gigantesca nave se hallaba echada sobre un costado, se tenía acceso a las góndolas de los motores, que no habían sufrido daño alguno.

En realidad, el enorme dirigible no estaba seriamente averiado.

Podría repararse en breve tiempo y ascender de nuevo con toda normalidad.

Doc se metió en las góndolas de los motores tan silenciosa y furtivamente que ninguno de los dos centinelas apostados allí se dio cuenta.

En una de las gaviotas encontró Doc una llave inglesa, con la cual fue quitando partes esenciales de los motores de todas las góndolas.

Los mecanismos sustraídos así, los enterró en la arena, señalando las rocas cercanas de tal modo para que fuese fácil volverlas a encontrar, pero también de modo que sus enemigos no las encontrasen de ningún modo.

Doc confiaba que así no se podría emplear el dirigible, una vez reparado, para lanzar sobre ellos bombas.

Las partes que había quitado eran aquéllas que raras veces se gastan o rompen y por tanto era muy poco probable que Yuttal tuviese repuesto de ellas.

Doc era muy humano en sus sentimientos y se felicitó mentalmente del buen éxito de la tarea que acababa de realizar y, como sucede muchas veces, en los casos en que nos ufanamos de nuestros actos, sobrevino también esta vez la reacción con una sorpresa desagradable.

Uno de los centinelas del dirigible lanzó casualmente los rayos de su linterna eléctrica sobre las arenas y de pronto iluminó la figura del gigante de bronce.

—*Wallah*! —exclamó sobresaltado el centinela—. ¡Mira! ¡Es el diablo en persona!

XV
El escudo viviente



Cuando empezaron a sonar los tiros, Doc ya había recorrido, veloz como el viento del desierto, una gran distancia y las balas se perdían en la noche sin alcanzarle.

Savage se desvió un momento de su camino y cogió una jaula protectora contra los vampiros. Las circunstancias le advirtieron que posiblemente lo necesitaría.

De pronto los reflectores eléctricos se proyectaron sobre Doc y enseguida empezaron a silbar las balas a su lado, pero Doc se metió de un salto entre unas matas, con la jaula en alto, despistó a sus perseguidores y continuó corriendo.

—*Hazir ol*! (¡Alerta!). —Los gritos se esparcieron con velocidad telegráfica por el oasis. Enseguida empezaron a brillar por todas partes linternas eléctricas.

En tres sitios distintos colocaron sendas botellas de hidrógeno, con las válvulas apuntando al cielo; enseguida abrieron las espitas y encendieron el gas.

Con la vivísima luz del gas hidrógeno el lugar se iluminó de tal modo, que resultaba peligroso para Doc permanecer en su vecindad.

Los indígenas disparaban sobre él afinando cada vez más la puntería.

Además, Doc halló cortado el camino para reunirse con sus amigos.

Con puntería increíblemente certera, apagó Doc varias linternas eléctricas en manos de los enemigos, pero de poco le sirvió, porque

el gas daba una potente iluminación.

Doc se vio obligado a retirarse hacia la selva virgen. Se puso la jaula y se metió sin temor en el peligroso terreno.

La jaula era pequeña para la gigantesca figura de Doc Savage y éste se vio obligado a avanzar encorvado.

Durante algún trecho la iluminación de la colina rocosa le guio por la selva y nada le sucedió.

Hubiérase dicho que Doc había penetrado en un bosque tropical corriente sin peligro alguno, pero pronto se manifestó el horror de aquella selva infernal. En un lado de la jaula advirtió un pequeño tirón. Doc sacó una linterna de bolsillo para ver lo que era y, si no se estremeció, estuvo muy cerca de hacerlo por primera vez en su vida.

Los tentáculos de una enorme planta carnívora se habían agarrado a los listones de la jaula.

Era tal la apariencia de vida de aquellos tentáculos que asustaba y realmente parecía que se trataba de un fiero animal.

Doc empleó la fuerza para librarse de aquellas garras y lo logró con facilidad. Los tentáculos de aquellas plantas carnívoras estaban lejos de ser fuertes.

En efecto, cualquier animal pequeño hubiera podido librarse con un poco de esfuerzo. Las plantas carnívoras reaccionaban lentamente, juzgado por normas humanas, y sólo eran peligrosas para los incautos y miedosos.

Sin embargo, al avanzar selva adentro, lo que se hizo peligroso fue el número excesivo de plantas carnívoras.

Constantemente fue detenido por las garras de los tentáculos y viéndose obligado a abrirse paso tirando enérgicamente cada vez que era aprisionado.

Esto le obligaba a tener también constantemente encendida la pequeña linterna eléctrica, porque recordó que lady Nelia le había dicho que algunas de aquellas plantas eran venenosas. Cuando algún tentáculo se adentraba en la jaula, Doc lo cortaba con rápidos tajos de su navaja.

Procedía en ello con suma rapidez, porque los tentáculos se agarraban a todos los objetos con que tenían contacto.

Además, no parecían tener la habilidad de distinguir entre el

tejido animal y el de las plantas, entre Doc y su jaula por ejemplo.

A veces los mismos tentáculos se atacaban y se acometían con ferocidad.

De pronto percibió Doc un leve silbido. Por los listones de la jaula apareció la cabeza de una víbora de color verde, una serpiente venenosa cuyo color era igual que la vegetación que la rodeaba.

Doc empleó la navaja antes de que la víbora pudiese meterse más en la jaula. Con un solo tajo le separó la cabeza del tronco.

Después de esta experiencia, Doc estuvo más vigilante que nunca y giró el haz de luz de su pequeña linterna en torno con rápido movimiento.

Esta débil luz fue vista por los hombres de Yuttal y, suponiendo allí a su enemigo, empezaron a disparar en dirección a la jaula.

La mayoría de las balas fueron detenidas por la exuberante vegetación, pero algunas pasaron silbando en peligrosa proximidad, yendo a incrustarse con sordos chasquidos a su alrededor.

Doc ya se había dado cuenta de que, a pesar de sus colosales fuerzas, a pesar de su férrea voluntad, le sería imposible atravesar la terrible selva virgen.

Hubiera necesitado emplear horas de esforzado trabajo con un buen machete para abrirse camino a través de las plantas carnívoras y de las tenaces enredaderas.

Sin embargo, Doc no tenía el menor deseo de salir del oasis.

El tiroteo sobre la jaula débilmente iluminada le sugirió una idea.

Rápidamente cortó una buena cantidad de lianas inofensivas y las empleó para hacer en la parte inferior de la jaula un enrejado estrecho que evitase toda posibilidad de que una serpiente pudiera meterse en la jaula.

Luego dejó la linterna encendida en el suelo de la selva, con el haz de luz hacia arriba para que atrajese la atención de sus enemigos.

Enseguida se marchó hacia la derecha. Tras él, las balas seguían lloviendo sobre la linterna encendida. El avance fue muy lento.

Para evitar el ruido, Doc se vio obligado a cortar con la navaja los tentáculos de las plantas carnívoras que le impedían el paso.

Con frecuencia encendió un fósforo, guardando la luz en las

manos formando copa a fin de que sus enemigos no le viesen.

Una vez pisó duro y de nuevo se detuvo para examinar a la luz de un fósforo lo que era aquello.

Con profunda emoción vio que se trataba de un esqueleto humano, cuyos huesos aún seguían parcialmente adheridos a las plantas carnívoras.

Doc comprendió que aquéllos debieron ser los restos de algún desgraciado esclavo, que intentó obtener la ansiada libertad fugándose a través de la espeluznante selva.

Debió ser aquélla una horrible agonía, lejos de todo humano consuelo.

Le costó casi el resto de la noche salir de la terrible vegetación. Salió de ella en un punto bastante alejado del sitio desde donde sus enemigos aún seguían disparando sobre la linterna eléctrica que había dejado allí.

La luz de la misma era cada vez más débil, porque la pequeña batería se estaba agotando.

Gracias a la utilísima jaula Doc pudo reunirse con sus amigos. No tuvo ninguna dificultad en atravesar el cerco de los asediadores.

Todos sus amigos le saludaron con exclamaciones de alivio.

—Esta simpática joven ya estaba a punto de convencernos para que saliésemos a buscarte —dijo riendo Monk.

—Creí que le habrían acorralado… Han estado disparando toda la noche —explicó lady Nelia, tratando de no revelar el gran alivio que sentía.

Doc les dijo que la mayor parte del tiempo aquellos tiros habían tenido por blanco una inofensiva linterna eléctrica que dejara en la selva con este propósito.

—Me parece que se figuran que estoy allí esperando la llegada del día para salir —terminó diciendo.

—¿Has podido hacer algo antes de que descubriesen tu presencia? —preguntó Renny.

—Me extrañaría mucho que puedan emplear el dirigible para bombardearnos —repuso Doc y les explicó acto seguido lo que había hecho con las piezas robadas de los motores.

El amanecer vino poco después y, con él, el calor. La falta de agua había sido una de las cosas más desagradables de la noche,

pero con la salida del sol adquirió proporciones de tortura.

Johnny, más huesudo que nunca, estudió la rocosa vecindad. Aún llevaba las gafas, atadas atrás con una cinta.

—Esta roca no es de naturaleza porosa —dijo pensativo—. He visto algunas depresiones y agujeros que bien pueden contener agua de lluvia. Voy a ver si encuentro alguno.

—No saques la cabeza —avisó Monk.

Johnny se marchó arrastrándose como un lagarto sin dificultad alguna.

Nadie disparó sobre él, a pesar de que una vez se expuso temerariamente.

En el lugar más alejado de la fortaleza rocosa encontró una pequeña cueva en la que pudo meterse sin gran peligro. Así lo hizo.

¡Y en un pequeño pozo circular, en el fondo de la cueva, encontró agua!

El agua era cristalina… demasiado cristalina. No había en el fondo el musgo acostumbrado. Si Johnny se hubiese fijado bien, tampoco hubiese visto las manchas circulares que deja el agua en el borde al evaporarse gradualmente.

Todo ello pudo haberle advertido que el agua había sido vertida allí recientemente.

Pero Johnny estaba demasiado sediento para recelar nada. Sufría más que los otros de la sed, a pesar de su magnífica resistencia.

Era una peculiaridad de la constitución de su huesudo cuerpo que éste necesitaba más líquido que otros.

Le parecía natural que en aquella cueva hubiese agua de lluvia y por eso la bebió. Pero no bebió mucha, porque conocía el peligro de ingerir excesiva cantidad de agua después de pasar sed.

Después de recoger buena cantidad del líquido cristalino en el sombrero, Johnny regresó al sitio donde le aguardaban sus amigos.

Durante el camino sintió varias veces un extraño desfallecimiento y lo atribuyó al calor.

Pero el desfallecimiento iba aumentando. Además, sintió una sensación extraña en el estómago.

De pronto comprendió lo que había pasado y con mirada de loca sorpresa avanzó sin preocuparse de los enemigos.

Cada vez se encontraba peor; lentamente le iba invadiendo una extraña parálisis. Cuando estuvo a la vista de sus amigos, se cayó sin fuerzas y sólo tuvo ánimo para decir:

—Veneno… me han envenenado.

Ningún médico de hospital de sangre trabajó jamás con mayor energía y velocidad que Doc en aquellos momentos.

En su pequeño y bien surtido botiquín había toda suerte de contravenenos.

Todos se agruparon en derredor, mostrando sus temores.

—¿Qué impresión tienes, Doc? —preguntó Monk—. ¿Podrás salvarle?

Doc trabajó en silencio, sin contestar. Pronto preparó la solución salvadora y se la administró al inconsciente.

Una hora más tarde, Johnny se despertó. Trató de sentarse, pero no lo logró.

Se llevó las manos al vientre y se puso a hacer muecas de dolor.

—Tranquilízate, Johnny —le dijo Doc, ofreciéndole al mismo tiempo un vaso plegable de agua—. Bébete esto.

Johnny miró el contenido con gran recelo y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Agua.

—No quiero más agua —repuso Johnny con un quejido.

—Ésta no te hará daño.

—¿De dónde la has sacado?

—Del mismo sitio en que tú bebiste.

—Oye, Doc —dijo—. ¿Te propones matarme?

Monk intervino, riéndose del recelo de Johnny y diciéndole:

—Doc ha analizado esa agua y ha encontrado el veneno que contenía. Luego echó algunos productos químicos reactivos que han neutralizado el veneno. De modo que el agua es perfectamente potable.

—De modo que Yuttal —dijo Johnny— envenenó el agua para matarnos a todos y Doc la ha convertido en agua inofensiva, ¿verdad?

—Eso mismo —repuso Monk riendo—. Así, pues, los estúpidos nos han facilitado el agua que necesitábamos.

—Y ahora estarán desesperados —añadió Ham riendo.

Durante las horas que siguieron hubo de cuando en cuando algún tiro, pero al parecer sólo servía para recordar a los sitiados que sus cuitas no habían acabado aún ni mucho menos. Pero las balas no hicieron daño a nadie.

Lady Nelia, después de algunas maniobras, se enfrascó en una conversación con Doc. Éste había hecho todo lo posible para evitarlo, pero no pudo.

La joven era en extremo agraciada; Doc había visto pocas mujeres tan atractivas como ella.

Tenía una gran educación, modales finos y era muy sincera y franca en todo.

Pero Doc comprendía lo que pasaba. La joven estaba en vías de enamorarse de él.

No era la primera vez que a Doc le pasaban tales cosas y siempre se sentía azorado.

No había lugar para el amor en su vida; pero las mujeres nunca querían darse cuenta y así se exponían a destrozarse el corazón, enamorándose del gigante de bronce. Doc hacía siempre todo lo posible para evitarlo.

Pronto llegó el mediodía con los rayos de sol verticales y el tórrido calor tropical. Los asediados buscaron la sombra que pudieron y aguantaron sufriendo.

—Éste es sin duda el sitio más caluroso del mundo entero —aseveró Monk—. Me encuentro como un buey asado.

A partir del mediodía aumentó el tiroteo, haciéndose preciso y constante.

Doc se dio enseguida cuenta del hecho.

—El ataque parece organizado —declaró—. Tiene todos los caracteres de formar parte de un plan.

Savage se levantó con cuidado y contestó al fuego cuando podía colocar una bala sin matar. Ninguno de los indígenas había muerto a mano suya, aunque era más que justificado exterminarlos a todos sin contemplación.

Doc no mataba nunca, pero sus enemigos le complacían siempre metiéndose en trampas mortales que ellos mismos preparaban.

—Tratan de acabar con nuestra resistencia moral —dijo en voz alta—. Pero aún no comprendo bien porqué.

La respuesta fue como un eco a su interrogación.

En media docena de puntos distintos aparecieron compactos grupos de hombres, que avanzaban con paso lento y arrastrado… el paso de hombres que se dirigen a la muerte.

Algunos gritaban locamente y trataban de huir, mas inútilmente, puesto que iban encadenados.

Eran los esclavos de la mina. Yuttal y sus criminales asociados los empleaban como escudo viviente para acabar con Doc y sus amigos.

—¡Válgame Dios! —exclamó Renny—. Ahora nos tienen cogidos. De nada nos sirven las bombas con gases, los hombres de Yuttal llevan máscaras.

El pequeño grupo de asediados dejó de disparar. No podían de ningún modo tirar sobre hombres indefensos, encadenados, aunque éstos, en su mayoría, daban por descontado que morirían a balazos.

Era un verdadero estudio en emociones humanas ver avanzar aquellos desgraciados. Unos se habían hecho el ánimo de perecer con indiferencia, otros temblaban como azogados y apenas podían caminar.

Muchos lo hacían de modo mecánico como si ya se diesen por muertos.

Unos pocos se habían desmayado y fueron arrastrados por los demás.

Mas a Doc y sus amigos no les quedó tiempo de detenerse en estudios psicológicos.

La poderosa voz de Doc Savage se levantó por encima del estruendo del fuego de fusilería; tan potente era su voz, tan tajante la orden, que el tiroteo cesó como por encanto.

—*Aux eyh*? —sonó una voz—. (¿Qué queréis?).

Doc repuso en idioma indígena para que todos le comprendiesen.

—Como ya sabéis a estas horas, vuestro dirigible no os sirve de nada por las piezas esenciales que he quitado de los motores. Sólo yo sé dónde están. Si uno solo de mis amigos muere, no sabréis dónde está el paradero de las piezas.

—*Wallah*! —exclamó el mismo
Hadi-Mot

—. Ya las encontraremos.

—¡Imposible! —repuso Doc—. Y sin ellas estáis perdidos. No podréis salir de este lugar. Vuestras provisiones acabarán y moriréis todos.

Naturalmente, Doc exageraba un poco la nota, porque aquellos hombres podían hacer lo mismo que había hecho lady Nelia: construir un globo, elevarse y marchar confiando su suerte a los vientos favorables a fin de encontrar lugares civilizados.

Hubo una larga discusión entre los criminales.

Por fin, contestaron a gritos:

—Ríndanse y díganos dónde están las piezas y les garantizamos la vida.

—Bien. Nos rendimos —contestó Doc sin vacilación.

—Alto, Doc, que ésos no cumplirán su palabra —avisó Monk asustado.

—Claro que no —contestó Doc—. Pero cuidarán de que vivamos hasta que encuentren las piezas que faltan. Y tened en cuenta, amigos, que ésos no verán el día en que yo les diga dónde están.

Con aullidos y bramidos de alegría los indígenas se precipitaron sobre el grupo y lo desarmaron.

XVI
Esclavitud



Los moradores del oasis rebosaban de júbilo mientras bajaban los prisioneros a la hendidura de paredes perpendiculares.

Más de uno pasaba el dedo por la «singa» y lanzaba miradas de esperanza a Yuttal y
Hadi-Mot
.

—¡No! —dijo Yuttal gruñendo—. ¡No! Antes hemos de encontrar las piezas de los motores. Usted, Savage, nos dirá enseguida dónde están.

—No me crea usted tan estúpido, Yuttal —le aseguró Doc, hablándole en inglés—. Parte del convenio era ponernos en libertad.

—De eso no se ha dicho nada —gritó Yuttal.

—Claro que no, pero yo añado esa cláusula a los artículos del contrato.

—No lo admito —gritó Yuttal.

—Como usted quiera. A mí me da igual.

La indiferencia de Doc impresionó a Yuttal, quien empezó a vociferar invectivas en inglés y egipcio.

Por fin se cansó y dijo con mirada astuta:

—Bueno. Les doy mi palabra. Enséñeme el sitio donde están las piezas y les pondré en libertad.

—¡Su palabra! ¿Has oído? —exclamó Monk en tono desdeñoso.

—Claro que lo ha dicho en broma —dijo Doc a Monk con

fingida seriedad—. Sabe muy bien que nosotros sabemos que su palabra no vale nada.

El rostro de Yuttal se encendió de ira. No podía resistir la calma y entereza con que aquellos hombres se mostraban en la adversidad.

Hasta la misma lady Nelia parecía poco preocupada, lo cual enfureció más a Yuttal. Había estado esperando que la joven se hallase en tal estado de ánimo que aceptaría agradecida sus propósitos matrimoniales.

—¿Qué se ha figurado usted que voy a hacer? —preguntó a Doc—. ¿Dejarle ir de aquí para que me envíe por carta los detalles del escondite de las piezas?

—No se preocupe. Ya encontraremos un modo de arreglar el asunto —le dijo Doc.

—Y yo voy a proporcionarles buenos motivos para que no pierdan el tiempo —replicó Yuttal.

Pronto se vio lo que se proponía hacer Yuttal para hacerles la vida difícil y desagradable.

A lady Nelia se la llevaron a una pequeña cabaña, donde la sometieron a la ignominia de sujetarla a un poste.

Pero también fue el único insulto que le infirieron, excepto naturalmente las acostumbradas amenazas.

A Doc y sus amigos se los llevaron a un gran cobertizo donde tuvieron que desnudarse.

Luego les examinaron las uñas, para asegurarse de que no guardasen allí ningún producto químico. También les examinaron las muelas.

De la parte posterior de la mandíbula de Doc sacaron dos muelas postizas, huecas, que contenían dos productos químicos que cuando se mezclaban, producían un explosivo poderoso.

Uno de los endiablados indígenas, al examinar las muelas falsas, mezcló el contenido de los dos y entonces surgió una llamarada formidable que le arrancó una mano.

El desgraciado cayó dando grandes alaridos antes de perder el sentido.

El terrible accidente enfureció de tal modo a los indígenas, que por un momento pareció como si fuesen a exterminar a sus enemigos allí mismo.

Sin embargo, los gritos de Yuttal se impusieron al fin y no hubo ninguna víctima más.

Después de renacer la calma, trajeron agua, jabón y trapos atados a palos para someter a los seis a una severa limpieza.

Yuttal no quería exponerse de ningún modo a que quedase algo sobre sus cuerpos que pudiese servirles para sus diabluras.

Un tipo barbudo, manejando el palo con el trapo, trató a Monk con innecesaria dureza y éste, ni corto ni perezoso, le asestó un terrible puñetazo, incidente que estuvo a punto de promover una tragedia.

—No te agites, Monk; ten paciencia. A lo mejor esa gente llega a figurarse que puede pasarse sin nosotros —aconsejó Doc.

—Muy bien dicho —exclamó
Hadi-Mot
en tono despectivo, al oír el consejo.

Una vez lavados les pusieron unos harapos.

Yuttal ordenó después a su gente que les llevasen a los cinco a la mina de diamantes.

—Van ustedes a dedicarse ahora a un trabajo útil… para nosotros —dijo Yuttal a Doc haciendo una mueca.

Doc Savage nada contestó. Se dejó llevar, empujado por el cañón de un rifle, hacia la mina. Durante el camino mantuvo los ojos muy abiertos para estudiar el terreno.

La perspectiva de liberación no era muy halagüeña. Todos sus enemigos iban armados hasta los dientes y todos procuraban siempre tener al alcance alguna de las jaulas que servían de protección contra los terribles murciélagos.

—Pero ¿aún le quedan bichos de ésos? —preguntó Doc sonriendo.

—¡Vaya! No hay cuidado de que escaseen —y Yuttal rio ásperamente al decirlo.

Doc había esperado que la matanza de murciélagos que hizo la noche anterior, hubiese acabado con la mayor parte de tan terribles animales.

Cuando llegó a la mina de diamantes, se enteró de que los murciélagos ponzoñosos se hallaban casi todos en una cueva hecha en la tierra azul.

La cueva era profunda y la entrada tan pequeña que Doc no la había visto anteriormente.

Dentro de la cueva había jaulas cuyas puertas se abrían por medio de resortes eléctricos que funcionaban por medio de botones de un amplio sistema de alarma.

La presión sobre los botones, situados en los sitios estratégicos, hacía sonar también los timbres que advertían a los centinelas que debían buscar la protección de las jaulas.

Toda la instalación hubiera tenido carácter cómico, de no encerrar posibilidades tan trágicas y fatales.

Cualquier motín por parte de los desgraciados esclavos sería desastroso para éstos, porque los hombres encadenados, sin armas, indefensos, nada podían hacer contra la voracidad de los vampiros ponzoñosos.

Se les entregó a Doc y a sus amigos picos y palas y se les obligó a trabajar bajo el tórrido calor de la tarde.

Tenían que cargar la tierra azul en cubos y alzar éstos hasta la boca del pozo donde otros esclavos la tiraban sobre los grandes montones de tierra azul ya existente.

Se exponía la tierra a los efectos del sol hasta que quedaba suelta. Para acelerar esta desintegración, los esclavos tenían que rociarla con frecuencia con agua, ya que raras veces llovía en aquella árida región.

Otros esclavos, encadenados como todos, cribaban la tierra diamantífera, llevándola luego al lavado y a los vibradores con grandes sartenes untadas de grasa.

Ésta era la que finalmente retenía los diamantes que había en la tierra.

Tratábase en conjunto de una instalación minera muy moderna.

Doc y sus amigos fueron objeto de toda clase de injurias. Los insultaban constantemente.

Si pedían agua, se les llevaba el líquido y se vertía en el suelo delante de ellos.

Un herrero se acercó con argollas y cadenas que pusieron a los prisioneros, teniendo buen cuidado de ajustar las argollas al cuello todo lo que era posible.

—Ya sudaréis lo bastante para perder carnes. Entonces no os

apretarán tanto las argollas —dijo Yuttal en tono brusco.

De nuevo les llevaron al trabajo y los insultos continuaron. Les obligaron a ocupar la parte del pozo donde daba el sol y pronto sintieron los terribles efectos del tórrido calor.

Sin embargo, Doc y sus amigos no se resignaron como los esclavos.

Hicieron lo menos que podían. Su actitud se parecía casi a una huelga de brazos caídos.

Más de una vez, cuando nadie miraba, un centinela caía sin sentido, herido por un trozo de la pesada tierra azul.

El entusiasmo muchachil para esta forma de ejercicio se hizo tan peligroso para los centinelas, que éstos se tuvieron que retirar a cierta distancia, con lo cual se acabaron los vejámenes.

Se les había dicho a Doc y a sus amigos que no hablasen a los demás esclavos y ellos desobedecieron la orden con gran entusiasmo.

Pero pocos de los desgraciados se atrevieron a contestar.

—Nos pegan y nos matan de hambre —dijo en voz baja y tembloroso un vejete escuálido—. Y lo peor de todo es que nos privan del agua si no obedecemos.

—Entonces veo que nos toca un largo turno a pasar sed —murmuró Monk.

En varios grupos encadenados había hombres que habían perdido el conocimiento a causa del terrible calor.

Algunas veces les sacaban de la cadena, pero en las demás, los compañeros se veían obligados a arrastrar consigo a los desdichados, vencidos por el calor y los terribles sufrimientos.

Dos veces en el curso de la primera hora los centinelas dejaron inconscientes a varios esclavos, moliéndoles a palos y latigazos por el mero hecho de no poder continuar el trabajo por agotamiento físico.

—¡Voto por una huelga! —dijo Ham de pronto con gran energía.

Recogiendo grandes trozos de tierra compacta, Doc y sus amigos se dirigieron a la parte sombreada del pozo para descansar.

Los centinelas empezaron a chillar, pero al acercarse con sus látigos fueron rechazados con una lluvia de tierra.

Yuttal y

Hadi-Mot
acudieron rápidamente y añadieron sus voces a los insultos que Doc y sus amigos recibían de los centinelas.

Para intimidarlos, dispararon algunos tiros, pero ellos no se dieron por aludidos.

No volvieron a trabajar tampoco.

—No podemos seguir indefinidamente en esta situación —dijo Doc cuando se aproximó el anochecer y se veía que los centinelas iban a suspender el trabajo de los esclavos.

Monk había estado desde hacía rato tirando trozos de piedra hacia la boca de la cueva; a falta de otra cosa que hacer, trataba de destruir el sistema eléctrico mediante el cual se daba suelta a los ponzoñosos murciélagos vampiros.

Mas no tuvo éxito en su empeño. Los centinelas, no haciendo caso de los proyectiles rudimentarios, acudieron con los látigos y durante varios minutos hubo una gran pelea entre ellos y los amigos de Doc.

Como Doc y los suyos se hallaban encadenados, no pudieron ofrecer mucha resistencia y se vieron obligados a retroceder al otro lado del pozo, a mayor distancia de la cueva.

Poco después, la oscuridad paralizó los trabajos en la mina.

Al llegar arriba, hubo una nueva algarada. Cerca de los vibradores estaban las bandejas con los diamantes recogidos aquel mismo día.

Doc y sus amigos se abalanzaron todos a una sobre ellos, cogieron las gemas, las examinaron y después lanzaron algunas contra los centinelas y el resto lo tiraron pozo abajo.

Tan grande fue la furia de los centinelas que se disponían seriamente a fusilar a los que habían cometido aquel desmán.

Sólo los aunados y titánicos esfuerzos de Yuttal y
Hadi-Mot
salvaron a Doc y sus amigos.

—¡Hijos de camellos! —gritó
Hadi-Mot
a sus hombres—. Tened en cuenta que la vida de esos malvados es nuestra única esperanza de encontrar las piezas de los motores.

Empujados por las bayonetas, los cinco fueron llevados hacia la

empalizada.

Pronto vieron que las búsquedas de las piezas había sido muy activa.

En todas partes se veía removida la arena, pero Doc se percató de que no habían buscado en los sitios donde él escondiera las piezas de los motores.

También vieron que se estaba trabajando activamente en reparar las averías del *Aeromunde*.

Los departamentos de gas y la cubierta tardarían poco en quedar reparados, porque trabajaban en ello muchas personas.

En la planicie de la empalizada había un gran número de postes poco altos con anillas.

A uno de ellos sujetaron la cadena humana compuesta por Doc y sus amigos.

A Doc le dieron el sitio de honor, cerca del poste, para que no pudiese sentarse ni echarse.

—Si tratas de dormir, te ahorcas —murmuró Renny intranquilo.

—No tengo la menor intención de dormir —le aseguró Doc.

No les dieron agua. En cambio, para burlarse más, les dieron de comer tostones salados. Y naturalmente, ninguno de los seis intentó siquiera ingerirlos.

—Ésos son catedráticos en el arte de saber torturar a la gente —declaró Monk agriamente.

Otros esclavos, aquéllos a los que aún les quedaba suficiente vida para tomar interés en algo, echaron miradas de compasión a los seis nuevos esclavos.

—¿No se os ocurre nunca tratar de escapar? —preguntó Doc a uno de ellos.

—Muchas veces —dijo el hombre—. Pero es inútil. Si uno logra librarse… quedan los vampiros y la selva.

—Lady Nelia y sus dos amigos bien se han salvado.

—Sí, y lady Nelia vuelve a estar aquí y los otros dos están muertos. Además, tenían la ventaja de que lady Nelia podía recorrer libremente el oasis. Así pudo arreglarlo todo para huir en un globo. Esto no volverá a suceder. Ahora la tienen encadenada también.

Doc no insistió. Sabía que era gastar saliva inútilmente. Aquellos hombres estaban desesperanzados, resignados a su cruel destino, y

no les podía reprochar nada.

Aquella horrible esclavitud era capaz de terminar con el carácter más fuerte.

—¿Cuántos hombres de la tripulación del *Aeromunde* viven aún? —preguntó Ham a un esclavo vecino.

—Seis o siete —fue la respuesta—. No lo sé de cierto. Aquí lo olvidamos todo.

Como último agravio de la noche, un centinela trajo a los seis un gran jarro de agua cristalina. Pero resultó que era agua salada, peor que la del mar.

XVII
Rompiendo las cadenas



La noche era muy oscura, a causa de la altura de las paredes rocosas y la falta de luna. Dos horas después de anochecer, Doc y sus amigos se metieron la mano en los pantalones destrozados que les habían dado y cada uno sacó dos o tres diamantes de buen tamaño.

No en balde se habían abalanzado sobre las bandejas de reciente recolección.

No había sido un acto de bravura, sino un acto premeditado para poderse apoderar de algunas gemas.

Habían escogido piedras con cantos agudos y con ellos acometieron sus cadenas. La tarea no era muy difícil.

Pocas sustancias cortan mejor que el diamante.

Doc fue el primero en librarse y se puso de pie. Se había limitado a cortar el eslabón de la cadena sujeta a la argolla del cuello.

Aún llevaba la argolla, sujeta estrechamente al cuello. Dejaba para más tarde quitarse aquel hierro que por el momento no le impedía moverse libremente.

—¿Sabéis lo que tenéis que hacer, verdad? —preguntó en voz baja.

—Adelante, Doc; todos sabemos lo que hay que hacer —repuso Monk, porque conocía el plan expuesto por Doc aquella tarde.

—Hemos de proceder con rapidez —les avisó Doc—. Cualquier centinela puede llegar inopinadamente.

Después de un último consejo, Doc se marchó silenciosamente

en la oscuridad, pasando con cuidado por encima de los esclavos dormidos.

Se dirigió a la puerta de la empalizada donde la noche anterior había enterrado un paquete metiendo la mano desde la parte de afuera.

Conocía perfectamente el sitio e iba en derechura hacia él.

Una linterna eléctrica brilló al otro lado de la empalizada por donde un centinela efectuaba una ronda para examinar las cadenas de los vampiros sedientos de sangre.

De pronto se detuvo y dirigió el haz de luz hacia los esclavos.

Seguramente quería gozar del espectáculo de los sufrimientos del hombre de bronce que tanto que hacer les había dado.

Doc pensó que todo estaba perdido.

Pero la presencia de ánimo de sus hombres salvó la situación.

Se habían colocado en derredor del poste en compacto grupo, ocultando así el hecho de que Doc no estaba ya allí.

Doc continuó avanzando. No había tenido más que su acostumbrada previsión al enterrar aquel bulto dentro de la empalizada.

Lo había hecho por si se presentaba la ocasión de poderlo emplear y la ocasión se había presentado rápidamente.

En el paquete había cosas mediante las cuales esperaba Doc poder efectuar la huida. Sin aquel paquete, pocas probabilidades tenían para escaparse.

Doc encontró la estaca tras la cual había enterrado el paquete y empezó a escarbar rápidamente con sus poderosas manos.

La arena era blanda, prueba de que aquél era el sitio que buscaba. Pero sus dedos nada encontraron: el agujero estaba vacío.

¡El paquete había desaparecido!

Durante un largo minuto Doc se quedó acurrucado en la cálida noche africana pensando con intensidad, como pocas veces había hecho.

El mismo hecho de que el hombre que sustrajo el paquete hubiera vuelto a llenar el agujero, dio a Doc una pista.

No se trataba de ninguno de los criminales cómplices de Yuttal. No se hubiese molestado en volver a llenarlo.

Por lo tanto, sólo podía haber sido uno de los esclavos,

probablemente alguien que había visto cómo Doc enterró el paquete.

Doc se deslizó rápidamente hacia la más cercana cadena de esclavos.

Despertó a uno, evitando con gran cuidado que hiciera ruido y despertara a los demás.

—¿Estabais vosotros aquí anoche? —preguntó.

—No. No nos dan siempre el mismo poste.

—¿Sabéis qué grupo estuvo aquí?

El hombre se puso a pensar. Por fin hizo memoria:

—Creo que es el grupo que está más cerca de la puerta esta noche.

—Gracias —murmuró Doc—. Y no vuelva a dormirse. No tardará en haber jaleo.

Venciendo grandes dificultades se dirigió Doc hacia la puerta de la empalizada y por fin dio con el grupo que buscaba y empezó a despertarles.

No fue tarea fácil hacerlo y al mismo tiempo no hacer ruido alguno, pero lo llevó a cabo con éxito.

—¿Alguno de vosotros sacó un paquete enterrado junto a la empalizada cerca del poste donde estabais anoche? —preguntó.

El último de la cadena le contestó:

—Yo fui. Creí que era alguien que deseaba darnos algo a escondidas. No pude ver a quien lo enterró.

—¿Dónde pusiste el paquete?

—Lo volví a enterrar junto al poste al que estábamos atados anoche —repuso el hombre—. Vi que sólo se trataba de unas botellas con líquidos que no conozco.

—¿Rompiste las botellas o las vaciaste?

—¡Oh, no! Las dejé tal como las encontré.

Cinco minutos más tarde, Doc Savage se posesionó de su precioso paquete.

Las puntiagudas estacas de la empalizada habían de presentar insuperables obstáculos para cualquier hombre de agilidad corriente.

Pero Doc estaba muy lejos de ser un hombre corriente.

Se agachó, dio un salto prodigioso y se agarró a la parte superior

sin tocar para nada las puntas.

Otro esfuerzo acrobático y Doc estaba al otro lado de la empalizada.

Cayó con la genuflexión de los atletas, sin hacer el menor ruido. Su fino olfato le indicó enseguida el sitio donde había uno de los terribles y malolientes murciélagos.

Doc se preparó para una tarea peligrosa. En una de las botellas, la más pequeña, tenía cloroformo.

Con él era preciso atontar el bicho el tiempo suficiente para que Doc pudiese pasar, pero sin matarlo, porque esto podría llamar la atención del centinela más próximo y dar al traste con todo el plan.

Doc resolvió el problema arrancándose un trozo de tela del pantalón, formando con él una bola y humedeciéndola con cloroformo.

Después lanzó la bola hacia el vampiro.

Percibióse un leve chasquido de pico cuando el murciélago se apoderó de la tela, creyendo que era algo vivo.

Doc aguardó unos momentos. Luego avanzó y tuvo la suerte de encontrar al murciélago casi sin sentido.

Doc quitó el trozo de tela del pico del bicho por si lo podía necesitar luego y se dirigió al gran cobertizo donde estaban todas las jaulas.

Una vez dentro, se puso a trabajar febrilmente.

Con un trapo que había en el paquete, Doc untó todas las junturas de las jaulas con un producto químico.

A pesar de trabajar rápidamente, la gran cantidad de jaulas hizo que la labor fuese larga.

Terminado que hubo su tarea en el cobertizo, se dirigió a la cabaña que habitaban Yuttal y
Hadi-Mot
.

Delante de la puerta encontró las jaulas de los dos criminales y también las untó, con el producto químico.

Después, y siempre con la mayor rapidez, fue buscando más cestas por la explanada para tratarlas del mismo modo. Hasta logró acercarse a las cestas de los centinelas que tampoco escaparon a su acción. Por fin entró en la cabaña de lady Nelia.

La joven estaba despierta cuando Doc entró y éste percibió el chirrido de la cadena. No pudiendo ver quién era el que entraba a aquella hora de la noche, la joven dio un leve grito de sobresalto, porque había estado forcejeando con una horquilla el candado de su cadena.

Doc se dio a conocer, rogándole que no hiciera ruido.

—¡Oh! Es usted. He querido abrir este candado con una horquilla como hizo usted, pero no se abre.

—Hay que saberlo hacer. Deme la horquilla —dijo Doc tratando de no revelar en la voz la admiración que sentía por el magnífico valor de aquella joven.

Doc tardó pocos segundos en abrir el candado.

—Tiene usted suerte —murmuró—. A nosotros no nos pusieron la cadena con candado al cuello, sino con argolla remachada. Hemos empleado diamantes para cortar los eslabones.

Lady Nelia rio débilmente, tratando de mostrarse alegre. Tenía una gran presencia de ánimo.

—Pues debieron ustedes de hacer cosas terribles esta tarde. He escuchado una conversación entre Yuttal y
Hadi-Mot
. Tienen miedo de que inciten con el ejemplo a los demás esclavos a la rebelión.

—Haremos mucho más que eso con un poquito de buena suerte —le aseguró Doc—. Vámonos, lady Nelia.

Al salir de la puerta, se detuvieron rápidamente. Un hombre con una linterna en la mano venía en dirección de la cabaña. Sólo podía tratarse de un enemigo.

—Cada media hora viene un centinela para ver si me he movido —explicó lady Nelia—. Debe de ser él.

Doc Savage obligó a la joven a retroceder, diciéndole además:

—Arregle la cadena como si aún estuviera usted sujeta.

No esperó a ver si obedecería la orden ni si lo haría bien.

Sabía que lady Nelia era una mujer inteligente y no se pondría nerviosa por tan poca cosa.

Doc dobló la esquina de la cabaña y aguardó allí.

El centinela se acercó, moviendo la linterna de un lado a otro y canturreando muy bajo. Iba totalmente ajeno a todo peligro.

Alzando la linterna iluminó el interior de la cabaña, llamando al mismo tiempo a lady Nelia.

Al parecer, su intención era privar a la joven en absoluto de la posibilidad de conciliar el sueño. Aún seguía riendo cruelmente la pesada broma cuando una poderosa mano le cogió por la garganta, impidiéndole en absoluto gritar.

Pero el centinela no se dio tan pronto por vencido, pues cogió el rifle para valerse de él.

Doc le asestó con la otra mano un terrible puñetazo a la sien y el hombre se cayó en redondo, perdiendo el conocimiento.

Doc hizo acto seguido algo que al parecer no tenía explicación. Colocó el centinela en la cabaña sobre el suelo y lo cubrió con la estera de lady Nelia.

—¿Por qué se toma tanta molestia? —preguntó la joven en voz baja.

—No me gusta que una persona sin conocimiento corra peligro de morir, puesto que no puede valerse de sí misma —repuso Doc.

No ofreció ninguna aclaración a sus extrañas palabras, sino que cogió a lady Nelia por la mano y la llevó hacia la empalizada.

A pocos metros de ella, lejos de la zona que recorrían los centinelas y guardas por los terribles murciélagos, Doc dejó a su compañera.

Pero antes le habló al oído:

—Quédese aquí sin moverse —le avisó—. Volveré pronto. Y apercíbase a la acción.

Doc avanzó, dejó pasar a un centinela, y se acercó al vampiro que estaba cerca de la puerta. Le lanzó el trapo con cloroformo, y el bicho, que veía perfectamente en la oscuridad, lo cogió con el pico, creyendo que se trataba de algo vivo.

El animal se durmió definitivamente a causa de los efectos del anestésico del líquido.

Savage se aproximó a la puerta. Los cerrojos consistían en pesados barrotes de hierro y una cuña para mantenerlos en posición. Doc sacó la cuña.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó en tono bajo.

—Yo —contestó Renny con ronco murmullo—. Todos estamos en nuestros puestos. Hemos cortado ya todas las cadenas librando a

los esclavos de sus postes. ¡Vaya trabajo que nos ha costado! ¡Todo el mundo está listo para efectuar la salida!

—¡Pues a salir se ha dicho! —repuso Doc—. Diles que salgan en línea recta por la puerta. El bicho más cercano está fuera de servicio.

No era posible abrir la enorme puerta sin hacer ruido, cosa que Doc había advertido cuando terminó el trabajo de la mina a la puesta del sol.

Por eso no hizo ningún esfuerzo para operar en silencio. Descorriendo rápidamente los enormes cerrojos abrió la gran puerta y los rudimentarios goznes rechinaron con fuerza.

—*Eush huwa*? (¿Qué sucede?) —gritó un centinela.

Por la puerta salió Renny seguido de los demás amigos de Doc y del alud de esclavos, aún encadenados en grupos de diez.

Doc y sus hombres se desplegaron en guerrilla, atacando cada uno a un centinela.

—Váyase corriendo al dirigible —gritó Doc a lady Nelia.

Los esclavos tenían también orden de correr hacia el *Aeromunde* y lo hicieron aunque sin comprender la utilidad, ya que sabían que el dirigible aún no podía navegar.

Mas aquel hombre bronceado y sus temerarios amigos les ofrecían la única posibilidad de huida que se les había presentado en todo el tiempo que trabajaban como esclavos en la mina diamantera y obedecían las órdenes de aquéllos con ciega fe.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué sucede? —gritaban los centinelas alocadamente.

Cerca de la puerta se oyó una confusión de cadenas. Algunos esclavos sollozaban de emoción.

A no pocos hubo que llevarles en andas porque estaban demasiado agotados para correr.

Los centinelas se acercaron y emplearon sus linternas para despejar las tinieblas de la noche. Doc y sus hombres habían tenido la previsión de extenderse para atacarlos por la espalda.

Un tipo alto y barbudo cayó bajo el terrible puñetazo de Doc sin darse cuenta de lo que ocurría. Sonó el disparo de un rifle. Luego otro.

Un hombre perdió el sentido al cogerle Monk el cuello entre sus

terribles manazas.

El estoque de Ham atravesó a uno de los tiradores el hombro, dejándolo en tierra donde se retorcía con gritos de dolor.

El abogado no estaba para tener contemplaciones.

Con ruido de cadenas avanzó la columna de los esclavos en la oscuridad hacia el sitio donde estaba el dirigible.

En las cabañas de los bandidos saltaban los hombres de sus lechos para vestirse apresuradamente y coger las armas. La puerta de la cabaña de Yuttal y
Hadi-Mot
se iluminó.

Los dos cabecillas salieron con armas y linternas eléctricas.

Con la bayoneta calada, un centinela se precipitó sobre Doc, quien con gran agilidad esquivó la acometida, agarró al enemigo por los brazos y lo lanzó sobre otro que estaba poniendo un nuevo cargador en el rifle.

Los dos dieron con sus cuerpos en tierra y lanzaron terribles insultos.

Doc se precipitó sobre los dos, asestándoles formidables puñetazos.

Un centinela acudió corriendo desde el otro lado de la empalizada y al ver a Doc, se echó el rifle a la cara y le apuntó. Doc estaba de espaldas a él, iluminada la bronceada espalda por una linterna que se había caído al suelo.

Fue en aquel momento de inminente peligro en que lady Nelia pagó su deuda de gratitud a Doc.

No había ido al dirigible como se le había ordenado: había recogido dos grandes piedras por si su ayuda pudiera ser de alguna utilidad.

Al ver el inminente peligro en que se hallaba Doc Savage, lanzó una piedra contra el centinela.

Falló la puntería, pero tuvo suficiente presencia de ánimo para tirar enseguida la segunda piedra. Esta vez acertó.

La piedra le dio al centinela en pleno rostro y lo hizo caer en tierra.

Pero aún disparó el rifle y la bala pasó rozando a Doc. Sólo la oportuna intervención de la joven evitó la muerte del gigante de

bronce.

—Gracias, lady Nelia. Ha sido usted muy oportuna —le dijo Doc, y cogiéndola de la mano la arrastró hacia el dirigible. Pero gritó aún con voz estentórea:

—Adelante, amigos. ¡Al dirigible!

XVIII
Suicidio



La breve pero furiosa pelea sostenida por Doc y sus amigos había dado tiempo a los grupos encadenados de los esclavos a llegar al *Aeromunde*.

Con avidez que rayaba en frenesí, subían a la cabina de mando y desde allí a los camarotes que los oficiales y la tripulación ocupaban cuando el gigante de los aires elevaba el vuelo.

Muchas balas rebotaban en las partes metálicas de la aeronave, pero las linternas eléctricas que manejaban los criminales daban iluminación insuficiente para afinar la puntería y ninguna bala dio en el blanco.

El incidente sobrevino con demasiada rapidez para Yuttal y sus gentes para que comprendiesen bien qué era lo que pasaba. Estaban confusos.

Los hombres de Yuttal gritaban siempre ferozmente cuando tenían que combatir y esto aumentó la barahúnda.

Además, impedía que se organizase la defensa convenientemente, puesto que entre los gritos y alaridos, las órdenes no se oían.

Doc llegó al *Aeromunde*, obligó a lady Nelia a meterse en la cabina y añadió sus fuerzas para ayudar a subir a uno de los grupos más débiles de los esclavos.

—¡Dense prisa! —les dijo—. ¡Queda muy poco tiempo!

—Pero *sacré* —gimió uno de los esclavos—. ¿Para qué sirve todo esto? No tenemos armas para luchar contra ellos. Nos…

Doc le dio un empujón violento que le envió a la cabina. Sólo quedaba un grupo de diez esclavos abajo.

Cuando Monk y los demás se dispusieron a ayudarles a meterse en la aeronave, empezaron a sonar de pronto las campanillas.

Sonaban en veinte sitios distintos, ninguna de ellas especialmente fuerte, pero el efecto conjunto del sonido de tantas campanillas era extraño e infundía pavor.

—Es la alarma del circuito eléctrico que pone en libertad a los murciélagos vampiros —gritó Ham, y dirigiéndose a los esclavos—. ¡Arriba, hombres, arriba! Ya sé que estáis medio muertos, pero animaos un poco.

Doc y los suyos hicieron todo lo posible para redoblar los esfuerzos a fin de meter a todo el mundo en el dirigible.

Con el campanilleo extraño, había cesado el tiroteo.

—Eso significa que Yuttal y sus hombres están poniéndose las jaulas protectoras para estar seguros de que los vampiros no los atacan a ellos —gritó Ham, esperando que la terrible noticia daría fuerzas a los pobres esclavos.

En efecto, con movimientos frenéticos se esforzaron por subir la corta escalera y por fin se hallaron todos en el interior del dirigible.

Doc cerró la puerta y la aseguró bien. Pronto encontró la llave de la luz y la encendió.

Mas al punto una bala atravesó la pared de la cabina cerca de una de las ventanas, aunque sin causar daño.

Doc volvió a apagar rápidamente la luz.

—Aseguraos de que todos estén bien —ordenó Doc a sus hombres—. Cerrad todas las escotillas. Hay que meter a todos los que quepan en los camarotes y cerrar las puertas. Tenéis que hacerlo todo a oscuras.

Sus cinco amigos se precipitaron al interior del dirigible para llevar a cabo sus órdenes al pie de la letra.

Doc se volvió para mirar por los amplios ventanales de la cabina.

Lady Nelia apareció de pronto a su lado. Sólo advirtió su presencia cuando ella le puso la mano en el brazo.

—Aún no sé para qué nos va a servir lo que hemos hecho —preguntó con voz balbuciente a causa de las pasadas emociones—.

Parece que trabaja usted de acuerdo con un plan preconcebido. ¿Cuál es?

Doc tardó un poco en contestar a la bella joven. Por fin la cogió del brazo y la llevó por la oscuridad a la puerta que daba entrada a los camarotes de los oficiales del dirigible.

—El plan está a punto de entrar en el momento álgido —dijo secamente—. Y esa algidez no será cosa agradable. Usted no debe verlo.

Y sin añadir otra cosa, la dejó y se volvió a las ventanas de la cabina de mando.

Muchas linternas eléctricas iluminaban la banda de Yuttal y de Hadi-Mot

.

Con frecuencia los haces de luz se posaban sobre los dos archí criminales.

Doc pudo darse perfecta cuenta de lo que pasaba.

Yuttal y sus hombres no actuaban como si estuviesen aguardando tranquilamente la eliminación de sus enemigos.

Luchaban desesperadamente con sus jaulas protectoras, porque las jaulas se les rompían entre las manos.

Surgieron gritos de pánico y de desesperación. Locamente se preguntaban unos a otros qué había pasado; no tenían la menor idea de lo que sucedía con las jaulas.

Pronto se dieron cuenta del terrible destino que les aguardaba.

Las regulares y austeras facciones de Doc Savage mostraron por primera vez desde hacía mucho tiempo una profunda emoción; hubo un gesto en su rostro como si lamentase que sucediese aquello que se viera obligado a provocar.

Porque Doc había hecho lo único que cabía en aquellas circunstancias para salvar a los desgraciados, a los que deseaba sacar de su triste y terrible destino.

Había untado todas las juntas de las jaulas con un ácido poderoso y gracias a la acción de éste, las jaulas se habían hecho tan endebles que se deshacían en el momento en que alguien tocaba la jaula para ponérsela.

Una linterna eléctrica quedó encendida en el suelo e iluminó los rostros de Yuttal y

Hadi-Mot
, que se hallaban juntos forcejeando los dos con las jaulas para sujetarlas y obtener la protección que esperaban de ellas.

Su actitud era grotesca e impresionante; la muerte se cernía sobre los dos archí criminales. De la noche oscura descendió la terrible muerte.

Un objeto negro que aleteaba funestamente apareció en el haz de la luz.

Luego otros y otros. ¡Eran los terribles vampiros!

¡Los sanguinarios verdugos del oasis perdido se precipitaban sobre sus propios dueños!

Yuttal y
Hadi-Mot
trataron de correr, lo mismo que otros, pero la huida era inútil. Las cabañas estaban demasiado lejos.

Tanto Yuttal como
Hadi-Mot
cayeron pronto, sus cuerpos cubiertos por lienzos negros aleteantes.

De pronto, como para borrar la horrible visión de la muerte, la linterna eléctrica se apagó, seguramente porque alguien en la huida la hundió en la arena.

Doc encendió las luces de la cabina de mando. Ya no habría peligro de que silbasen las balas en torno de la nave.

Los criminales estaban pagando sus inmensas culpas con la misma muerte a la que tantas veces condenaron a seres inocentes e indefensos.

Tal vez sólo se salvaran unos pocos, que más decididos y veloces, habían podido alcanzar el refugio de las cabañas.

Víctimas de su propia trampa mortal cayeron Yuttal y
Hadi-Mot
con muchos cómplices.

Probablemente no lo sabían, pero no eran los primeros de su clase que morían de la muerte que preparaban para Doc Savage y sus valientes amigos.

Todos los que se hallaban en el dirigible, estaban perfectamente seguros, siempre y cuando no hubiese quedado ninguna escotilla abierta.

Doc efectuó una ronda, encendiendo las luces y se cercioró de que todo iba bien.

Con la llegada del alba sólo fue cuestión de paciencia y de puntería para matar uno a uno a los terribles vampiros, para el cual Doc y sus amigos emplearon los rifles y ametralladoras que encontraron en el dirigible.

Antes de mediodía quedó terminada la operación.

Unos seis indígenas se habían salvado del ataque de los feroces animales.

Salieron de su refugio temblorosos, llenos de pánico y ansiando rendirse.

Doc y sus amigos recogieron sus ropas y sus efectos que encontraron intactos. Luego mandaron enterrar a los muertos y enseguida empezaron la tarea de reparar el dirigible.

No había mucho que hacer en este sentido, pero Doc ordenó que todo se hiciera con lentitud a fin de que los esclavos, que ya no iban encadenados, pudiesen recuperar las fuerzas.

Se necesitaba más de un viaje al primer punto de la civilización para transportar a todos los desgraciados que habían trabajado en las minas y era preciso poner en condiciones a los que por el momento se habían de quedar para que pudiesen resistir la larga espera.

Todos los diamantes que habían sido extraídos hasta entonces de la mina, fueron recogidos y puestos en cajas. Representaban una suma fabulosa.

—¿Y qué vamos a hacer con esas piedras? —quiso saber Monk, jugando con un montón de diamantes del tamaño de una nuez.

—Repartirlo —dijo Doc con gran decisión—, Lady Nelia recibirá su parte. Se dedicará otra parte para los desgraciados que los han extraído y el resto lo ingresaremos en nuestros fondos para la construcción de hospitales y otros socorros.

Lady Nelia contempló a Doc Savage llena de admiración, sorprendida de que en nada le afectara la posesión de tanta riqueza.

Y es que la joven ignoraba que, por grande que fuese el tesoro, no era nada comparado con la inmensa mina de oro que era la misteriosa fuente de los fondos de Doc Savage.

***

Habían transcurrido cuatro días desde la muerte de Yuttal y Hadi-Mot
y sus cómplices en crímenes.

En aquel período la atractiva inglesa se percató de una cosa. Había visto que Doc Savage no era para ella.

Lady Nelia aceptó la situación y ocultó sus sentimientos con el valor que la caracterizaba en todos los actos de su vida.

—Naturalmente, la venta de esas piedras tendrá que efectuarse durante un período de años —observó Johnny—. Porque, echar tal cantidad de piedras de tanto valor sobre el mercado de una sola vez, daría al traste con los precios.

—Yo no quiero parte alguna en ese tesoro —dijo decidida lady Nelia—. No lo he dicho antes, porque no había ocasión, pero tengo fortuna propia y no necesito más dinero.

Doc no se mostró asombrado; tenía tan buena opinión de la joven, que esperaba precisamente esa actitud de nobleza de desprendimiento.

—En ese caso —dijo—, vamos a emplear la parte de usted para crear en Inglaterra un fondo que se puede destinar a la construcción de cualquier centro benéfico que usted pueda indicar.

—Muchas gracias —repuso la inglesa sonriente.

A la mañana del quinto día, el *Aeromunde* se elevó para hacer el primer viaje a las regiones civilizadas.

La salida se efectuó sin percance alguno, la nave obedeció perfectamente a los mandos manejados por Doc y sus cinco valientes amigos.

—¿Qué? ¿Hacemos rumbo a El Cairo? —preguntó Renny que se había puesto en el timón.

—Sí, a El Cairo hemos de ir, porque es el sitio más cercano y más a propósito. Además, la mayoría de los libertos son de Egipto —dijo Doc.

Long Tom, haciendo pantalla con la mano sobre los ojos, para evitar el terrible resol del desierto, miró al lejano y caliginoso horizonte.

—¡El Cairo, a orillas del apacible Nilo! —dijo sonriente—. Pues,

se nos presenta una perspectiva muy pacífica.

Long Tom no era profeta, ni vidente. Porque en el delta del mismo Nilo, pronto había de verse envuelto en una de las más peligrosas aventuras de su azarosa vida.

Doc Savage también había de verse arrastrado por la vorágine de la nueva aventura, igual que los demás amigos.

Y durante terribles semanas, habría que luchar contra una de las más fantásticas organizaciones del mundo entero, una banda de hombres extraños, degenerados, que eran fieras humanas en el cementerio del Atlántico.

Los seis valientes aventureros habían de hacer un viaje a un mundo extraño, poco conocido, pasajeros de un buque naufragado.

La región era el *Mar de los Sargazos*, donde vivían hombres carentes de alma; donde había una mujer hermosa y joven —una reina, amazona de los mares— que dominaba una tribu de su sexo.

Todo ello cuajado de tremendos peligros y grandes aventuras.

∞